LA CARA OCULTA
DE LA HISTORIA MODERNA

Derechos de Autor cedidos por el Sr. y la Sra. LOMBART a DILIFOLLAC.

Editado y distribuído por EDITORIAL SOLAR.

Apartado Aéreo 37797

Bogotá, Colombia.

Impreso en Colombia.

I.S.B.N. Tomo III
958 - 9196 - 03 - 9
5 - 0555

I.S.B.N. Obra Completa
958 - 9196 - 00 - 4
5 - 0555

DEDICATORIA

A mi esposa y mejor colaboradora.

En memoria del Sr. JEAN LOMBARD COEURDEROY, uno de los hombres geniales que ha dado el siglo XX. Dedicó su vida y su talento a desenmascarar la conspiración judía que acecha a la humanidad. Su ejemplo nos sirva de aliento en ésta cruzada.

Nuestro reconocimiento a la Sra. Lombard por su abnegación y fidelidad.

DILIFOLLAC.

PREAMBULO

Al publicar los dos últimos tomos (III y IV) —los más actuales— de una obra que abarca los acontecimientos de cinco siglos (desde 1492 hasta nuestros días), quisiera el autor ofrecer al público, y más especialmente a la juventud, una documentación, fruto de treinta y cinco años de estudios, que les permita seguir, detrás de bastidores, la actuación de las Fuerzas que han luchado y luchan para imponer su supremacía en esta tierra, actuación que la historia oficial se atreve poco a desvelar.

Presenciaba el autor en los Estados Unidos los preparativos ideológicos y financieros de la II Guerra mundial, cuando, al leer la versión inglesa del libro de James Darmestetter titulado "Selected Essays" (traducción de "Los Profetas de Israel", escrito en francés en el año 1891 y muy difícil de encontrar), cuando se enteró de la necesidad de buscar sobre las intrigas de las sectas secretas y de la Alta Finanza datos originales, es decir, de sus mismos autores, sobre el Judaísmo, la Rosa-Cruz, los "Iluminados de Baviera", la Franc-Masonería, las sociedades secretas árabes y asiáticas, para, confrontándolos con la historia general, aportar una visión más honda y correcta de los hechos históricos.

Esta investigación era esencial para la protección de nuestra civilización cristiana occidental, siguiendo las reglas de oro del derecho natural de gentes en defensa de los valores del Trabajo, de la Familia, de la Patria, de la Humanidad y de Dios, contra la peste de las ideologías (esta "vermine", decía Napoleón), que corrompe las mentes, y la gangrena del espíritu de lucro, de libertinaje y de desmoralización que corrompe las almas y destruye los cuerpos, aplicando los métodos del realismo y del "empirismo organizador" para que el progreso tenga como base la tradición.

En sus juicios sobre los hombres, sus ideas y sus actos, el autor no ha obedecido a otra pasión que la de la verdad, sin prejuicio de ninguna clase, sea de raza o de parcialidad religiosa o política, tratando sencillamente de entender y penetrar, en sus propios escritos o palabras, con la mayor lucidez posible, su verdadero carácter, sus inspiraciones y sus propósitos.

Se considerará bien pagado de sus penas, si consigue interesar a los curiosos, a los que responden a la llamada de Bossuet "Et nunc erudimini", y ayudar a los jóvenes, que no disponen del tiempo necesario para formarse una experiencia válida del pasado, a entender y organizar mejor este mundo tan enfermo que nuestras desdichadas generaciones les han legado.

EL AUTOR

INDICE DE LOS TOMOS TODAVIA NO PUBLICADOS

TOMO PRIMERO

PRIMERA PARTE

LAS ETAPAS DEL CAPITALISMO: CONSTANTINOPLA, VENECIA, AMSTERDAM, LONDRES

CAPÍTULO I.—EN EL AMANECER DE LA ERA MODERNA...—CUANDO LOS CAPITALES ESPAÑOLES EMIGRAN HACIA CONSTANTINOPLA.

La caída de Bizancio cierra la ruta de las especias.—El dinero judío ayuda a Colón a abrir el paso hacia el Oeste.—La preponderancia de los judíos subleva al pueblo.—La Inquisición castiga a los falsos conversos; los judíos expulsados.—Portugal les ofrece un asilo precario.—...y Turquía un paraíso.—Financieros de los Sultanes, les entregan Argel y construyen la flota perdida en Lepanto.—Los Mendes-Nassi, potencia internacional.

CAPÍTULO II.—AL AMPARO DEL RENACIMIENTO: PENETRACION DE LAS ACADEMIAS PLATONICAS EN ITALIA.

Los refugiados de Bizancio, promotores de un Renacimiento laico.—Florencia, República oligárquica, protege a humanistas y judíos.—Pico de la Mirandola, propagador de las «quimeras» de la Kabala.—Acogidos por los príncipes, los judíos oprimen al pueblo.—Un Franciscano se yergue contra los usureros.

CAPÍTULO III.—FRANCISCO I, PALADIN DESAFORTUNADO DE LOS BANQUEROS, SE VE REDUCIDO AL PAPEL DE BRILLANTE SEGUNDON DE LOS TURCOS.

Banqueros y refugiados italianos empujan a los reyes de Francia a la Península.—Dominado por las mujeres y por los hombres de negocios, Francisco I decepcionado en sus ambiciones imperiales.—Devora su fortuna en Pavia.—Mendes Nassi le impulsa a la alianza turca.—Enrique II, librado de su esposa Catalina de Médicis por su amante Diana de Poitiers.—...liquida la pesada sucesión de su padre.

CAPÍTULO IV.—DESPOTA «EVANGELICO», FRANCISCO I PREPARA EL CAMINO A LA REFORMA Y A LA REVOLUCION.

Precursores prudentes de los innovadores. Erasmo con su ironía... Rabelais con su desenfado... reaniman la lucha ancestral de los judíos contra la Iglesia.—Francisco I domestica a la jerarquía eclesiástica.—Su hermana protege a los «innovadores» de la escuela «evangélica» de Meaux.—El rey no se atreve a proclamarse patriarca.—Su doble juego sumerge a Francia en las guerras de religión.—Crisis del Clero.—Ruina de la Nobleza.—Foso entre la gente de toga y de finanzas y el Tercer Estado.—Novatadas contra corporaciones y cofradías.

CAPÍTULO V.—MIENTRAS ENRIQUE VIII JUEGA A LOS PONTIFICES Y ROMPE CON ROMA...

En conexión con Praga, John Wiclef siembra la revuelta religiosa en Inglaterra.—La guerra de las dos rosas diezma a la nobleza inglesa.—Los advenedizos Tudor, aliados de los comerciantes de la «City» y de los «innovadores» de Oxford.—Wolsey, corrompido y decepcionado, yergue a Enrique VIII contra Roma.—La coquetería de Ana Boleyn hace el resto.—El honesto Tomas More, sacrificado.—Agente de los judíos de Venecia y de Amberes, Thomas Cromwell conduce a Enrique VIII al divorcio y al patriarcado.—Cromwell engorda a la «Gentry» con los despojos de la Iglesia.—Su amo lo sacrifica a sus desórdenes matrimoniales.—Sangriento balance de su reinado.—Unos Regentes ávidos aplastan la revuelta popular.—Distensión hasta la boda de María Tudor con Felipe II.

CAPÍTULO VI.—LOS PONTIFICES JUEGAN A LOS REYES... Y ESCANDALIZAN A LA CRISTIANDAD.

La Iglesia es mujer: se apoya sobre el poder temporal.—Hildebrand y los normandos, instrumentos de los judíos Pierleoni contra el Emperador.—Un papa judío: Anacleto II.—Y una República en Roma.—Jerarquía y democracia frente a frente: Cluny y Citeaux.—Cruzadas y contactos esotéricos entre Templarios e Ismaelitas.—Fracaso de las pretensiones del «sinarca» Bonifacio VIII al Imperio.—Desórdenes del Sacro Colegio y de los Concilios.—¿Pontífices o Príncipes?—Papas humanistas.—Papas edificadores y malgastadores.—Papas roídos por las necesidades de sus familias.—Papas políticos más que pastores.—Defensores de la Cristiandad contra los turcos.—Pero «comidos» por los cardenales, sin fuerza contra la herejía.

CAPÍTULO VII.—ANIMADA POR LOS ROSA-CRUZ, LA REFORMA DIVIDE A LA «CATOLICIDAD».

La Iglesia, en lucha con los gnósticos, los maniqueos y los albigenses.—Condena a los albigenses, judaizados.—Infiltraciones de las sectas: Templarios, «Espirituales».—Un precursor: Roger Bacon.—Orígenes de los Rosa-Cruz: alquimistas y kabalistas.—El proceso de Juan Reuchlin o los preliminares de la Reforma.—Lutero, introducido en escena por los Rosa-Cruz.—Wiclef y el precedente «husita».—La campaña contra Roma conduce a una Iglesia colocada bajo la autoridad de los príncipes.—Inspirado inicialmente por el judaísmo, Lutero se vuelve contra él. Como había hecho Mahoma antes que él.—Francisco I en ayuda de los protestantes contra Carlos V.—La teocracia calvinista, dueña intolerante de Ginebra.—Un protestantismo internacional, complaciente para los hombres de negocios bendecidos por el Señor.

CAPÍTULO VIII.—LA REVUELTA DE LOS PAISES BAJOS: CONSTANTINOPLA, VENECIA, AMSTERDAM: TRES ETAPAS DEL ASCENSO DE LOS BANQUEROS INTERNACIONALES.

Amberes, centro cosmopolita de comercio.—Subversión anabaptista; revuelta de Gante; intrigas de los Grandes.—Guillermo de Orange encabeza la rebelión de los nobles.—Los «Mendigos» y la represión.—Unas «brigadas internacionales»: los «Mendigos de mar».—Antonio Pérez, desenmascarado.—La pacificación francesa; retirada de las tropas españolas.—La «valonización» triunfa.—Amsterdam suplanta a Amberes.—Así nació el capitalismo moderno.—Una nueva Jerusalem.

CAPÍTULO IX.—LOS ROSA-CRUZ EN ACCION EN LAS REVOLUCIONES DE INGLATERRA.

Elisabeth y su equipo William Cecil y Walsingham.—La lucha por Escocia.—La eliminación de María Estuardo.—Elisabeth, Providencia de la Reforma.—Soberana del mar y de la trata de esclavos.—Thomas Gresham, padrino de un capitalismo «a la holandesa».—Barnaud, mensajero de los Rosa-Cruz.—Juan-Valentin Andreas: su teórico.—Los Rosa-Cruz salen de la sombra.—Paracelso, alquimista y renovador de la medicina.—Penetración en Inglaterra: Michel Maïer, R. Fludd, J. A. Komenski.—El camino abierto por Francis Bacon.—Elias Ashmole organiza las academias pre-masónicas.

CAPÍTULO X.—CROMWELL TRATA CON MANASSE BEN ISRAEL: LONDRES SE CONVIERTE EN EL TEMPLO DEL CAPITALISMO INTERNACIONAL.

La «City» y John Pym anima la revuelta parlamentaria.—Olivier «Cromwell», nuevo Macabeo.—Derrota y ejecución de Carlos I.—Dictadura implacable contra los irlandeses y los «Niveladores».—Por boca del Protector, Dios manifiesta su voluntad (!).—Un fracaso: la Unión del protestantismo en torno a Londres.—Un éxito: el regreso de los judíos a Inglaterra.—La alianza con Manasse ben Israel abre a la «City» los mercados del mundo.—Carlos II restaurado con el dinero de Amsterdam.—Carlos II se defiende contra Shaftesbury y la reacción protestante.—Guillermo III de Orange triunfa sobre Jacobo II.—La colusión Marlborough-Salomon Medina.—La Banca restaura el Templo.—Impera la especulación.—Locke, teórico de un parlamentarismo oligárquico, intolerante y corrompido.—El «contrato» reemplaza a la legitimidad.

CAPÍTULO XI.—SERIE DE FRACASOS EN FRANCIA: «GRAN PROYECTO» DE ENRIQUE IV; MANEJOS ANTIESPAÑOLES DE RICHELIEU; LA FRONDA, REVOLUCION FALLIDA.

El «buen rey Enrique» trae la paz y la prosperidad.—...pero arrastra detrás de él las deudas del rey de Navarra.—Barnaud y Sully le arrastran al «gran proyecto» que provoca su muerte.—Aunque rodeado de intrigantes, Luis XIII mantiene la distensión.—Richelieu, nacionalista ambicioso, ¿«dirigido» por Fancan?—El «equilibrio», mediante la división de Alemania.—Una guerra desdichada.—Un déspota implacable.—Complaciente sólo con los enemigos de España.—Malas finanzas: Alonso López y Bullion.—Gondi fomenta la fronda contra Mazarino.—Condé y su inquietante entorno, levantan a los príncipes contra el Rey.—Burdeos, reducto de la revolución fallida.

CAPÍTULO XII.—COALICIONES Y CRUZADA ORANGISTA CONTRA LUIS XIV.

El Rey se atrae a los escritores.—Impone el orden y la justicia.—Mete en cintura a los especuladores.—Atrae de nuevo a la nobleza, a la Corte y al ejército.—Apoya a la Iglesia «galicana» contra jansenistas y protestantes.—Neutralizada Inglaterra, Luis XIV se engrandece en los Países Bajos y en Flandes.—Pero las «reuniones» preocupan a Europa.—La cruzada protestante se organiza.—La coalición orangista se reforma a propósito de España.—Aislado, Luis XIV resiste a la invasión.—Impone a Felipe V en Madrid.—Francia, financieramente agotada.—Arrendatarios y negociantes engordan. Samuel Bernard y los banqueros protestantes, todavía más.—Quiebra de la plaza de Lyon.—Desmaretz restablece la situación.

CAPÍTULO XIII.—LA CORRUPCION DE LA REGENCIA ENTREGA A FRANCIA Y A EUROPA A LAS INTRIGAS DE LAS SOCIEDADES SECRETAS.

Se enfrentan dos herederos: los duques de Maine y de Orleans.—Lord Stairs juega y gana.—Entente cordiale: Hannover-Orleans, Dubois-Stanhope.—Una Regencia al estilo inglés.—Corrupción y especulación: John Law y el Missisipi.—Triunfo del Dinero y de las sociedades secretas.

SEGUNDA PARTE

LA MASONERIA EXTIENDE SU REINO

CAPÍTULO XIV.—DESDE LONDRES, ISRAEL HABLA AL UNIVERSO: LA MASONERIA TEJE SU TELA DE ARAÑA.

La Francmasonería introducida por los ex-agentes franceses en Londres.—Las logias especulativas bajo control orangista.—Dotada de «Constituciones», la Francmasonería se multiplica.—...Propaganda del «Club del Entresuelo».—Montesquieu difunde las «ideas inglesas».—El «libertino» Voltaire, admirador interesado de Londres.—Especulador y amigo desafortunado de los judíos.—El desarrollo de las logias en Francia.—Ramsay propaga los altos grados.—...Primeros pasos de la Francmasonería alemana.—Hund y la «Estricta Observancia» templaria.—Brunswick le suplanta.—...El Gran Oriente unifica la Francmasonería en Francia.—En la hora de Independencia americana.—Las logias «de Antiguos» y Franklin inspiran a los insurgentes.

CAPÍTULO XV.—LOS PADRES DE LAS «IDEAS FRANCESAS»: SPINOZA, MENDELLSOHN, WEISHAUPT.

Spinoza, padre de los filósofos.—Apóstol de la democracia.—Un judío moderno y disidente.—Enemigo de la «teocracia» y del clericalismo.—...Origen masónico de la Enciclopedia.—Federico II, asociado a unos banqueros judíos.—Protector de los filósofos.—Sus desavenencias con Voltaire.—Desbandada de la Enciclopedia.—...Exito de Choiseul contra los jesuitas.—Penetración masónica en España.—El judío Pombal, perseguidor de Portugal.—...Campaña de panfletos filosóficos.—Irradicación de las «Nueve Hermanas».—...«Despotismo ilustrado» y judíos de Corte.—Los banqueros, reyes de Berlín.—Moîse Mendellsohn y los salones de moda.—...Weishaupt y los «Iluminados».—Su acción revolucionaria subterránea.—Los complots de los conventos y Mirabeau.—Rosacrucianos contra Iluminados.

CAPÍTULO XVI.—EL SABOTAJE A UN ESTADO: LA MONARQUIA FRANCESA EN EL SIGLO XVIII.

Un Estado pobre en un país rico.—Los privilegiados contra las reformas.—El prudente Fleury arrastrado a la guerra.—Para mayor provecho de Federico II... y de Inglaterra.—Problemas financieros.—...Extensión del conflicto a las Colonias.—Francia, comprometida en Europa.—Inglaterra se apodera del Canadá.—Una política de expedientes.—...¿Frente a la oposición nobiliaria y parlamentaria?—Finalmente, un reflejo de autoridad.—...Al economista Turgot le sucede el banquero cosmopolita Necker.—Ni economías ni reformas: chorro continuo de empréstitos.—...El apoyo a los insurgentes, cuestión de prestigio.—La nobleza liberal, entusiasta de los «virtuosos» republicanos.—...La guerra, incluso victoriosa, resulta muy cara.—Antes la quiebra que las reformas.—Mirabeau, agente de los banqueros y de los Iluminados.

CAPÍTULO XVII.—¿COMO HACER LA GRAN REVOLUCION? ¿A LA INGLESA? ¿A LA AMERICANA? ¿A LA ALEMANA?

Orleans, Gran Maestre rico y decorativo.—Saint-Germain, agente secreto Rosa-Cruz.—Cagliostro, agitador de las logias.—Comités y Clubs especializados, en acción.—Proliferación de las logias.—Infiltración en la administración y en el ejército.—...Los notables y el Parlamento bloquean las reformas.—Necker, inerte ante los alborotos.—La Francmasonería orquesta la campaña en favor de los Estados generales.—La Asamblea prepara la revuelta del 14 de julio.—El «gran temor» justifica una Guardia nacional.—La Fayette, árbitro y «Protector».—...Reivindicaciones financieras razonables.—Negativa al impuesto.—Confiscación de los bienes del Clero.—«Razzia» de las bandas negras cosmopolitas.—...Rivalidad entre «sefardim» y «aschkenazim».—Emancipación de los primeros, y luego de los segundos.—...Domesticación del Clero.—Un ensayo de paganización.—La monarquía en apuros.—La Corte compra a Mirabeau.—El rey, prisionero por el delito de fuga.—Cómo se subleva al pueblo.—Guerra girondina y confiscaciones.—La revuelta «alemana» del 10 de agosto acaba con la realeza.

CAPÍTULO XVIII.—CON LA TEA Y LA ANTORCHA, EL TERROR JACOBINO INCENDIA A EUROPA.

Una guerra ideológica de conquista.—Por el puñal y por el veneno.—Por medio de la propaganda.—Austria se defiende.—España también.—Inglaterra, «trabajada».—Irlanda, sublevada.—La Francmasonería, en guardia contra los Iluminados.—Los intelectuales alemanes, ganados para la subversión.—...La Revolución salvada en Valmy por los prusianos.—La quinta columna en Renania.—Desastre de Dumouriez en Bélgica.—...¿Para quién la dictadura? ¿Para la Convención? ¿Para la Comuna?—Danton comprometido.—Marat escapa.—Impotencia de los Girondinos.—Robespierre y la dictadura jacobina.—Las «Jornadas» intimidan a la Asamblea.—Robespierre reina por medio del terror.—Pero se vuelve contra los «fanáticos».—Y contra los «bribones».—Robespierre cohogado por su aislamiento.—Cambon contra el derroche y el desastre de los asignados.—Aplastamiento de los extremistas.—Termidor: distensión económica.—Apaciguamiento político.—El ejército en apoyo de los «nantis».—Carnot reforma el aparato militar.—El «saqueo» de Bélgica.—Fronteras naturales y anexiones.—El saqueo de Renania.—Holanda, República-hermana.—Quinta columna masónica en Italia.—Bonaparte, «alimentador» del Tesoro.—Bonaparte amplía y organiza sus conquistas.—Bonaparte descarta a extremistas y «unitarios» y hace «su» paz.—Una República hostil a los judíos: la Helvética.—Coalición de los oprimidos contra sus «libertadores».

CAPÍTULO XIX.—NAPOLEON, RESTAURADOR DEL ESTADO, VENCIDO POR LA ALTA BANCA Y POR LA TRAICION DE LOS NANTIS.

Sieyès y el renacimiento masónico.—El ejército, árbitro de un equilibrio inestable.—La reacción jacobina, anulada por la apelación al sable.—Bonaparte, llamado de Egipto.—Talleyrand, Fouché y los banqueros preparan el golpe de Estado.—Gaudin restaura las Finanzas.—Bonaparte hace entrar en razón a los banqueros.—Funda el Banco de Francia.—Ni inflación ni empréstitos.—Ouvrard y sus tráficos.—Sieyès y su Constitución a lo Spinoza.—Fouché, defensor de la herencia jacobina.—Fouché, padrino, con Talleyrand, de un Imperio masónico.—Fouché se vuelve contra el Emperador, aliado de Viena.—La paz religiosa, comprometida por la ocupación de Roma.—Napoleón, hostil a los judíos explotadores.—Napoleón pretende controlar a los judíos por medio de su «Sanedrin».—Coalición contra la hegemonía francesa.—En Luneville, la frontera del Rin.—Problemas financieros de Londres.—Tráficos de Talleyrand.—Desastre de Trafalgar.—Austria, sacrificada a la unidad italiana.—Una Confederación del Rin, masónica.—La reacción prusiana, yugulada.—Falaz reconciliación con el Zar.—Dos legados de Talleyrand: el bloqueo continental y la guerra de España.—Una cuidadosa preparación masónica.—La revuelta contra José Bonaparte, animada por la Francmasonería inglesa.—La derrota de José, borrada por el Emperador.—Talleyrand, al servicio de la coalición.—Derrota de Austria.—Boda con María Luisa.—Metternich y el equilibrio.—Lucha feroz en España.—Fracasos de Soult y de Masséna.—Terquedad de Napoleón.—Inglaterra, salvada por el relajamiento del bloqueo.—Preparativos de Rusia.—Moscú, objetivo ilusorio.—Un abismo para el Gran Ejército.—Derrota y repliegue en España.—Levantamientos nacionalistas en Alemania.—Prusia vuelve a entrar en liza.—Fracaso de la mediación de Metternich.—Las naciones contra Francia: Leipzig.—Un callejón sin salida: la campaña de Francia.—Talleyrand gana al zar para la Restauración.—Los realistas conquistan el poder.

TOMO SEGUNDO

TERCERA PARTE

LA ALTA BANCA DOMINA AL MUNDO

CAPÍTULO XX.—¿SANTA ALIANZA, O INTERNACIONAL DE LA FINANZA?

Una paz inglesa y masónica.—Un rey liberal, comprometido por torpezas ajenas.—Con su regreso, Napoleón sólo aporta la división.—La coalición se rehace contra él.—Fouché maquina el regreso de Luis XVIII.—Francia, en cuarentena.—El Imperio de los Rotschild se engrandece... a la sombra de los Hesse-Cassel.—Prospera en Londres.—Se dedica a transferir los subsidios ingleses.—Manipula el Congreso de Viena.—Engorda con los empréstitos estatales.—Una potencia supranacional.—...Contra la administración ibérica en América... Inglaterra impulsa a los criollos a la insurrección.—Financiados por la «City», encuadrados por la Francmasonería.—La América central resiste a la agitación.—El Brasil, refugio de la dinastía portuguesa.—Bolívar reanuda la lucha en el Norte.—Y San Martín en el Sur.—Vasallaje económico, precio de la libertad.—Penetración yanqui en Méjico.—...España, neutralizada por la Francmasonería.—A pesar del fracaso de las conjuras militares... la Masonería hace su revolución.—La intervención francesa acaba con los desórdenes.—...Docilidad hacia la Alta Finanza.—Miramientos para los «nantis».—Abandono del programa nacional.—Carlos X reacciona contra el anticlericalismo.—Luego, tiende la mano a los liberales.—Ausencia de realizaciones sociales.—Timideces diplomáticas.—Primer éxito en Grecia.—Un desafío: la expedición a Argel.—Primavera de las Logias.—Agitación de los «Filadelfos» en Italia.—Y de los Carbonarios en Francia.—Fatal pusilanimidad de la represión.—La Fayette reanuda la campaña.—Talleyrand saca adelante su revolución a la inglesa.

CAPÍTULO XXI.—DOS ROEDORES DE LA SOCIEDAD: ALTA BANCA E INTERNACIONAL MARXISTA.

Preponderancia de la «City».—Al frente de la industrialización.—Explotación y revueltas obreras.—Agitación «whig».—«Tories» sociales y organización sindical.—...Nicolás I contra la Revolución.—La independencia concedida a Bélgica.—Negada a Polonia.—Austria impone

el orden en Italia.—...Moderación de Luis-Felipe.—Los Rotschild, banqueros y reyes.—Conflictos sociales y agitación revolucionaria.—Atentados y reconstitución de los Clubs.—Mediación de Rotschild entre Londres y París.—La dinastía, amenazada por Luis-Napoleón.—Desaparición de un príncipe «social».—La «Reforma» se pone de moda.—Frente al «Estado industrial».—Especulación desenfrenada sobre los ferrocarriles.—...La influencia judía, denunciada.—Contra los «liberales» y los Rotschild.—Levantamiento carlista.—Mendizábal, dictador judeo-masónico.—Fin de la lucha civil.—Narváez restablece el orden.—¿Con quién casar a la reina Isabel?—Fracaso de Palmerston.—...En el amanecer de una nueva Era.—La Internacional de Londres.—El Neo-Mesianismo prepara la Revolución europea.—Polonia, sacrificada.—Crisis social en Francia.—La campaña de los banquetes... se convierte en motín.—Triunfo masónico.—Lamartine frena la revolución... y la guerra.—La República Social, ruina de la economía.—Luis-Napoleón: un pretendiente en reserva.—Lord Minto, agitador en Italia... secundado por los judíos.—El orden restablecido: en el norte, por Austria.—En Roma, por Francia.—Los judíos alemanes, emancipados.—Al frente de los motines y de las asambleas.—Fautores de la insurrección en Austria.—El nacionalismo magiar, aplastado.

Capítulo XXII.—EL BINOMIO GUERRA-REVOLUCION.

El Príncipe-Presidente contra una Asamblea dividida.—Un golpe de Estado sin rebabas.—Un sultán manejado por sus visires.—Relevo de los Rotschild por Fould y los Pereira.—Prosperidad sansimoniana.—Unas finanzas de facilidades.—Intervención de los especuladores cosmopolitas... y de los exportadores británicos.—Inflación del presupuesto y de la Deuda.—...Vasallaje hacia Londres en Crimea... y en China.—Al servicio de la unidad italiana.—Sin más beneficio... que Niza y Saboya.—Remolinos masónicos a propósito de Roma.—La insurrección polaca, ahogada.—En beneficio de los acreedores de Méjico... la aventura de Maximiliano... se hunde con la derrota sudista.—...Austria, sacrificada... a la ambición de Bismarck.—Para mayor provecho de los Francmasones y de los judíos.—Napoleón III, comprometido en el asunto romano.—Aislado ante Prusia.—Frente a una oposición en auge.—Preparativos revolucionarios.—Maquinación de la candidatura Hohenzollern.—De cabeza a la guerra... con un ejército insuficientemente preparado.—La República, nacida de la derrota... agrava sus consecuencias... desemboca en los excesos de la Comuna... y su sangrienta represión.

CUARTA PARTE

DEL CAPITALISMO DE ESTADO AL COMUNISMO TOTALITARIO

Capítulo XXIII.—LA VICTORIA BISMARCKIANA ¿TRIUNFO DEL JUDAISMO?

Los Rotschild extienden sus tentáculos.—Bismarck: utilizar los judíos, sin dejarse dominar por ellos.—Gracias a Thiers, la indemnización engorda a la Alta Finanza.—«Nuevo Constantino», Bismarck emancipa a los judíos.—Dueños de las estructuras bancarias de la Europa central.—Las quiebras de Berlín y de Viena les enajenan las poblaciones.—Los judíos celebran como una revancha la «Kulturkampf».—Vigorosa reacción de Pío IX y del Concilio del Vaticano.—Resistencia de los católicos alemanes.—Pioneros del progreso social.—Bismarck necesita el apoyo de los católicos.—El antisemitismo reduce al silencio a judíos y socialistas en Alemania.—Lucha en Austria contra los ministros judaizantes.—Cremieux prepara la emancipación en el Cercano Oriente.—Triunfa en Argelia.—Forma los «Jóvenes turcos» e intriga con Simon Deutsch.—Fracasa en Rumanía.—Hamburger empuja al zar a la guerra.—...ganada, gracias a la intervención rumana.—Inglaterra protege a los turcos y los Estrechos.—El Congreso de Berlín sacrifica los cristianos a los judíos.—Disraëli, paladín del mesianismo, con Waddington como escudero.—La Estrella del sionismo asciende en el cielo.

Capítulo XXIV.—EUROPA EN LA HORA DE LA KULTURKAMPF.

La Francmasonería belga en vanguardia... de la subversión estudiantil... seguida de las Logias en los Países Bajos.—...Terror rojo en Portugal.—Mendizábal despoja al Clero español.—Los Hermanos progresistas Espartero y O'Donnell en el poder.—Atentados, sublevaciones y motines.—Con Prim triunfan carbonarios y Hermanos portugueses.—Anticlerica-

lismo y anarquía.—Asesinato de Prim, fracaso de la Restauración.—Los financieros afilan sus garras.—Impotencia gubernamental, desintegración del país.—Reacción carlista y regreso de los moderados.—Parlamentarismo a la inglesa.—Universidad masónica.—Falta de sentido social.—...Víctor Manuel ocupa Roma y libera a los judíos.—Reorganizada, la Francmasonería dirige a Italia.—Suiza mantiene a raya a los católicos.—Austria se seculariza.

CAPÍTULO XXV.—LA FALSA DEMOCRACIA MASONICA EN FRANCIA: ANTICLERICALISMO, CORRUPCION Y ESCANDALOS.

La República, concebida para dividir y aislar a Francia.—Entregada por Gambetta a los judíos alemanes infiltrados.—Thiers da a luz la República.—La Asamblea monárquica, descalificada.—Mac Mahon y la Unión de las Derechas cierran el paso a la Restauración.—El ideal de los tres duques: ¡un gobierno que no gobierne!—Una diplomacia sometida entrega Suez a Londres.—Los orleanistas descartan a la dinastía legítima.—La Unión de los Centros y Mac Mahon arraigan la República.—...y entregan el país a la izquierda masónica.—Jules Simon aclimata el régimen.—El Mariscal, abocado a renunciar.—Con Jules Grévy, la Masonería se instala en el poder.—Hacia el monopolio de la Enseñanza.—La ruptura con la Iglesia.—Jules Ferry dispersa a los religiosos.—Los «liberales» contra el esfuerzo social de Albert de Mun.—La «fusión» dividide a los moderados.—Emile Combes persigue a las Congregaciones.—Rouvier separa a la Iglesia del Estado.—Leon Say controla las Finanzas para los Rotschild.—¡Adelante con los empréstitos!—El escándalo de los ferrocarriles.—Dobles gastos escolares.—Crisis, demagogia y déficit.—El Dinero domina a los Comités.—Fracaso contra el monopolio de la Finanza.—Jules Ferry y el asunto colonial tunecino.—La discutida empresa del Tonkin.—El escándalo de los escándalos: ¡Panamá!—Reagrupamiento nacionalista: Déroulède, Boulanger.—Antisemitismo social: Edouard Drumont.—Desarrollo de la Banca en París.—Penetración de la Prensa.—Monopolio de las Agencias.—El caso Dreyfus quebranta la resistencia del Ejército.—Una nueva y oportuna ola de anticlericalismo.

CAPÍTULO XXVI.—¡NI DIOS NI AMO! MARX CONTRA JESUS.

Carlos Marx, vencedor de Proudhon, gracias a Bismarck.—Un filósofo anticristiano, extraviado en la economía.—Mantenido por el trabajo de los demás.—Mensajero de la Revolución; la lucha de clases como principio y como fin.—La «plusvalía», noción incompleta y simplista.—El valor-trabajo: petición de principio.—Una contraverdad: maquinismo = baja de los salarios.—La concentración capitalista y la guerra preparan la colectivización.—Un profeta que falla a menudo.—Un mito más: ¿sociedad sin clases, o socialismo de Estado?—El socialismo alemán, desde Robertus, pasando por Lasalle, hasta Bebel.—En lucha contra la escuela «histórica» y los cristianos-sociales.—Descartando los errores de Marx, progresa con Berstein.—...Proudhon, hijo de sus obras, antítesis de Marx.—Fusión de las clases, sindicalismo, papel reducido del Estado.—Paul Lafargue, yerno de Marx, convierte a Jules Guesde.—Reticencia de los sindicalistas de Pelloutier.—Proliferación, luego unidad, de los grupos socialistas: Jaurès.—Clemenceau rompe las huelgas.—Ceguera antimilitarista de Jaurès y antirreformista de Merrheim.—Briand se aprovecha de las divergencias de la C. G. T. y de la decepción de sus tropas.—...Bakunin, panelavista, judaizante y anarquista.—Instalado en Italia, mezclado en la Comuna de Lyon y de Marsella.—Labriola, marxista, controla el partido obrero.—El anarquismo prevalece en España.—Enciende la guerra civil.—Fracasa el asalto contra la monarquía.—La U. G. T. marxista y la C. N. T. anarquista.—Alejandro II, el zar de las reformas.—Protector de los judíos.—Grandes beneficiados de la modernización.—Alexandre Herzen y Paul Axelrod, inspiradores de la subversión.—Los círculos nihilistas en Rusia.—Su red en el extranjero.—Su programa.—Sus atentados.—Alejandro III: reacción policíaca y pogroms.—Medidas restrictivas y éxodo.—...Nadie es profeta en su tierra.—Trade-Unions reformistas y socialismo municipal.

CAPÍTULO XXVII.—AMERICA O LA TIERRA PROMETIDA.

Los judíos, introductores de los negros.—Suministradores de fondos y traficantes de esclavos.—Una democracia de propietarios, secundados por «ilotas» y esclavos.—Yanquis contra británicos.—Monroe: América para los americanos.—Andrew Jackson: especulación y desastre.—Resistencia masónica a la inmigración católica.—Los judíos en las palancas de mando: los B'nai B'rith.—Tráficos sobre los ferrocarriles y las tierras.—La dinastía Seligman.—¿Cruzada por la emancipación de los negros, o guerra de tarifas?—Secesión del Sur.—Un judío odiado: Judah Benjamin.—Ventaja inicial de los Confederados.—Implacable invasión de los Nordistas.—El Sur, colonia de explotación.—Grant: el hombre de los Seligman,

de las Logias y de los aprovechadores.—Los judíos alemanes —Guggenheim, Lazard—, dueños de la economía.—La piratería de los ferrocarriles: Gould, Kuhn-Loeb.—Tentativas de organización sindical.—Los «Caballeros del Trabajo».—Descontento de los agricultores.—Crisis de 1873. Motines de Chicago.—Nacimiento de Sindicatos reformistas.—Creciente inmigración judía.—Revancha demócrata y conflictos sociales.—Expansionismo yanqui en el Caribe.—Theodore Roosevelt, ayudado en Cuba por la Francmasonería española.—En el Pacífico: intervención en las Filipinas.—Dueños de Panamá, los Estados Unidos, comanditarios y gendarmes de la América Central... y de la América del Sur.

CAPÍTULO XXVIII.—LA PELEA DE LAS RAZAS, SUICIDIO DE EUROPA.

Dueña de los mares, Inglaterra impone su dominio a favor de las guerras europeas.—Canadá y la India, dominios imperiales.—Extremo-Oriente: China, mimada por las sociedades secretas.—Subyugada por la guerra del opio.—El Japón, abierto al Occidente.—Suez, llave de las rutas imperiales.—En Africa: la parte del león.—El resto para Francia.—Las migajas para Alemania.—Fricción con París, borrada por el conciliador Hermano Delcassé.—El oro y los diamantes del Transvaal, robados por Cecil Rhodes a los Boers.—Aplastados e internados en campos de concentración.—El «clan sudafricano» sella la solidaridad anglonorteamericana.—Pereira Mendes, profeta de las guerras infernales.—Acercamiento franco-ruso.—Los apoyos del equilibrio desaparecen.—Delcassé refuerza la alienza rusa y separa a Roma de Berlín.—Ayuda a Eduardo VII, primo hermano de sir Ernest Cassel... a concluir la «Entente cordiale».—...El Japón moderno, en plena expansión.—Tropieza con el Imperio de los zares, explotando la anarquía de las sociedades secretas chinas.—Para apoderarse de Manchuria... la Finanza judía empuja a la guerra.—El malestar ruso, aprovechado para reagrupar a los clanes subversivos.—Desencadenar una lucha ruso-judía.—Preludio de una revolución fallida.—Sus reformas cuestan la vida a Stolypin.—...El acercamiento anglo-ruso, amenaza de cerco contra Alemania.—La crisis marroquí, resuelta.—La hora de la Alta Finanza no ha sonado aún.—Pero la rivalidad anglo-alemana se acentúa.—¿Hacia un arreglo franco-alemán?—Poincaré y el incidente de Agadir se oponen a ello.—Aerenthal emponzoña las querellas balcánicas.—Intrigas sionistas cerca de los «Jóvenes Turcos».—Los «Grandes» apaciguan el conflicto... pero se preparan para la guerra.—La intransigencia de Poincaré.—A pesar de la falta de preparación de Francia.—La ceguera de Austria.—El drama de Sarajevo... transformado, por la pusilanimidad del zar, en catástrofe suicida.

CAPÍTULO XXIX.—LA CAIDA DE LOS TRONOS: ¡LOS SOVIETS POR DOQUIER!

Victoriosa en las fronteras, la ofensiva alemana es detenida en el Marne.—En el Este el Ejército alemán desarticula la ofensiva rusa y salva a su aliada austríaca.—«Carrera hacia el mar» y carrera de las Alianzas.—Fracaso contra los Dardanelos.—Italia, arrastrada al conflicto.—Promesas irreflexivas de Delcassé.—Fracasos aliados en el Oeste y derrota rusa en Polonia.—Intervención búlgara, hundimiento serbio.—Los anglo-franceses en Salónica.—Los Aliados, ganados por mano por la presión alemana sobre Verdún.—Rumania, víctima de su temeridad.—Ultima posibilidad de Europa: los ofrecimientos de paz de Carlos I, enterrados por la Francmasonería.—Petain borra las desastrosas consecuencias de la ofensiva Poincaré-Nivelle.—El hundimiento ruso induce al Estado Mayor alemán a rechazar la paz.—Clemenceau y la guerra a ultranza.—...El conflicto, prueba demasiado fuerte para un zarismo sin autoridad.—El asesinato de Rasputín desbarata la intriga pacifista.—La revolución masónica del príncipe Lvov, fomentada por el grupo de la «Round Table».—Un gabinete sin poder, desbordado por el Soviet, los amotinados y los soldados en desbandada.—Regreso de Lenin, provisto de fondos germano-norteamericanos.—Trotsky vuelve a entrar en escena.—La revolución bolchevique, aplastada al principio.—Kerenski la salva.—Reorganizados, los bolcheviques ganan por sorpresa.—«¡La Paz, la Tierra, la Fábrica, la Autonomía!» ¡Palabras!—Hundimiento militar.—Dictadura y Terror.—Reacción de los Azules y de los Blancos: guerra civil.—Indiferencia anglosajona hacia la familia imperial y la contrarrevolución.—...Abusos de los «Trusts». Agitación obrera y marxista.—Los republicanos, divididos, derrotados por Wilson, inspirado por el coronel Mandel-House y por el especulador Bernard Baruch.—Paul Warburg, padre del «Federal Reserve System».—Préstamos y suministros a los Aliados. Control de la Economía por el Estado.—Intervención en favor de los judíos de Europa.—...Americanizado y judaizante, Clemenceau ultrancista.—Fracasa el último asalto alemán.—Francia, liberada por las embestidas de Foch.—Hundimiento turco.—Franchet d'Esperey rechaza a los búlgaros y aparece en el Danubio.—Benes y Wilson desmembran el Imperio austro-húngaro.—Guillermo II, obligado a abdicar.

INDICE DEL PRESENTE TOMO (III)

CAPÍTULO XXX.—UN PACTO DE FAMILIA: VERSALLES .... pág. 1

Un «Convento masónico», dirigido por Cuatro Grandes y otros tantos judíos.—Alemania unificada pero económicamente sojuzgada.—Clemenceau se inclina, antes de que el Senado neutralice a Wilson.—La República alemana, salvada del marxismo por los cuerpos francos.—Los agitadores judíos, expulsados de Baviera y de Sajonia.—Un Reich disminuido, mal resignado al «Diktat».—Una Austria desmembrada y arruinada.—Una Hungría mutilada, liberada de Bela Kun por los rumanos.—Una Yugoslavia, patria de hermanos enemigos.—Una Rumania mal unificada.—Checoslovaquia: una mayoría de minorías.—Polonia, reconstituida y amenazada de invasión por... los Rojos.—Lucha confusa en los Países Bálticos.—...Las comunidades judías: unas minorías privilegiadas.—Palestina: Hogar nacional judío.—Intrigas sionistas y británicas en el Cercano Oriente.—...Reparaciones y Deudas de Guerra: una hipoteca de la fianza judeo-norteamericana sobre Europa.—Francia, endeudada por el palabrero Klotz.—...Francia, entregada a los aprovechadores.—Los disturbios sociales.—Los parlamentarios, sepultureros de las clases medias.—...Inglaterra, privada de su cartera extranjera, nivelada y democratizada.—Quebrantada en su Imperio.—Retroceso en el Cercano Oriente y en Turquía.—Inglaterra refuerza su unidad nacional y se orienta hacia la reanudación de los negocios.—...La América enriquecida hace frente a la reconversión.—La agitación obrera se apacigua.—«Enriqueceos»: corrupción, especulación, concentración.—...Walter Rathenau y los Warburg: control judeo-norteamericano de la economía europea, a través de la industria alemana «racionalizada».—La República de Weimar y los desórdenes interiores.—La manzana de la discordia de las reparaciones y los apuros financieros de Francia.—¿Hacia una entente con la «buena» Alemania: Briand-Wirth; Loucheur-Rathenau?—Reaparición en escena de Poincaré: ocupación del Ruhr.—...Reacción nacionalista contra la dislocación del Reich: la Rosa-Cruz, inspiradora de Hitler.—El Reich, en quiebra, cede: incapaz de concluir un acuerdo, Poincaré se somete a la finanza anglo-americana.—...y pone en franquía al Cartel (masónico) de las Izquierdas.—Euforia en Ginebra: Francmasonería; los planes Dawes y Young.—Reconocimiento de los Soviets.—El franco, en apuros, salvado por Poincaré a costa de las clases medias.—...Sus comanditarios norteamericanos en ayuda de los Soviets.—¡El marxismo es la miseria!—La N. E. P.: pausa necesaria,—Llamada al capitalismo: Rapallo y planificación.—Stalin contra Trotsky.—Amenazado, el georgiano elimina a su adversario judío.—Rusia pagará su industrialización con la sangre de los «kulaks» engordados y el sudor de sus trabajadores.—Stalin se enajena la Alta Finanza y el Judaísmo.—...Una crisis bursátil: un medio para transformar el estado de cosas.—Preparando el advenimiento de Roosevelt.—Pretexto para una socialización por el «New Deal» y su equipo judío.—La socialización se intensifica después de la reelección de Roosevelt, pero se respeta a los «trusts».—El Estado-Providencia no asegura la justicia social.

QUINTA PARTE

OCCIDENTE, ¿CUAL ES TU DESTINO?

CAPÍTULO XXXI.—RENACIMIENTO DE LOS SOCIALISMOS NACIONALES .... pág. 103

El «crack» destruye el edificio del plan Young.—La negativa norteamericana de colaborar en Londres condena a Europa a la autarquía.—...Inglaterra abandona el patrón-oro.—...Italia, arruinada y democratizada.—Católicos y socialistas se deslizan hacia la extrema izquierda.—Presa de desórdenes revolucionarios.—El ejército busca un hombre fuerte: lo encuentra en

Mussolini.—Reacción campesina y lucha de las «squadras» contra los rojos.—Se organizan fascios y corporaciones, contra la inestabilidad.—El ejército, la corona, las fuerzas vivas e incluso la Francmasonería llevan a Mussolini al poder.—Restablecido el orden, la unión parlamentaria se revela imposible.—El fascismo elabora su doctrina: Estado totalitario corporativista.—Impresionantes realizaciones.—A pesar de los acuerdos de Letrán, fricción con Pío XI.—La expansión colonial sustituye a la emigración.—Abisinia, conquistada a las barbas de Inglaterra.—...La monarquía portuguesa, derrocada por el asalto de la Francmasonería.—El ejército reacciona contra la anarquía.—Oliveira Salazar: asceta y dictador.—El Nuevo Estado, no totalitario, sino corporativista.—...La dinastía española resiste el ataque de la Francmasonería.—Impotencia parlamentaria frente a la agitación catalana.—Alfonso XIII llama a Primo de Rivera.—Buenos resultados, pero demasiada indulgencia: la Francmasonería se reconstituye.—La crisis financiera acaba con el régimen, privado de apoyo sólido.—El último cuadro de «liberales» septuagenarios de la Monarquía.—La Francmasonería en el poder: excesos anticlericales.—Los republicanos, con el reloj parado en el Cuarenta y Ocho, desbordados.—Entrada en escena del Komintern.—Nacimiento de la Falange.—Exito electoral de los moderados.—Primera insurrección, sofocada.—...Las «Ligas» y la «Action Française» contra el Cartel.—Altercados con Pío XI.—Colaboración sin futuro del nacionalista Maurras y del sindicalista Georges Valois.—La prensa amordazada: *L'Ami du Peuple*, de François Coty.—Inestabilidad, derroche, escándalos.—Revuelta de las Ligas: jornada del 6 de febrero.—La Francmasonería, ganada al marxismo.—La «Sinarquía», revolución tecnócrata desde arriba.—Gestación de los Frentes Populares.—Gaston Doumergue y la «Unión Nacional» adormecen a la oposición.—Leon Blum en el poder.—Devaluación, empobrecimiento, dependencia de Inglaterra.—...Los rojos en el poder en Madrid.—El Komintern prepara y desencadena la insurrección.—Al asesinato de Calvo Sotelo responde el levantamiento nacional.—Contra apoyo masónico, apoyo «fascista».—El Komintern y sus «brigadas» encuadran a los rojos.—Cada una de las dos Zonas se instala en la guerra.—Apoyo italo-alemán.—Liberación de Málaga. Fracaso en Guadalajara. Reconquista del país vasco.—Discordia, miseria y dominación moscovita.—Fusión de los nacionales, bajo el arbitraje del «Caudillo».—Derrotas marxistas: Belchite, Brunete, Teruel. Ocupación de Asturias.—Internacionalización del conflicto ¿o negociación y retirada de los voluntarios?—Desarticulados, los frentes de Aragón, de Cataluña y de Levante ceden.—Capitulación roja en Madrid.

CAPÍTULO XXXII.—LA VENGANZA DE ISRAEL .... pág. 203

«Europa será rota en pedazos».—...Consecuencia de la crisis norteamericana: quiebra y paro obrero en Alemania.—Exito electoral del nacionalsocialismo.—Colaboraciones masónicas y financieras contra la amenaza de guerra civil.—Hindenburg y von Papen llaman a Hitler al gobierno.—¡Un Pueblo! ¡Un Imperio! ¡Un Jefe!—Un restablecimiento espectacular: milagro del Trabajo.—El dilema: ¿desarme y revisión de los tratados, o rearme?—La irradicación del fascismo hace ineficaz el cerco.—En los países nórdicos.—En los Estados bálticos.—En la cuenca danubiana.—Los errores de Benes favorecen la expansión alemana.—Hitler elimina a Röhm y acumula los poderes.—La U. R. S. S., en cabeza del rearme.—Su pacto con Francia justifica el rearme del Reich.—Neutralizando a Inglaterra, Hitler ocupa Renania.—Después de la muerte de Dolfuss, Schuschnigg se apoya en Mussolini.—Mal aconsejado por Pío XI, rechaza la entente ofrecida por von Papen, negociador del Concordato.—Aislado, se ve abocado al Anschluss.—El Führer hace entrar en razón a los jefes pacifistas de la Wehrmacht.—...Stalin elimina a los belicistas del ejército y del partido.—Por Checoslovaquia: «Señores Occidentales, disparen ustedes primero».—Buenos oficios británicos para los Sudetes.—La Pequeña Entente, dislocada. Checoslovaquia se desintegra.—A pesar de la intriga belicista y la fronda de sus generales, Hitler impone su criterio en Munich.—...Dueño de los Estados Unidos, el Judaísmo para desencadenar el boicot... arrastra a los católicos a su cruzada antinazi.—Empuja al conflicto a los Occidentales.—Ejerce presión sobre Inglaterra.—...Londres, alarmado por el desmembramiento de Checoslovaquia.—Prodigando sus «garantías», endurece la actitud de Varsovia.—Fracaso de las negociaciones con Moscú.—El pacto, contra natura, germano-soviético.—Francia, a remolque de Inglaterra.—...Nuevo desmembramiento de Polonia.—Parodia de guerra en el Oeste.—Los belicistas en el poder en París.—Por sus apetitos en el Báltico, ¿desviará Stalin el conflicto contra él?—En Noruega, la Wehrmacht se anticipa al desembarco aliado.—La «blitkrieg» sumerge a Holanda y a Bélgica.—...rompe el frente Oeste y avanza hacia el mar, aislando al Ejército del Norte.—Rota su resistencia en el Aisne, Francia es invadida.—Paul Reynaud, en desacuerdo con su gabinete y con el aliado británico.—¿Reducto bretón o norteafricano? ¿Fusión con el Commonwealth? ¿O armisticio?—...Roosevelt «alimenta» la guerra por medio de terceras personas.—Se asocia a los hombres de negocios.—Prepara la intervención y se

quita la careta, después de su reelección.—Rearma a la Gran Bretaña, pero se apodera de sus bienes y de sus posiciones comerciales.—Trabajando a una opinión obstinada.—Echa a Yugoslavia a través de los preparativos alemanes contra la U. R. S. S.

CAPÍTULO XXXIII.—EL MUNDO EN HOLOCAUSTO .... pág. 297

Roosevelt y el «consorcio chino» provocan la agresión nipona.—...Rusia y Japón, rivales en Manchuria.—Sociedades secretas y Revolución en China.—Con la xenofobia, se introduce el comunismo.—¿Qué papel ha desempeñado el Judaísmo?—Presión de Tokio sobre Manchuria: oposición norteamericana.—El ejército nipón se compromete en China.—Chang, aliado de los Rojos, apoyado por los anglosajones.—...Aislado, Londres codicia la flota y el Imperio francés: Mers-el-Kebir, Dakar.—En Vichy, Laval instala el gobierno del Mariscal.—Para colaborar, hacen falta dos.—Francia, entre dos fuegos.—La Luftwaffe pierde la batalla de Inglaterra.—Veleidades de desbordamiento por el Mediterráneo que nacen muertas.—Italia, socorrida por Rommel en Africa.—...Lucha submarina contra los convoyes norteamericanos.—Incursiones aéreas de destrucción sistemática.—...Invasión retrasada, pero fulgurante, de la U. R. S. S.—La ofensiva, paralizada por el frío delante de Moscú.—Dos empujones simultáneos, con medios insuficientes, hacia el Cáucaso y Stalingrado... saldados con una severa derrota.—Obnubilado por el «espacio vital», Hitler ha perdido la partida política en Rusia.—Dos racismos frente a frente.—...Polonia y los países bálticos, mártires.—...Ocupación menos rigurosa de los países nórdicos.—En Francia, relaciones correctas, recuperación y «Orden Nuevo».—Intrigas a favor y en contra de la colaboración; realismo de Darlan.—Lucha fratricida en Siria.—Manejos yanquis en Africa del Norte.—Laval es llamado de nuevo.—Conjuras y preparativos secretos.—Desembarco en Argelia y Marruecos.—En Túnez, las tropas del Eje recogen a Rommel.—Darlan, asesinado.—Giraud, destituido.—«Cromwell» De Gaulle y sus elegidos: marxistas y financieros.—Anatematizan a sus adversarios.—La Metrópoli, dividida, amenazada de subversión.—Preponderancia marxista en la resistencia.—Desgracia de Mussolini.—Invasión anglosajona contenida por los alemanes.—El rey y Badoglio, dominados por los rojos.—Liberado, Mussolini reorganiza el Norte, apoyado por Kesselring.—Desbordado Cassino, la línea cede.—...Fuerte apoyo norteamericano al Kremlin, sin garantía política.—Benes entrega Polonia, y luego la Europa central, a los Soviets.—En Teherán, Roosevelt ratifica aquel abandono.—La resistencia polaca, sacrificada.—En Rusia la Wehrmacht se esfuerza en desarticular la ofensiva roja.—Varsovia se subleva y sucumbe sin recibir socorros.—Churchill le disputa Grecia a Stalin.—Los rusos, dueños de Rumania y de Bulgaria.—Apoyo total británico al revolucionario Tito, con preferencia a los militares serbios.—A pesar de sus exacciones y matanzas.—La orgullosa Hungría, sometida al yugo de Moscú y de los judíos emigrados.—...Preponderancia nipona en el Pacífico, tan rápida como precaria.—Reconstituidas, la flota y sobre todo la aviación norteamericana dominan el océano.—Mac Arthur al Oeste y Nimitz al Este, dirigen la reconquista.—Liberación de las Filipinas.—Roosevelt concede prioridad a China, imponiendo Mao a Chang.—Ataque a los archipiélagos. Aplastamiento atómico del Japón.—...Roosevelt, zar de la economía norteamericana.—La apertura del segundo frente, facilitada; las armas nuevas del Reich no están a punto; la aplastante superioridad aérea cubre el desembarco.—Patton logra salir de la cabeza de puente ampliada.—Conspiraciones contra el Führer.—Enemistados De Gaulle y Churchill, París escapa a los comunistas.—La anarquía ensangrienta el Midi.—Disolución de las milicias, a cambio de un pacto con el Kremlin.—Retirada alemana en el Oeste, a pesar de la embestida de Bastogne.—En Yalta, Roosevelt entrega la mitad de Europa a los Soviets.—Paso del Rin: invasión de Alemania.—El Reich, sumergido por los ejércitos rojos; aplastado bajo las bombas.—Asesinato del Duce. Suicidio del Führer. «Vae Victis!».

SEXTA PARTE

DECADENCIA DE OCCIDENTE

CAPÍTULO XXXIV.—EUROPA HUMILLADA: ESCLAVIZADA O AVASALLADA. pág. 431

La Europa central, abandonada a los Soviets.—Las Naciones Unidas, club cerrado de las democracias.—Los rojos de Lublin, impuestos en Varsovia.—Checoslovaquia, ofrecida por Benes al marxismo.—Churchill, molesto, es descartado de la conferencia de Potsdam.—De-

portaciones en masa.—Presión militar y policíaca sobre Polonia.—Comunistización de Checoslovaquia.—Detrás del telón de acero, Stalin es el amo.—El «golpe de Praga» elimina a los demócratas.—Reparto de tierras para volver a quitárselas a los campesinos en Hungría.—El mismo panorama en Rumania.—Tito, un «partisano» protegido por los progresistas anglosajones.—Los otros «resistentes» depurados por Moscú.—En Yugoslavia, el colectivismo a gusto de los banqueros.—Churchill salva a Grecia del contagio.—Turquía y el Irán escapan al dominio soviético.—Austria, neutralizada.—...Alemania saqueada, partida en dos.—La zona oriental sovietizada, a pesar de tener una fachada de parlamento.—Choque de fuerzas en Berlín: bloqueo y puente aéreo.—La zona occidental, desnazificada y expoliada.—Rehabilitada por el hábil Adenauer—...La Italia demócrata-cristiana se apoya en los Estados Unidos.—El gaullismo y la resistencia decapitan al nacionalismo francés.—Pierre-Bloch confisca y monopoliza la prensa.—Un neo-Frente Popular: nacionalizaciones, inflación.—Humillante abandono de Siria.—Desalentado, De Gaulle deja el puesto al M. R. P. y luego a Blum.—Despilfarro y ruina financiera.—Agitación social.—...¿Gobierno atómico mundial? Baruch, ¿Júpiter tonante?—Stalin, informado por la traición, acepta el reto.—La tragedia de James Forrestal.—Agitación marxista y liberalización económica en los Estados Unidos.—La isla británica, mantenida artificialmente a flote.—Ayuda a la Europa «atlántica»: el plan Marshall.—Excluida, la Europa franquista rompe el cerco.—Después de la guerra de Corea, prioridad a la ayuda militar.—Unión europea en gestación.

CAPÍTULO XXXV.—DESPERTAR DE ASIA.—CRECIMIENTO DEL COLOSO CHINO.—PENETRACION SOVIETICA EN EL CERCANO ORIENTE GRACIAS AL CONFLICTO ARABE-ISRAELI .... pág. 483

En China: rojos y nacionalistas a la greña.—La reconquista de Manchuria agota a Chang.—Chang-Kai-chek, traicionado por los progresistas norteamericanos.—Superioridad de las guerrillas activas contra una defensa estática.—Kaifong y Sutcheu, dos grandes derrotas.—Dueño del país, Mao lo organiza a su manera.—El imperialismo de Mao.—Flujo y reflujo de la lucha en Corea.—Una guerra que no hay que ganar: contener al comunismo, pero sin destruirlo (!) (C. F. R.).—Después del Tibet, Indochina.—Para expulsar a los franceses, Roosevelt da entrada a los chinos.—La difícil ocupación del Norte.—La confusión, alimentada por Leclerc y d'Argenlieu, favorece la insurrección de Ho-Chi-minh.—¿Con quién podrían negociar los inestables gobiernos de París?—Ante la amenaza china, evacuación desastrosa de los puestos fronterizos.—De Lattre y el primer ensayo de «vietnamización».—Exitos tácticos del general Salan.—Dien-Bien-Phu: medida de la impericia de los jefes.—Inglaterra disuade a los Estados Unidos de intervenir, y Mendès-France «liquida» Indochina en Ginebra.—Para defender Formosa, Washington coaliga a sus aliados del Pacífico.—Al frente de los neutralistas, la India sin los ingleses.—Dividida y desgarrada por luchas raciales sangrientas.—Los rojos se disputan Birmania entre ellos.—Expulsados los holandeses, Indonesia vacila entre el Islam y el marxismo.—Los cimientos del Tercer Mundo: Bandoeng.—...Desaparecido Stalin, los judíos respiran.—Amenazados de desgracia, los epígonos reaccionan.—Las ambiciones de Beria, defraudadas.—Malenkov y Krutchev se disputan la dirección de la expansión económica.—...Rearme de Alemania y Comunidad europea de Defensa.—Reaparición de De Gaulle: el R. P. F. explota el peligro rojo.—De Gaulle, aliado de los comunistas para minar los gobiernos... sabotea la Comunidad europea de Defensa.—De Gaulle, eco de Molotov: «desde el Atlántico hasta el Ural».—El Pacto de Varsovia contra la O. T. A. N.—...Krutchev, paladín de la «coexistencia pacífica».—Consciente del peligro amarillo, Krutchev rompe con China.—Se reconcilia con Tito.—Condena a Stalin en el XX Congreso.—Descarta a Zhukov, un aliado que se ha hecho molesto.—Krutchev lanza un reto a Norteamérica, donde tiene asegurada la ayuda de los progresistas.—Polonia se alza contra la explotación soviética.—Hungría se subleva.—Los tanques rusos aplastan la contrarrevolución.—Frente a la O. N. U., impotente y con la complicidad del Judaismo norteamericano y del C. F. R.—...Del «hogar judío» al Estado de Israel.—Washington releva a Londres y favorece la inmigración.—Las milicias judías rechazan a los ejércitos árabes.—Los palestinos, bajo la autoridad de los beduinos o internados en campos.—Egipto, paladín de la causa árabe.—El coronel Nasser instaura un socialismo nacional.—Los Estados Unidos arbitran en beneficio suyo el conflicto anglo-iraní.—Los intereses de Occidente, sacrificados a las exigencias israelitas.—Moscú construye la presa de Asuan y se impone en Egipto.—La nacionalización de Suez corta la ruta del petróleo.—La aventura franco-británica de Suez sólo beneficia a Israel.—Un Estado racista y comunista, mantenido por unos multimillonarios.—Retroceso de Inglaterra y de Francia en el Próximo Oriente.

CAPÍTULO XXXVI.—DESCOLONIZACION PREMATURA Y TUMULTUOSA DE AFRICA: UN BOOMERANG PARA LOS ESTADOS UNIDOS .... pág. 567

¿Pagar con la independencia del Maghreb el reconocimiento de Israel?—La agitación antifrancesa, dirigida por Messali Hadj en Francia, los ulemas en Argelia, apoyada por el P. C. y orquestada por Pierre-Bloch.—El proyecto Blum, contra la asimilación preconizada por Violette.—No hay autonomía de las comunidades posible en una democracia parlamentaria.—La ciudadanía, concedida a los judíos y negada a los kabilas.—El Congreso musulmán, dividido, comprometido por sus adiciones judías, desmantelado. Fidelidad a Francia vencida y al Mariscal.—Balance de la colonización: impresionante progreso material.—Orientación de los espíritus inexistente: perdida la carta bereber, por sectarismo masónico, ceguera de los arabizantes y falso cálculo del Judaísmo: «¡seis millones de orientales!».—El desembarco «aliado», fatal para el prestigio de Francia.—En adelante, las reivindicaciones que apuntan a la independencia... ¿por la vía legal?—El armisticio, ensangrentado por unas atrocidades.—Vanos estatutos, vanas palabras. Falsa democracia y fraude.—...La rebelión se organiza.—En Túnez, Burguiba, protegido por los alemanes y luego por los norteamericanos.—Mendès-France prepara la liquidación del protectorado.—En Rabat, Mohamed V juega la carta norteamericana y cubre al Istiqlal.—El Glaoui y sus berberiscos se imponen.—Gobiernos efímeros y residentes lamentables preparan el regreso de Mohamed V y la independencia.—...La lenidad de la represión estimula la rebelión argelina.—Fracaso de Guy Mollet y de Catroux.—La aventura de Suez desguarnece la defensa; congreso del Soummam.—Guerrilla urbana: poderes especiales.—Cierre de las fronteras; reestructuración administrativa.—Reacción militar y cívica.—Intrigas para el retorno de De Gaulle.—Incidentes fronterizos: peligro de internacionalización del conflicto.—¿Unión nacional o «putsch»?—Ganado por mano, De Gaulle se ofrece como conciliador.—Argelia, sacrificada al apoyo socialista.—Instalado en el Elíseo, De Gaulle entra en tratos con el F. L. N.—De Gaulle dispersa a los militares del 13 de mayo.—Frena los éxitos de Challe y extorca en la Metrópoli los créditos del «plan de Constantina».—La autodeterminación, acogida con las «barricadas».—De Gaulle desalienta la rendición de los «fellagha».—Provoca el enfrentamiento de las comunidades.—Desbarata el «putsch» de los generales y la resistencia civil.—Para negociar con las condiciones del F. L. N.—Y entregarle Argelia después de haber doblegado a la O. A. S.—Exodo de los europeos; un régimen «titista» árabe.—...¿Había liberado Lincoln a los negros para expulsarles, o para mantenerles marginados?—En 1918 invaden el Norte y reclaman la autodeterminación en el Sur.—El Congreso panafricano de 1945: Du Bois, N'Krumah. Ghana, piloto de la independencia.—Promotor de la «Unión Francesa» de Pierre-Bloch, De Gaulle fracasa en su proyecto de Comunidad.—Las Conferencias de Acra precipitan el movimiento de independencia.—...El Africa francesa se desintegra y derrocha sus escasos recursos.—Modelo de colonización, el Congo se sume en la anarquía.—Los trusts norteamericanos derrocan a Tshombe.—El coronel Mobutu restablece el orden y la unidad.—...Fracaso de la Federación de Africa oriental.—Represión de los Mau Mau de Kenya. Dictadura xenófoba en Uganda. Tanganika, bajo control chino.—Guerra de exterminio racial en Nigeria.—Estallido de la Federación austral; Rodesia del Sur, bastión blanco.—...Portugal defiende, sin espíritu racista, sus provincias de Africa.—...La Unión Sudafricana organiza la «evolución separada» de sus negros.—...Las dictaduras militares contra los neo-imperialismos; rivalidad ruso-china; penetración yanqui e israelí.—...Soplando el fuego, los progresistas norteamericanos, prenden el incendio en su casa.—Los negros reclaman la igualdad; cuando les es concedida... encuadrados por los negros-blancos de las Antillas, agentes de la cruzada antiblanca... reclaman por la violencia el «Black Power»... o bien el «apartheid».

CAPITULO XXX

UN PACTO DE FAMILIA: VERSALLES

En una Francia eufórica por una victoria que para ella se concreta en el abrazo de Poincairé y Clemenceau en el recuperado Estrasburgo, el 25 de noviembre de 1918, y en el desfile de los Mariscales bajo el Arco del Triunfo, el 14 de julio de 1919, se reúnen, primero en el Quai d'Orsay, el 18 de enero de 1919, y luego en Versalles, como para borrar allí la proclamación del Imperio de Alemania en la Galería de los Espejos, el 18 de enero de 1871, los plenipotenciarios de la paz.

Pero se reúnen también en una Europa exangüe, mutilada, arruinada, presa del hambre, agitada por disturbios y amenazada de revolución. El balance de la hecatombe se establece en casi 11 millones de muertos (incluidos los civiles, pero con exclusión de las víctimas de las luchas intestinas), de ellos 6.065.500 en el bando de los Aliados (Francia, 1.712.000; Rusia, 1.700.000; Gran Bretaña, 930.000; Italia, 750.000; Serbia, 370.000; Rumanía, 250.000; Estados Unidos, 152.000; Canadá, 57.000; Australia, 56.000; India, 34.000; Bélgica, 22.000; Nueva Zelanda, 17.000; Portugal, 8.500; Unión Sudafricana, 7.000), y 4.830.000 en el de los Imperios centrales (Alemania, 2.740.000; Austria-Hungría, 1.540.000; Turquía, 450.000; Bulgaria, 100.000) (1).

Un «Convento» masónico, dirigido por Cuatro «Grandes» y por otros tantos judíos

En una atmósfera de «Convento» masónico (a fin de estar «en familia», ha sido excluido todo representante de la Santa Sede, tal como había exigido el barón Sonnino; en cambio, ha sido admitida una delegación sionista con el ardiente rabino Stephen Wise), veintisiete naciones aliadas o asociadas, como los Estados Unidos, de las cuales, ausente Rusia, solamente ocho, más cinco Dominios británicos, han participado efectivamente en las hostilidades, inauguran la Conferencia.

---

(1) Según Lesourd en su *Historia económica*, 1963. En su *Historia de la guerra 1914-18*, el general Valluy calcula las pérdidas militares en 8.856.000 muertos entre los Aliados (1.700.000 rusos; 1.393.000 franceses; 776.000 británicos; 530.000 italianos; 400.000 serbios; 158.000 rumanos; 114.000 norteamericanos). Y, del otro lado: 1.950.000 alemanes; 1.047.000 austríacos; 400.000 turcos, y 100.000 búlgaros.

Paladín de la Democracia, a cuyo alrededor se ha montado una ruidosa campaña de prensa, Woodrow Wilson, llegado el 13 de diciembre, se presenta como el profeta de los nuevos tiempos. Entre las cincuenta y dos comisiones que se han constituido, elige presidir la que se encarga de crear la Sociedad de Naciones, «Super-Estado masónico», como la ha definido justamente Leon de Poncins, designada por el Hermano Gaston Lebey como «el objetivo mismo de la guerra» (Acta del Convento del Gran Oriente de 1917, pág. 84). El 25 de enero, se obtiene un acuerdo de principio sobre la conclusión de aquel Pacto, de aquel «Covenant», de aquel «B'rith», cuya Carta es votada el 14 de febrero. Al día siguiente, cumplida aquella «Gran Obra», nuestro puritano embarca hacia América, donde va a consultar a Hughes, al ex presidente Taft (fundador de la «League to enforce Peace» en enero de 1915) y a Elihu Root, sobre la oportunidad de incluir la doctrina de Monroe en aquel documento. Sin embargo, el nicho se presenta bastante mal. Al rechazar la propuesta de Leon Bourgeois de dotar a la Liga de una fuerza internacional, su propio padre, Wilson, le ha quitado toda vitalidad. En cuanto a sus padrinos ingleses, sir Robert Cecil y el general sudafricano Smuts (líderes de la «League of Nations Society»), le han atrofiado los brazos, al no dotarla más que de sanciones morales y económicas. Su estatuto, aprobado definitivamente el 28 de abril, confía la dirección a un Consejo, compuesto de cinco miembros permanentes y de otros cuatro elegidos por rotación, lo cual parece conciliar a la vez el derecho a la igualdad de las pequeñas potencias y la preponderancia de las grandes. De hecho, en el seno de aquel club de las Naciones, con sede en Ginebra y cuyo primer secretario general será sir Eric Drummond, la influencia anglosajona domina ampliamente, ya que Gran Bretaña dispone en él, con sus Dominios, de 7 votos, y con sus clientes, de 35.

En ausencia del presidente norteamericano, que ha dejado a sus colaboradores la tarea de continuar las negociaciones, la conferencia se estanca durante un mes. Cuando se reanuda a su regreso, el 24 de marzo, asume la forma de un cenáculo, emanación del Consejo de los Diez (Wilson-Lansing; Lloyd George-Arthur Balfour; Clemenceau-Pichon; Orlando-Sonnino; Makino-Chinda), posteriormente reducido a cinco y luego a cuatro miembros (por haberse separado el Japón), e incluso a tres (a raíz del apartamiento de Italia, descontenta por no habérsele atribuido Fiume, el 24 de abril, y por el llamamiento dirigido por Wilson al pueblo italiano, la víspera, con menosprecio de la autoridad de su jefe de gobierno). «Nada de diplomacia secreta», había proclamado antaño Alexandre Ribot, rechazando toda tentativa de paz separada. ¿Era por eso que ahora tres «Grandes» —un inglés, galés radical y no-conformista, Lloyd George, un norteamericano, puritano ideólogo, Wilson; y un jacobino anglófilo y americanizado, Clemenceau—, doblados con tres judíos, sir Philip Sassoon, el coronel Mandel-House y Jeroboam Rotschild, llamado Georges Mandel a secas, deciden la suerte del mundo en el secreto del gabinete?

Alemania unificada, pero económicamente sojuzgada

Sus esfuerzos conducirían al reajuste de Europa de acuerdo con el espíritu de los 14 puntos proclamados por Wilson el 8 de enero de 1918, y sobre todo de acuerdo con los esquemas elaborados en septiembre de 1917, a raíz de un viaje de Balfour en abril, por el coronel House, su colaborador Walter

Lippmann (2) y diversos miembros del «Peace Inquiry Bureau», presidido por S. F. Mezes (David Hunter Willer, Isaiah Bowman y el profesor J. T. Shotwell).

En lo que respecta a Alemania —obligada por las condiciones del armisticio a desarmar, a entregar 5.000 cañones, 25.000 ametralladoras, 3.000 «minen werfer», 1.700 aviones, 5.000 camiones, 5.000 locomotoras y 150.000 vagones, a conducir su flota (6 cruceros de batalla, 10 acorazados, 8 cruceros ligeros, 50 destructores) a los puertos ingleses de Rosyth y de Scapa Flow (donde fueron hundidos 70 buques el 21 de junio de 1919), a abandonar a las tropas de ocupación aliadas la orilla izquierda del Rin, más tres cabezas de puente de 30 quilómetros de radio en Colonia, Coblenza y Maguncia, y a neutralizar una franja de 10 quilómetros en la orilla derecha del río—, todo el mundo parece estar de acuerdo. Sin embargo, los designios de la Alta Finanza del otro lado del Atlántico: yugular el militarismo prusiano, establecer un «gobierno democrático», sojuzgar la economía, pero mantener la unidad del Reich, tropiezan con las exigencias de Francia, deseosa ante todo de garantizar su seguridad contra las empresas de un vecino demasiado poderoso. Sobre el primer punto, aunque el mariscal Foch reclamase el 3 de marzo que el Reichswehr fuese reducido a 200.000 hombres reclutados por servicio obligatorio de corta duración, el acuerdo resultó tanto más fácil por cuanto Clemenceau se adhirió hipócritamente, los días 5 y 7 de marzo, a la tesis inglesa de un ejército profesional (unificado por la supresión de los cuatro contingentes regionales), fijado al principio en 140.000 y luego rebajado, el 17 de marzo para el 31 de marzo de 1920, a 100.000 hombres y 4.000 oficiales, ejército decapitado de su Estado Mayor, sometido a la prohibición de poseer armas de las llamadas ofensivas: aviación, artillería pesada, tanques, buques de línea y submarinos. Restricciones impuestas «con vistas a hacer posible la preparación de una limitación general de los armamentos, cláusulas imprudentes que, volviéndose contra sus autores, facilitaron la formación de los cuadros de la futura Wehrmacht, al tiempo que suministraban a Hitler el argumento diplomático del que se serviría para rearmar.

Clemenceau se inclina, antes de que el Senado neutralice a Wilson

Pero, sobre el último punto, la política a observar con respecto al Reich «democrático», los Aliados están divididos. Deseosos de imponer a Europa su influencia al controlar financieramente la industria del otro lado del Rin, intacta en un 90 % y la más fuerte del continente, los magnates judeo-americanos, en su mayoría de origen germano, no tienen ningún inconveniente en respetar la unidad de la Gran Alemania. Lo mismo que los financieros de la City que, tranquilizados por el hundimiento de la «Kriegsmarine», se preocupan sobre todo de la reanudación de los negocios y, deseosos de mantener el equilibrio de las potencias, miran con aprensión al ejército francés, instrumento posible de hegemonía. Unos y otros hacen caso omiso del afán de seguridad que priva sobre todas las preocupaciones de Francia. Sobre este extremo,

(2) Nacido en 1889, hijo de un industrial judío de Nueva York, organizador con John Reed del Club socialista de la Universidad de Harvard, periodista en la *New Republic*, de Herbert Croly, desde 1914 hasta 1921, secretario particular de Newton D. Baker, que ocupaba el cargo de secretario de la Guerra desde junio de 1917; capitán del Servicio de Información en Francia; delegado en Versalles hasta marzo de 1919.

además, el Estado Mayor y el mariscal Foch chocan con los políticos. En tanto que los nacionalistas desearían el retorno a la autonomía de los estados, la resurrección de las Alemanias en forma de una Federación, preconizada por Gabriel Hanotaux en la *Revue des Deux-Mondes* y por Jacques Bainville, los militares preferirían la neutralización de la orilla izquierda del Rin en forma de un Estado-tapón, o al menos su desmilitarización permanente (notas de Foch en los días 22 de noviembre de 1918, 31 de marzo y 25 de abril de 1919, y memorándum de André Tardieu de los días 25 de febrero y 12 de marzo de 1919). Poincaré, que ha insistido sobre la responsabilidad de Alemania en la declaración de guerra, en su discurso inaugural de la Conferencia de la Paz, porque esa responsabilidad constituye para él la base jurídica del derecho a indemnización por los daños causados (cuyo principio ha formulado la nota aliada del 5 de noviembre de 1918), interviene por dos veces cerca de Clemenceau, los días 17 de marzo y 28 de abril, para que la ocupación de la orilla izquierda del Rin, considerada como presa de garantía, no quede limitada a quince años (cinco para la zona de Colonia, diez para Coblenza y quince para Maguncia), sino subordinada al ajuste final de las reparaciones. Él, antaño tan aferrado a las prerrogativas presidenciales en materia diplomática, permanece obstinadamente sordo a las recomendaciones de Foch, que le pide audiencia y le conmina a intervenir recordándose que, de acuerdo con el artículo 6.° de la Constitución, «el Presidente de la República negocia los tratados». Prefiriendo refugiarse, una vez más, en la abstención, únicamente sale de su reserva para solidarizarse, en una carta al periódico *France-Italie*, con Orlando y Sonnino, que abandonan la Conferencia dando un portazo al serles negado Fiume (24 de abril de 1919). Y deja las manos libres a Clemenceau que, al amordazar a la prensa y al Parlamento, se ha privado (16 de enero de 1919) de la poderosa palanca de su propia opinión pública en sus discusiones con sus socios de ayer, convertidos en sus adversarios de hoy. Cediendo en aquel punto vital para su patria (14 de abril), así como sobre el Sarre (31 de marzo y 10 de abril), el «Tigre», súbitamente domesticado, se contenta en contrapartida con una promesa de garantía de ayuda militar, ofrecida por los Estados Unidos y la Gran Bretaña, en la eventualidad de una nueva agresión alemana.

Peor aún. Se priva de todo recurso por la prisa con que se dedica a obtener de las asambleas francesas, a pesar de las aprensiones de Louis Barthou, presidente de la Comisión de 60 miembros encargada de examinar aquellos documentos diplomáticos (24 de septiembre) y de las pertinentes críticas formuladas por Franklin-Bouillon, el 1 de octubre la ratificación del tratado de Versalles (firmado el 28 de junio de 1919), del Pacto de la Sociedad de Naciones y de las convenciones de garantías, por 372 votos contra 53 en la Cámara, el 2 de octubre, y por unanimidad en el Senado, el 12. De modo que se habrá limitado a soltar la presa por la sombra cuando llegue el momento de que aquellas garantías se desvanezcan por sí mismas. En vano Wilson se ha marchado a América, el 29 de junio, para combatir la campaña desarrollada por los senadores Johnson de California y Borah de Idaho, 14 republicanos y 4 demócratas «inconciliables», y los medios aislacionistas del «Middle West» (3 de septiembre). En vano se ha esforzado (mientras los republicanos han obtenido en las elecciones del 7 de noviembre una mayoría de dos escaños en el Senado —49 contra 47— y de cuarenta y siete en la Cámara —237 contra 190—) en reagrupar a los elementos reticentes del Senado, tales como Hitchkock y de 12 a 15 senadores, entre ellos Frank Kellog, en desacuerdo

con el entorno presidencial en Versalles. No se decide a aceptar las 15 reservas presentadas por el republicano Henry Cabot Lodge, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores, y poco después (25 de septiembre) sufre un ataque de parálisis, del que morirá el 3 de febrero de 1924, que neutralizará su acción. Y el Senado, aunque ha rechazado por 55 votos contra 41 todas las enmiendas presentadas, se niega a ratificar el 19 de noviembre de 1919, por 55 votos contra 39, el conjunto de los instrumentos diplomáticos de Versalles. Ante la obstinación de Wilson, hostil a todo compromiso, a pesar de la opinión de Lansing, el 14 de diciembre, mantiene su postura el 19 de marzo de 1920, adoptando el proyecto Lodge por 49 votos contra 35 (es decir, con 7 votos menos que la mayoría de los dos tercios requerida), lo que de hecho equivale a rechazar el tratado. Apresurándose a imitar aquel ejemplo, Lloyd George retira la garantía británica. De modo que Clemenceau, con su ligereza, deja una Francia aislada, en presencia de una Alemania momentáneamente debilitada, incluso amenazada de movimientos separatistas, pero que no tardará en estar más unificada que nunca, y sin contrapeso en la Europa central.

La República alemana, salvada del marxismo por los cuerpos francos

De momento, el gobierno de Berlín se enfrenta con la dura tarea de contener la ola revolucionaria que amenaza con inundar al país. La derrota engendra la revuelta. Sin embargo, el ejército ha regresado a sus hogares en el mayor orden. Pero ha habido que desmovilizarlo sin pérdida de tiempo, y los agitadores profesionales, judíos en su mayor parte, animados por Joffe, embajador de los Soviets, han aprovechado aquella ausencia de las fuerzas del orden para multiplicar los motines y tratar de conquistar el poder, de acuerdo con los métodos experimentados en Rusia. Un Consejo de Comisarios del pueblo, especie de Directorio de seis miembros —tres de ellos socialistas mayoritarios, Ebert en el Interior, Landsberg en las Finanzas, Scheidemann en la Información, y tres «independientes», Haase en los Asuntos Exteriores, Dittmann y Barth—, presidido por Ebert, se ha instalado en la capital el 9 de noviembre y se esfuerza en implantar su autoridad sobre una infinidad de Consejos de obreros y sobre todo de soldados (en número de una decena de millar), coronados por un Comité central (Zentralrat). Pero si bien los extremistas independientes (U. S. P. D.) de Ledebour (separados de los mayoritarios después de la escisión de abril de 1917) y «spartaquistas» de Liebknecht, ejercen su influencia sobre algunos de aquellos Consejos, que pretenden el 22 de noviembre elegir a sus oficiales, otros muchos resisten, y reclaman el 20 de noviembre la convocatoria de una asamblea nacional; las unidades del frente conservan su cohesión y el ejército sólo obedece a su jefe, el mariscal Hindenburg, al que Ebert ha autorizado que «ignore» los delegados de los Consejos, el 10 de noviembre.

Por un momento, el general Gröner y el mayor von Schleicher alimentan incluso la esperanza de aprovechar el regreso de las tropas, que desfilan el 11 de diciembre en Berlín, para restablecer el orden; pero la desmovilización y la dispersión de las unidades son ineludibles. El 16, el Congreso de los Consejos de soldados replica exigiendo la destitución de Hindenburg y la disolución del cuerpo de los oficiales. Ebert, el 19, protesta contra la pretensión de aquel Comité central a ejercer presión sobre el gobierno, provoca la retirada de los tres independientes, que dimiten el 27, convoca a los electores

para el 19 de enero, llama a la Defensa nacional al sólido brandenburgués Gustav Noske, socialista ligado a los servicios políticos del ejército, que ha reprimido el 6 de noviembre el motín de Kiel (dirigido por Grünewald y Kohn) con una «brigada de hierro» de 1.600 hombres, nombra al general von Lüttwitz, en lugar del general Lequis, gobernador militar de Berlín, y reajusta el gabinete prusiano (Hirsch reemplaza a Heine en el Interior; Brochdorff a Solf en los Asuntos Exteriores, y, en la Guerra, el coronel Walter Reinhardt al general Schench). Todo esto acarrea los naturales disturbios. Apoyados por unos 10.000 milicianos rojos, mandados por Barth, Dittmann y Haase (que intentan organizar 110 centurias de guardias cívicos republicanos), los 1.300 marinos de Radtke y de Dorrenbach invaden la cancillería el 23 de diciembre, retienen como rehén al comandante de la guardia y, sitiados en el castillo y el Marstall por las tropas de la Guardia, los 4.000 hombres de los grupos de seguridad de los socialistas mayoritarios y algunos comandos, se disponen a rendirse el 24 de diciembre por la mañana cuando la multitud los libera (han tenido 70 muertos). El asunto se estropea. Para imponer la autoridad del gobierno en la capital, en la que el 6 de enero de 1919 ha tenido lugar una manifestación de 200.000 personas, hay que apelar a ocho grupos de cuerpos francos: los 4.000 «cazadores» del general Maercker (unidades de choque seleccionadas entre los elementos de la 241.ª D. I. desde mediados de diciembre y controladas por «hombres de confianza»), revistados en Zossen por Noske el 4 de enero de 1919; la brigada del coronel Wilhelm Reinhardt (del 4.º Regimiento de la Guardia) y del mayor von Stephani; los «Tiradores» del general von Roeder; la Guardia montada del general von Hoffmann; la «brigada de hierro» de Kiel, etc. Tras haber expulsado a los rojos de Spandau, del 11 al 15 de enero de 1919, se hacen dueños de la capital, ocupan el barrio de los periódicos, los locales del «Vorwärts» en la noche del 11 al 12, la Jefatura de Policía (de la que expulsan a Eichhorn y sus espartaquistas) y finalmente, el 15, los barrios situados al sur del Spree. Descubiertos en Wilmersdorff, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo son «liquidados» y Ledebour encarcelado. La Comuna de Berlín ha muerto.

Las elecciones para la Asamblea constituyente fortalecen la posición de Noske. De un total de 421 diputados, las derechas cuentan con 69 (22 nacionales-alemanes, 38 populistas, 9 sin partido), el Centro con 166 (91 del Centro católico y 75 demócratas) y las izquierdas con 165 socialistas y sólo 22 independientes. Aquella asamblea, compuesta a imagen del antiguo Reichstag, reunida en Weimar, bajo la protección de 7.000 «cazadores», instituye, no la República, aunque adopte el emblema negro, rojo y oro de 1848, sino un Reich alemán (al cual Austria queda en libertad de unirse, en virtud del párrafo 2 del artículo 61, si los Aliados no se lo prohibieran por el protocolo del 2 de septiembre de 1919), recoge los poderes del Comité central (Max Cohen, Hermann Muller) el 20 de enero, aprueba el 25 de febrero una ley sobre el reclutamiento de los voluntarios y, el 6 de marzo, otra ley militar organizando una Reichswehr provisional de 400.000 hombres en junio, en 24 brigadas correspondientes a los antiguos Cuerpos de Ejército, en la cual se refundirán en adelante los contingentes de los estados. Los disturbios persisten, en efecto, y las amenazas autonomistas cobran realidad, no sólo en Renania (Lilienthal, Heine en el Palatinado), sino también en Baviera y en Sajonia. Más tarde, el 11 de agosto de 1919, adoptará una Constitución preparada por el judío Hugo Preuss, ministro del Interior, que instituye un Presidente directamente elegido, crea junto al Reichstag un Consejo económico, permite recu-

rrir al referéndum y prevé la participación obrera en la gestión de las empresas, así como la instauración de Consejos de fábrica, «Betriebräte», puestos en marcha por las leyes de 1921-22.

Y el gobierno, en todas partes, se esfuerza en restablecer el orden. Para recibir los socorros de los Estados Unidos, los barcos de víveres reclamados por Walter Rathenau al coronel House, expedidos por la Comisión Hoover, ha sido preciso «liberar» por la fuerza (mediante la intervención de 3.000 hombres de la división Gerstenberg) el puerto de Bremen, dominado por los rojos (3-5 de febrero). La operación ha costado 100 muertos y 300 heridos, pero ha conducido afortunadamente al sometimiento de los Soviets de Hamburgo, Altona y Cuxhaven. Desalojar, con 2.750 hombres, a los independientes de Münster y de Mulheim, que han desencadenado una huelga general en el Ruhr, el 6 de febrero (a pesar de la promesa, contenida en la ley del 23 de marzo, de nacionalizar las minas y de crear unos consejos de fábricas) y bombardeado la alcaldía de Bottrop. Reprimir, del 1 al 7 de marzo, con la ayuda de 3.000 cazadores de Maercker, las exacciones de los huelguistas de Halle, conducidos por Killian (25 de febrero) y de los marinos que han asesinado a unos oficiales (hay que lamentar 29 muertos y 67 heridos entre los civiles, 7 y 20 entre los militares), entablar una lucha muy dura, en Berlín, el 3 de marzo, contra 10.000 espartaquistas y huelguistas, que pretenden ocupar las fábricas, expulsar a los guardias rojos de Jefatura de Policía y del Marstall, el 6, a los marinos amotinados de su Arsenal, disparar contra ellos el 7 en la Alexander Platz y en la Frankfurterstrasse, limpiar el barrio de Lichtenberg, en el que se producen 200 víctimas, ocupar el 12 la sede del Soviet obrero. El balance de la insurrección es muy doloroso: 1.200 muertos y más de 10.000 heridos civiles. Dorrenbach y Eichhorn se refugian en Brunswick. Después de intervenir el 9 de abril en Magdeburgo (donde Brandeis, presidente del Consejo de soldados del IV cuerpo de ejército ha proclamado, el 2, una república roja, con Kegel y Völker; donde los marineros Düring y Artelt retienen como rehén al ministro Landsberg y al general von Kleitz, y donde 7 civiles muertos y 30 heridos caen delante de la Catedral), los cazadores de Maercker restablecen con un tren blindado, el 14 de abril, las vías férreas bloqueadas en Brunswick desde el 9; rodean la ciudad en la noche del 16 al 17, entran en ella como libertadores y se apoderan de los agitadores Sepp, Oerter y Eckardt.

Los agitadores judíos, expulsados de Baviera y de Sajonia

A continuación le llega el turno a Baviera. En Munich, el 7 de noviembre de 1918, tras una demostración «pacifista» de 150.000 personas, el judío galitziano Salomon Kutchinski, llamado Kurt Eisner (nacido en Berlín en 1867, internado como derrotista y recientemente liberado), ha expulsado al rey Luis III y constituido un Directorio de los «Estados confederados del Sur», del cual se ha proclamado presidente y ministro de Asuntos Exteriores, con tres socialistas (Auer en el Interior, Timm en la Justicia, Rosshaupter en la Defensa), un solo burgués (Frauendorfer en las Comunicaciones) y unos independientes (Jaffé en las Finanzas, Unterleitner en las Obras Públicas, Hoffmann en la Instrucción Pública). Más rojos todavía, anarquistas de Erich Müsam y marineros de Rudolf Eglhofer intentan contra ellos en la noche del 7 de diciembre un golpe de fuerza que fracasa. Auer aprovecha la ocasión para

formar una guardia cívica burguesa y, habiendo manifestado el 15 de enero de 1919, los electores, su repulsa a aquellos histriones votando únicamente a 3 extremistas sobre un total de 180 diputados, Kurt Eisner se resigna a dimitir el 21 de febrero, cosa que evita un teniente de la Guardia, el conde Arco, matándole a tiros. Auer corre la misma suerte en el Landtag, de manos de un carnicero, Aloys Lindner. En medio de la confusión general, dos fuerzas se desafían, un gobierno socialista (Hoffmann, Schneppenhorst, Dr. Neurath) y un comité central revolucionario (Ernst Toller, Müsam, Gustav Landauer, Eglhofer). Este último incita al soviet obrero de Augsburgo (del 1 al 3 de abril) a seguir el ejemplo de Bela Kun en Budapest el 20 de marzo, y a proclamar en Munich, en la noche del 6 al 7 de abril, una «Räterepublik», de la cual Ernst Toller es presidente, con Sylvie Gsell en las Finanzas, el Dr. Lipp en los Asuntos Exteriores, Gustav Landauer en la Instrucción Pública, Müsam y el doctor Wedler-Krakau. Mientras las tropas se atrincheran, en la noche del 11 al 12 de abril, para no dejarse desarmar, y las milicias socialistas de Hoffmann tratan de reaccionar y se hacen derrotar por los rojos en Dachau el 16 de abril, los vencedores y sus dirigentes rusos, tres judíos llamados Eugen Levin (socialista revolucionario), Axelrod y Lewien, se instalan en el palacio de los Wittelbasch, en compañía de Eglhofer, saquean los Bancos, imprimen billetes para pagar a 20.000 milicianos e implantan el terror. Impotente para restablecer su autoridad, Hoffmann llama en su ayuda a Noske y a unos contingentes mixtos del Reich mandados por el general von Oven: 30.000 hombres se concentran el 28 de abril alrededor de Munich (brigada Eberhardt de la Marina, Tiradores bávaros de von Epp, elementos de la Guardia prusiana, etc.). Axelrod y Lewien huyen a Viena. A partir del 30, se lucha en los barrios norte y este de la ciudad, defendida por 12.000 insurgentes (el resto de los 50.000 milicianos se había volatizado). El 2 de mayo, la cervecería Mathaeser, Cuartel General de los extremistas, y la estación central son ocupadas por los cuerpos francos. La represión se salda con 700 ejecuciones, entre ellas las de Levin, Landauer, Eglhofer... Toller, que ha evitado la matanza de los rehenes, sale del trance con cinco años de prisión.

Queda por normalizar la situación en Sajonia, donde los sindicalistas de Dresde y de Leipzig han formado unos Soviets, del 7 al 10 de noviembre de 1918, expulsado el rey Federico-Augusto III y constituido un Consejo de Comisarios, compuesto de tres socialistas (Gradnauer, Buch, Schwartz) y tres independientes (Lipinski, Fritz Geyer, Fleissner). Las elecciones de enero les han sido favorables y los rojos organizan unas milicias, al mando de Kurt Geyer hijo. Pero se han entregado al pillaje, han robado los fondos municipales, desencadenado huelgas impopulares (26 de febrero, 10 de marzo) y finalmente asesinado al ministro Neurig en Dresde, el 12 de abril. Reclamada la ayuda de Noske, éste envía primeramente 1.400 hombres del cuerpo franco de Gorlitz, que son insuficientes para restablecer el orden. El general Maercker, que ha logrado reunir 20.000 hombres en torno a Leipzig, el 10 de mayo, sorprende al día siguiente a los 2.500 hombres del regimiento de seguridad de Kurt Geyer y a 400 marinos sublevados, que se rinden, desarma a los rojos (los cuales ven fracasar una suprema tentativa de huelga, del 12 al 15) y confía el mantenimiento del orden a una guardia cívica (24 de mayo).

Un Reich disminuido, mal resignado al «Diktat»

El gobierno «democrático» de Berlín, pues, acaba apenas de imponer su autoridad gracias a la energía del socialista patriota Noske y a la intervención eficaz de los «cuerpos francos», cuando las condiciones de paz de los Aliados son entregadas al conde Brockdorff-Randzau y a los plenipotenciarios del Reich, el 7 de mayo, en el Trianon-Palace, en Versalles. Lo anómalo de aquel procedimiento, excluyendo prácticamente toda discusión, no deja de ser captado por los alemanes, que denuncian el 12 de mayo, por boca del presidente de la Asamblea, Fehrenbach, aquel «diktat», que tendrá como resultado «crear en Alemania una generación cuya única voluntad será la de romper las cadenas de la esclavitud», presentan unas contrapropuestas (que tienden a reducir el importe de las reparaciones, fijado en 212.000 millones de marcos-oro, a 100, pagaderos en treinta años, a conservar el Sarre contra el compromiso de suministrar carbón, a organizar unos plebiscitos en el Schleswig, en Alsacia-Lorena, en los territorios cedidos a Polonia, en Austria y en Bohemia, en el país de los Sudetes), protestan contra la no observancia de los 14 puntos de Wilson, contra su no-admisión inmediata en el seno de la Sociedad de Naciones y, sobre todo, contra las cláusulas «morales» del tratado, imputando a Alemania la exclusiva culpabilidad de la guerra (católicos del Centro y socialistas reunidos, los días 13 y 22 de junio, en la Asamblea). Habiéndose negado los Aliados, el 16, a tener en cuenta aquellas observaciones (excepto en lo relativo a los plebiscitos en el Schleswig, en Eupen y en la Alta Silesia) y exigido la aceptación de sus condiciones en un plazo de cinco días, bajo la amenaza de reanudar las hostilidades, Scheidemann dimite el 20 de junio y el presidente Ebert forma, con 7 socialistas y 4 centristas, un gabinete Bauer, con Noske en la Defensa, Hermann Muller en los Asuntos Exteriores y Erzberger en la vicepresidencia y en las Finanzas (el imprudente celo desplegado por este último a favor de la conclusión de la paz le valdrá ser asesinado por Heinrich Tillessen, el 6 de agosto de 1921). Realistas y resignados, el general Gröner y Noske se dedican a convencer de la necesidad de firmar, el uno a Hindenburg (que dimite de todos modos el 25 de junio) y el otro a Reinhardt, ministro prusiano de Defensa, que apoya las acciones de resistencia en el Este, en Silesia y en los países bálticos. Los días 22 y 23 de junio, por 237 votos contra 138 y 8 abstenciones, la asamblea ratifica el tratado, que será firmado el 28 de junio en la Galería de los Espejos. «Demasiado débil para lo que tiene de demasiado fuerte», según Bainville, aquel tratado deja a Alemania sin una parte de la Posnania y de la Silesia, es cierto, pero fortalecida en su unidad por la prueba revolucionaria, animada de la voluntad de romper el vasallaje económico y las trabas de todas clases que le son impuestas, y tanto más tentada a reanudar el «Drang nach Osten» por cuanto el hundimiento de su vecino austríaco desembocará en la balcanización del sur de la Europa central.

Una Austria desmembrada y arruinada

Decididos a terminar definitivamente con la Doble Monarquía, Clemenceau y sus acólitos anglosajones, recortando según el esquema del coronel House, con la agravante de tener que dar satisfacción a los emigrados checos, húngaros y yugoeslavos reunidos en Congreso en los Estados Unidos del 9 al 11

de abril de 1918, han aplicado arbitrariamente la tijera a aquellas regiones, sin recoser nada. Sin pensar siquiera en preservar bajo una forma federal cualquiera la unided económica y aduanera del conjunto geográfico natural constituido por la cuenca del Danubio. En nombre del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y de aquel principio masónico de las nacionalidades, generador de tantos conflictos y de tantas guerras civiles... Sin embargo, las advertencias no habían faltado. Desde las de Proudhon, denunciando medio siglo antes a Alexandre Herzen aquella «máquina de guerra y de revolución» (carta del 21 de abril de 1861) y llegando a la conclusión, a propósito de Mazzini y de la unidad italiana (número 13 del *Office* de publicidad), lo mismo que en su libro sobre *La Federación y la Unidad de Italia* (octubre de 1862), que «no se pueden trazar fronteras étnicas perfectas, ni entre Italia y Austria, ni entre Hungría y Rumanía, ni entre Alemania y Polonia». Así, los tratados anexos de Versalles, firmados en Saint-Germain en Laye, el 10 de septiembre de 1919, con Austria, en Neuilly, el 27 de noviembre, con Bulgaria, en Trianon, el 4 de junio de 1920, con Hungría, y en Sèvres, el 10 de agosto, con Turquía, desconocían el papel histórico de las diversas comunidades que desde hacía siglos colaboraban en la civilización y en el desarrollo de aquellas regiones y sólo consiguieron desplazar el problema y crear nuevas injusticias, en el seno de Estados erizados de barreras aduaneras, incapaces de asegurar la subsistencia de sus poblaciones.

Cabeza separada del cuerpo, reducida al hambre, Austria, instintivamente, se volvió hacia Alemania. Una república democrática, dominada por los socialistas, fue proclamada el 12 de noviembre de 1918. El 9 de enero de 1919, el presidente de la Comisión ejecutiva, Karl Renner, reclamó la integración de su país al Reich (votada el 13 de noviembre, confirmada por la Asamblea nuevamente elegida el 2 de marzo de 1919, aceptada por la Asamblea de Weimar el 6 de febrero, y a raíz de la aprobación de la Constitución, el 11 de agosto). Apoyado por Orlando, Clemenceau se opuso a ella el 27 de marzo y unió a Lansing a su punto de vista en mayo, de modo que los Aliados prohibieron el Anschluss el 10 de diciembre de 1919 e hicieron rectificar en consecuencia las constituciones alemana (22 de septiembre) y austríaca (21 de octubre). En Viena, ganadores los socialistas por escaso margen (69 escaños, contra 63 de los socialcristianos y 27 diversos) de las elecciones del 16 de febrero, su jefe Victor Adler, médico psiquíatra, que desempeñó durante tres semanas la cartera de Asuntos Exteriores antes de morir, y su secretario y sucesor, también judío, Otto Bauer de Brünn, se muestran igualmente partidarios del Anschluss. Su colega y correligionario, Dr. Julius Deutsch, secretario de Guerra, tolera la existencia de milicias rojas (en formación desde el 2 de actubre de 1918); unos motines, provocados por un agente de Bela Kun, Bettelheim, causan 20 muertos en Viena, donde el 15 de junio de 1919 se desencadena una huelga general. Disueltas por el ministro cristiano-social Vaugoin, aquellas milicias tratan de formarse de nuevo bajo la etiqueta de una «Liga de Defensa Republicana», creada por el general Koerner. Dos bandos opuestos, de fuerzas sensiblemente igualadas, dividen a la población. El 17 de octubre de 1920, los electores envían al Parlamento a 73 cristiano-sociales y 71 socialdemócratas. En la calle, a raíz de unas algaradas en Schattendorf (un muerto), de una manifestación de 200.000 a 300.000 personas acompañada de desórdenes y de una tentativa de incendio del Palacio de Justicia, 19.000 «Heimwehren» del príncipe Aloys Stahrenberg desfilan por el barrio rojo de Wiener-Neuestadt, donde desafían a los 14.000 hombres de la Schut-

zbund socialista y amenazan con llegar a las manos. Para hacer vivir a su pueblo, reducido a 6 millones de almas, el sucesor de Schober, ex prefecto de policía, canciller en junio de 1921, que ha intentado inútilmente realizar una unión aduanera con Alemania, Monseñor Seipel, canciller en mayo de 1922 (la mayoría católica saldrá fortalecida con él de las elecciones de octubre de 1923), se ve obligado a tender la mano para obtener de las potencias occidentales, en septiembre de 1922, bajo el control del holandés Zimmermann, un subsidio de 600 millones de shillings, que el burgomaestre de Viena, Seitz, se apresura a dilapidar en despilfarros y subvenciones de todas clases. La moneda está completamente depreciada: 3 coronas-papel valían una corona-oro en noviembre de 1918; en septiembre de 1922, la equivalencia se establece en 15.000. Unos plebiscitos retienen no obstante para Austria el distrito de Klagenfurt (230.000 almas) el 10 de octubre de 1920, y el Burgenland en septiembre de 1922, pero pierde la Eslovenia (en total, 500.000 alemanes incorporados a Yugoeslavia) y una parte del Tirol, poblada por 200.000 alemanes, para asegurar a Italia el acceso al puerto de montaña del Brenero, y el puerto de Triste que, separado a partir de entonces de su hinterland, pierde completamente su razón de ser.

Una Hungría mutilada, liberada de Bela Kun por los rumanos

Hungría, mutilada de las dos terceras partes de su territorio, amenaza con sumirse en la anarquía. Llevado al poder por la multitud, que ha invadido el Parlamento el 24 de octubre de 1918 y derrocado el gabinete Wekerlé, el conde Karolyi, yerno de Jules Andrassy, francmasón soñador y sin voluntad, ha constituido un Consejo nacional húngaro, proclamando el 16 de noviembre una república, de la que será elegido presidente el 16 de enero de 1919, y no ha regateado las promesas: paz inmediata, sufragio universal, reforma agraria. En las débiles manos de aquel Kerenski, la autoridad ha caído en barrena y los agitadores han podido preparar a sus anchas la insurrección. Cuando se retira, en 1919, viéndose incapaz de defender las fronteras de su país, cuya demarcación ha determinado el Consejo Supremo el 20 de marzo, el judío Bela Kun (periodista, ex prisionero de los rusos, encarcelado el 22 de febrero de 1919, liberado casi inmediatamente), una especie de reptil glabro de ojos globulares, introducido por el ministro Kaufi, instala su dictadura y la de sus lugartenientes Agoston Peter, Lukalsz, Tibor Szamnelly, etcétera. De 26 Comisarios del Pueblo, 18 son judíos. Bela se ha reservado los Asuntos Exteriores y Garbai es el presidente. Confiscando el oro, las joyas, los depósitos de los bancos, saqueando, incendiando, torturando, ejecutando sin piedad, Bela Kun y su pandilla se convierten por espacio de cinco meses en los verdugos del país (cf. los Tharaud, *Cuando Israel es rey).* El trabajo ha cesado. Reina el hambre. Hasta que intervienen militarmente. para poner fin a aquella orgía de sangre y de estupro en pleno corazón de Europa, los checos por un lado y los rumanos por otro, que (a pesar de las reticencias de los italianos y del general Smuts) atacan a los rojos el 16 de abril, les derrotan el 20 de julio, cruzan el Tisza el 29 y entran en Budapest. Bela Kun huye el 1 de agosto a Viena, desde donde pasa a Rusia (después de haber participado en la matanza de blancos en Crimea. morirá en una «purga»). Apoyado por un contingente de 6.000 contrarrevolucionarios, concentrado en Szegedin por el archiduque José, el almirante Horthy, protestante, comandante de la marina húngara desde enero de 1918, regresa a la capital, donde una

Asamblea constituyente, reunida en enero de 1920, restablece la monarquía y le proclama «Regente». Dos tentativas de restauración, llevadas a cabo por el emperador Carlos, los días 27 de marzo y 20 de octubre de 1920, tropezaron con la hostilidad del general Gömbös y sobre todo con la oposición de los estados sucesores (Checoslovaquia en cabeza) y de los Aliados, por los que el almirante se ha visto confirmado en sus funciones. Pero es demasiado tarde para que pueda oponerse a los apetitos de sus vecinos, que pretenden mantener a Hungría dentro de los límites que las potencias notificaron a Bela Kun que no debía sobrepasar. El tratado de Trianón le hará perder 192.000 quilómetros cuadrados de un total de 283.000, y 10.600.000 habitantes de un total de 18.250.000 (2 de junio de 1920). E incorpora 700.000 magiares a Checoslovaquia y 1.300.000 a Rumanía. ¡Oh, principio de las nacionalidades! «*Summum jus, summa injuria*». Al igual que su colega de Viena, el conde Etienne Bethlen, primer ministro en Budapest en abril de 1921, tiene que volverse hacia la Sociedad de Naciones para solicitar ayuda.

Del lado de los vencidos, en el fondo de los Balcanes, Bulgaria, aunque amputada de la Dobrudja (para Rumanía), de la Macedonia (para Yugoslavia) y de la Tracia (para Grecia) por el tratado de Neuilly del 27 de noviembre de 1919, no pasa tantos apuros. Sin embargo, se encuentra sometida, bajo la mirada consternada del rey Boris, a la dictadura de Alexandre Stambuliski, maestro demagogo, presidente del Consejo desde agosto de 1919, apoyado en el «Sobranié» por 83 agrarios, 37 socialistas y 45 comunistas, contra un débil bloque de 55 demócratas, radicales y populistas burgueses. Sufre una reforma agraria radical, acompañada de expropiaciones, de disturbios y de atentados de la organización macedónica «Orim», hasta el momento en que, aprovechando la elección de una mayoría agraria el 21 de mayo de 1923, un golpe de estado militar barre el régimen, en la noche del 8 al 9 de junio de 1923, y asesina a Stambuliski, en su pueblo natal. El profesor Stankov forma el nuevo gobierno, reprime una insurrección roja en septiembre de 1923 y gana las elecciones en noviembre. A raíz de un atentado contra el rey, 16 de abril de 1925, y de la explosión de una bomba en la catedral de Sofía, el rudo macedonio Liaptchev restablecerá el orden y presidirá los destinos del país durante cinco años y medio, a partir de enero de 1926.

Una Yugoslavia patria de hermanos enemigos

Promovidos al rango de grandes potencias (Yugoslavia y Rumanía) o creados de nuevo cuño (como Checoslovaquia), los vencedores se disponen a digerir sus conquistas. Aunque descontenta porque Fiume (croata), negada a Italia por la Conferencia de la Paz, le ha sido arrancada por un golpe de mano de Gabrielle d'Annunzio, el 12 de septiembre de 1919, Yugoslavia, cuya población ha aumentado a 12 millones de habitantes, ha logrado conservar Dalmacia y la mayoría de las islas, tan imprudentemente prometidas por Delcassé al barón Sonnino. Se agranda con la Macedonia, a expensas de Bulgaria. A pesar de la protesta del «Sabor» o Dieta croata en octubre, el Consejo nacional de Zagreb, convocado el 24 de noviembre de 1918, somete a la autoridad del regente Alejandro (nombrado rey en agosto de 1921) y del gobierno Protich (designado por una asamblea elegida por sus propios miembros el 1 de marzo de 1919) la Eslovenia y la Croacia católicas, la primera quitada a Austria y la segunda a Hungría. Para aquellos hermanos eslavos reunidos, de una civiliza-

ción más evolucionada y más próspera (Croacia contaba con 207 bancos y 673 millones de coronas de depósitos en 1913, contra 187 y 57 millones de Serbia) que los campesinos, bastante atrasados, de Serbia, el yugo de Belgrado será a menudo más duro que el de sus antiguos amos austríacos o magiares, provocando unas fricciones que no tardarán en levantar a unos contra otros a aquellos hermanos enemigos. Particularmente bajo el astuto conspirador Pachitch, sucesor del demócrata Davidovitch (agosto de 1919 a febrero de 1920) y de Vesnitch en enero de 1921. A pesar de una reforma agraria bastante amplia (por encima de un máximo que variaba entre 75 y 300 hectáreas), los manejos comunistas se traducen en un atentado contra el soberano en agosto de 1921. Pero las tendencias autoritarias y centralizadoras de Pachitch, jefe de un gabinete radical homogéneo en diciembre de 1922, apoyado por una minoría elegida el 18 de marzo de 1923, conducirá a la retirada de los diputados croatas de la «Skuptchina». Sólo volverán a ella, por consejo de Francia, después del asesinato del ministro del Interior, Milorad Draskovitch, por un comunista en 1925. Pero volverán a abandonarla, después de la muerte de su jefe, Stepan Raditch (autor en febrero de 1919 de una protesta dirigida al presidente Wilson contra la incorporación a Serbia, encarcelado a continuación hasta noviembre de 1920), asesinado en plena Asamblea, el 20 de julio de 1928, por el diputado Punitsa Ratchitch, lo que provocará la disolución de aquel singular parlamento por el rey Alejandro, el 6 de enero de 1929.

Una Rumanía mal unificada

Obligada a abandonar la lucha, a raíz del hundimiento de Rusia, Rumanía, englobada en la órbita germana después de Brest-Litovsk (3 de marzo de 1918) por el tratado de Bucarest (7 de mayo de 1918), que la desposeyó temporalmente de la Dobrudja en beneficio de Bulgaria, y por el acuerdo económico concluido el 25 de marzo para el suministro de petróleo y de trigo a Alemania, ha tenido la ventaja de conservar sus fuerzas, bajo el gobierno del general Avaresco, sucesor de Jean Bratiano (noviembre de 1918-octubre de 1919) y de Vaida Voevode, en marzo de 1920. De modo que, en medio del desorden general, se ha aprovechado de la derrota de los imperios centrales para reunir la Bucovina, el 27 de octubre de 1918, la Transilvania (a raíz del congreso de Alba Julia) y el banato de Temesvar, el 1 de diciembre. Llamada a intervenir en Hungría para restablecer el orden, ha podido conservar a continuación los territorios conquistados y absorber (para alcanzar los 17,4 millones de habitantes), además de 1.500.000 magiares, 540.000 alemanes, industriales, comerciantes y artesanos, que en su mayor parte poblaban los antiguos burgos de colonización o «Siebenburgen». También allí una osada reforma agraria dotó a 1.393.000 campesinos de 5,8 millones de hectáreas de tierras.

Checoslovaquia: una mayoría de minorías

En cuanto a Checoslovaquia, surgida del cerebro de Wilson, velada en su cuna por las hadas del judaísmo y de la francmasonería, en la persona de Eduardo Benes (3) y de Thomas Masaryk, el producto más puro del acopla-

(3) Judío y miembro del Bureau de la Liga Internacional de los Francmasones, fundada en Viena por el judío Leichof —rival de la Confederación de los Supremos Consejos (grados 33) del Rito Escocés, creada en Lausana en 1875—, del Bureau internacional de

miento de la democracia y del principio de las nacionalidades, es el niño mimado del Tratado de Versalles, en el que Iahvé ha puesto todas sus complacencias. La independencia, proclamada por Masaryk en el exilio el 18 de octubre, lo ha sido de un modo efectivo en Praga el 28 por Kramarc, en cuyas manos el presidente del Consejo austríaco, Dr. Lammasch, ha depositado sus poderes el 24. Mientras los alemanes de los Sudetes reclaman su autonomía el 29, Kramarc ha celebrado una entrevista con Benes en Ginebra, entrevista tormentosa, ya que los exilados pretenden imponerse a los resistentes del interior. Sin embargo, se ha llegado a un compromiso, que permite la formación de un gobierno de unión el 31 de octubre, bajo la autoridad de Kramarc, y el nombramiento, por cooptación, de los miembros —201 checos y 69 eslovacos— de una asamblea provisional. Reunida el 14 de noviembre, esta última confía la presidencia del nuevo Estado a Masaryk (al que un parlamento, elegido en abril de 1920, confirmará en sus funciones el 27 de mayo) y la del gobierno a Kramarc, con Benes en los Asuntos Exteriores y Räsin en las Finanzas.

Diversas combinaciones socialistas se sucederán en el poder hasta la formación del gabinete agrario Soehla, que se mantiene desde abril de 1922 hasta marzo de 1926. Bajo aquella influencia, la ley agraria de abril de 1919 confiscó las propiedades superiores a 250 hectáreas, 150 de ellas arables. Los bancos (excepto el anglo-checoslovaco, heredero del anglo-austríaco en 1922) fueron ampliamente nacionalizados (empezando por un centenar de sucursales de establecimientos austro-húngaros), o sometidos a un control riguroso, antes de que, estabilizada la moneda en 1925, viera la luz un Banco nacional (con la tercera parte de su capital suministrado por el Estado), el 1 de abril de 1926.

A imagen de Austria Hungría, muerta al darle nacimiento, el nuevo estado es un conglomerado de pueblos, en el cual las minorías son casi mayoría (6.650.000, más unos 180.000 judíos, contra 6.727.000 checos). Aunque eslavos, los 2.010.000 eslovacos protestan. Aunque la asamblea, poco representativa (ya que está compuesta, en un país católico en gran mayoría, por 90 protestantes de un total de 105 miembros), reunida en San Martín de Turiec el 30 de octubre de 1918, ha consentido en la incorporación, ha habido que ahogar la voz de los de Persöv y de Kosiec, que insistían en reclamar la autonomía prometida por Masaryk en Pittsburg el 30 de mayo de 1918. Por haber exigido un plebiscito, el abate Hinkla, su portavoz, había sido encarcelado en septiembre de 1918. De modo que los checos no entraron en Bratislava (Presburgo) hasta enero de 1919, y fue necesario un ultimátum de Clemenceau para obligar a los húngaros a evacuar Eslovaquia, el 7 de junio de 1919. ¿Qué decir, pues, de los otros? ¿De los 3.120.000 alemanes (la mayoría en los montes de los Sudetes), que resistieron en Toeplitz el 27 de noviembre y se sublevaron, dejando a 50 de los suyos sobre el terreno, en marzo de 1919, y en Reichenberg, ocupado por los checos el 11 de diciembre de 1918? ¿De los 746.000 magiares, de los 75.000 polacos y de los 460.000 rutenos, que, negándose a seguir a sus emigrantes de los Estados Unidos (signatarios del pacto de Homestead, el 27 de julio de 1918, reunidos en Scanton el 19 de noviembre), antes del regreso de Masaryk, se obstinan en exigir un estatuto autónomo y no resignan a tolerar a los checos hasta el 16 de mayo de 1919?

---

las Relaciones masónicas creado en Neuchatel en 1902, dirigido durante dieciocho años por el Hermano suizo Quartier La Tente, y de la Asociación masónica internacional, que verá la luz en 1921.

Además, la atribución a Checoslovaquia del distrito de Teschen (con la rica cuenca hullera de Orsova), ocupado por ella el 22 de enero de 1919, le vale el odio tenaz de su vecina eslava, Polonia. En tales condiciones, Eduardo Benes, autor en 1906 de una tesis sobre el federalismo, debía comprender que la única posibilidad de supervivencia de su patria era la de darse una constitución liberal, concediendo a las diversas comunidades que la componían la más amplia autonomía, sobre el modelo de los cantones suizos. Por desgracia, se apresuró a poner en marcha una administración centralizada, atenta a «checoslovaquizar» a la población, que eliminará 33.000 funcionarios alemanes desde 1921 a 1930, y expropiará 1.750.000 hectáreas de tierras en beneficio de los «Legionarios», la mitad en los Sudetes, la otra mitad en Eslovaquia.

Polonia, reconstituida y amenazada de invasión por... los Rojos

El renacimiento de Polonia va acompañado de peripecias todavía más dramáticas. Su promotor, Joseph Pilsudski (noble rojo, deportado a Siberia desde 1887 hasta 1898, detenido en 1900, evadido en 1901; el mismo que en 1905 practicaba el terrorismo y los atracos contra Rusia con el apoyo del Japón), encontrándose en Cracovia en 1914, había aceptado formar en el ejército austríaco tres brigadas polacas, una de las cuales se había pasado a los Aliados, el 15 de febrero de 1918. Internado entonces en Magdeburgo, salió de allí el 9 de noviembre de 1918 y se trasladó a Varsovia, abandonada por el general von Beseler en la noche del 10 de noviembre, donde un Consejo de Regencia, tras haber proclamado la independencia el 7 de octubre, se disponía a nombrar a un archiduque como soberano. Apoyado por la P. O. W. (organización militar secreta polaca), negoció con los Consejos de soldados el repliegue de los 80.000 alemanes que defendían aún el país, convenció a los Consejos de obreros para que consintieran de buena gana en la formación de un gobierno socialista, presidido por Moraczewski, el 14 de noviembre, y proclamó la república el 22. Creó un Consejo supremo polaco en Posen y logró hacer elegir, del 3 al 6 de diciembre, una Dieta polaca y reclutar unas milicias. Pero, mientras él guerreaba con 30.000 hombres contra los lituanos en Vilna, los cuerpos francos alemanes en Silesia, los checos en Teschen y los ucranianos en Lvov (Lemberg), he aquí que, detrás de la cortina de los 500.000 hombres de von Falkenhayn y de Eichhorn —que, refluyendo lentamente de Ucrania, tendrán que contornear el país en febrero de 1919 para alcanzar, a través de los países bálticos, la Prusia oriental— avanza, por instigación de Trotsky, que ha hecho decidir el 18 de noviembre de 1918 la intervención en el Oeste para llevar a él la revolución, una marea roja que amenaza con inundarlo todo.

Por fortuna, Occidente acude en ayuda de Polonia. Miembro, con Roman Dmowski, de un Comité polaco formado en París en agosto de 1917, el ilustre compositor Ignacio Paderewski, de acuerdo con el coronel House, se dirige, por Dantzig y Posen (donde su paso provoca disturbios, del 25 al 28 de diciembre), a Varsovia, donde llega el 1 de enero, y a Cracovia. Aunque un golpe de Estado, montado por sus amigos nacional-demócratas, fracasa los días 4 y 5 de enero, concluye con Pilsudski el 17 un acuerdo que le confiere la presidencia del Consejo y la cartera de Asuntos Exteriores. En tanto que el mariscal Foch, para asegurar la retaguardia de Polonia, señala a los cuerpos

francos alemanes, el 16 de febrero, una línea de demarcación que no deben cruzar en Posnania, el ejército, formado en Francia por el general Haller, equipado por los americanos, encaminado a través de Alemania del 7 al 15 de abril (alrededor de 100.000 hombres), acude a reforzar a los 150.000 hombres de que dispone ahora Pilsudski. Juntas, esas tropas polacas (que no tardarán en ascender a 900.000 hombres) conquistarán Vilna y Lvov en abril de 1919. Pero, después de haber concluido un acuerdo con Petliura el 23 de abril de 1920, continuarán imprudentemente su avance en Ucrania y entrarán en Kiev, el 6 de mayo de 1920. Una vigorosa contraofensiva de Tukhatchevski les expulsa en junio, la caballería de Budienny les persigue, obligándoles a retroceder 600 quilómetros en cinco semanas y a abandonar Minsk el 8 de julio, Vilna, Grodno el 20, y Brest-Litovsk. Peligrosamente amenazada, del 14 al 16 de agosto, Varsovia se salva gracias al arrojo de sus defensores y a los consejos tácticos del general Weygand y de la misión francesa, enviada por Millerand a pesar de la mala voluntad de Lloyd George, a raíz de una petición de ayuda dirigida por Polonia a la conferencia de Spa. Demasiado alejados de sus bases, los rojos son tanto más vulnerables por cuanto la conversión ordenada por Stalin de su grupo sur hacia Lvov deja «en el aire» al grupo norte (21 D. I. más 2 D. C.), mandado por Smilga y Tukhatchevski. Desconcertados por el contraataque polaco, no tardan en replegarse en desorden, perdiendo 48.000 muertos y 25.000 prisioneros. Vilna es reconquistada el 9 de octubre de 1920. Los preliminares, negociados a partir del 18 de septiembre, rubricados el 12 de octubre, y el tratado de Riga, firmado el 18 de marzo de 1921, aseguran a Polonia, a una Polonia resucitada, no los límites fijados por lord Curzon, a la altura del Bug (el 8 de diciembre de 1918), sino, unos 200 quilómetros más al este, sus antiguas fronteras de 1792.

Le falta organizarse. Los gobiernos sucesivamente dirigidos por el agrario Witos, en nombre de la Unión Nacional, el 24 de julio de 1920 y, tras la caída del general Sikorski en mayo de 1923, con el general Sseptycki en la Guerra (lo que provoca la dimisión de Pilsudski como jefe de Estado Mayor), proceden a una reforma agraria moderada, limitada al reparto de 600.000 hectáreas y subordinada incluso, el 28 de diciembre de 1925, a un acuerdo entre los contratantes. Pero el ministerio Grabski, a pesar de los plenos poderes obtenidos en enero de 1924, sólo ha podido registrar la caída vertiginosa del marco polaco (9.250.000 por 1 dólar), reconstituir el Banco Central, encargado de emitir una nueva moneda, el zloty, crear un sector público (Banco de la Economía, Banco agrícola, Cajas de Ahorro) e instituir un control eficaz de los establecimientos del sector privado. Así reconstituida, ¿es realmente capaz Polonia de oponer a las ambiciones de la Rusia de los Soviets, tal como desearía el Estado Mayor francés, en estrecha conexión con Rumanía, un bastión inquebrantable desde el Occidente? En el oeste, lo mismo en Posnania que en la Alta Silesia, en la zona que le será atribuida después del plebiscito del 21 de marzo de 1921, engloba a unos 900.000 alemanes, y la solución del pasillo separando a la Prusia oriental del resto del Reich, a fin de asegurarle en Dantzig, ciudad libre, una salida al mar, ¿no es una de esas minas ideales ocultas en los tratados como para encender nuevos «casus belli»? Según William Bullitt, los de Versalles ocultaban no menos de una docena de ellas...

Lucha confusa en los Países Bálticos

Al igual que Polonia, los países bálticos, ocupados momentáneamente por los soviéticos, que entraron en Riga, donde cometieron toda clase de atrocidades, el 3 de enero de 1919, y en Mittau, el 8, sólo llegaron a establecer su independencia gracias al apoyo de los Aliados. El 18 de noviembre de 1918, el judío Ulmanis, director de cooperativas, había constituido en Libau un gobierno que se mantuvo hasta el 27 de abril de 1919. Sobrevinieron, para socorrer a los barones bálticos, los cuerpos francos de von der Goltz (25.000, luego 50.000 hombres, atraídos por unas promesas de colonización). El 23 de mayo, rechazaron a los rojos sobre el Duna y reconquistaron Riga. Fue necesaria una intervención del general Gough y del teniente coronel del Parquet para que el gobierno letón pudiera instalarse en aquella ciudad, el 3 de julio, sostenido por cuatro divisiones equipadas por los Aliados. Luego, una presión diplomática sobre Estonia (igualmente armada por los ingleses), que codiciaba también el gran puerto del Báltico, para inducirla a concluir un armisticio, en Strassenhof. Y, finalmente, del 14 al 19 de octubre, una demostración de la flota aliada para proteger Riga contra el regreso ofensivo de 50.000 alemanes y 25.000 rusos blancos de los príncipes de Lièven y Bermondt, establecidos en Curlandia, después de haberse negado a reunirse en Narva con el general Yudenitch. Una gestión del general Niessen en Berlín obligó a los cuerpos francos del «Baltikum» a evacuar Mitau el 21 de noviembre y Curlandia el 30, pero Letonia tendría que esperar hasta el 15 de julio y el 11 de agosto de 1920 para obtener de Alemania y de los Soviets el reconocimiento de sus fronteras. Aparte de Lituania, donde predominaba la influencia católica (con el profesor Voldemaras y Smetona), Estonia y Letonia procedieron, bajo la dirección de los socialistas, a unas reformas agrarias radicales, destinadas a liberarlas del yugo de los barones bálticos.

* * *

Las comunidades judías: unas minorías privilegiadas

Aquellos conflictos incesantes entre grupos étnicos rivales, dispuestos a abusar del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos para imponer a su vez su dominación a sus vecinos o a sus amos de ayer, escapan tanto menos a la atención de los negociadores de los tratados de Versalles por cuanto una de sus preocupaciones esenciales es precisamente la de asegurar la protección de las comunidades judías, tan numerosas en aquella Europa central y oriental perturbada. Una importante delegación, encargada de defender sus derechos, está presente allí, por otra parte. Forman en ella: el abogado Louis Marshall (sucesor del juez de Filadelfia Meyer Sultzberger como presidente del «American Jewish Congress», hasta su muerte en 1929), el Dr. Cyrus Adler (editor de la «Jewish Encyclopedia», presidente de la «Jewish Historical Sty», que la sucederá). el juez Julius Mack, sionista (que presidirá el Congreso de Filadelfia en diciembre de 1919, y disolverá provisionalmente el movimiento en 1920), el rabino Stephen Samuel Wise (nacido en 1874 en Budapest, fundador de la asociación sionista norteamericana en 1898, rabino de Portland y luego de Nueva York, donde fundó un «sinagoga libre» en 1907, con el apoyo financiero de Henry Morgenthau, de Adolf Levison, de Oscar

Strauss y de Isaac N. Seligman, cofundador del «American Jewish Congress» en 1917), con el ingeniero ucraniano Dussichkin, el periodista Leon Motzkin, el abogado galitziano Leon Reich, Israel Bozoff, consejero municipal de Petrogrado, el Dr. Thorn de Cracovia, etc. Su designación ha levantado tempestades en los Estados Unidos, donde los emigrados de la Europa oriental (generalmente agrupados en dos fraternidades masónicas: los «Free Sons of Israel», creados en 1870, y sobre todo los «B'rith Abraham», nacidos el 7 de febrero de 1887, que cuentan con 440 logias y 58.000 miembros en 1930), muy numerosos, han tratado de aprovechar la ocasión para sacudirse el yugo de los «ashkenazim», judíos alemanes enriquecidos, dueños de la finanza, de la prensa, de la política, exigiendo que el Comité directivo del «American Jewish Congress» sea elegido «democráticamente», e imponiendo su propio programa: definición de los derechos de las minorías, establecimiento de un Hogar judío en Palestina.

Sobre el primer punto, el Comité de las delegaciones judías, reuniendo en marzo de 1919 la representación del «American Jewish Congress» y la del «American Jewish Committee», presenta el 10 de mayo una memoria de su secretario Leon Motzkin. Fiel al programa de Nathan Birnbaum, reclama, en nombre de 9 millones de judíos, el reconocimiento de los derechos de las comunidades «nacionales» judías en las nuevas constituciones, bajo la garantía de la Sociedad de Naciones («Univers Israelite», 4 de julio de 1919). Lo que equivale a decir que los judíos serían considerados como ciudadanos privilegiados pertenecientes a un Super-Estado. Aprobadas con entusiasmo por las comunidades de Austria y de Ucrania, aquellas pretensiones superaban las reivindicaciones de los medios asimilados, las presentadas por ejemplo por la «Alianza Israelita Universal», el 20 de febrero de 1919 (J. Bigart, E Sée): igualdad de derechos y simple autonomía de las instituciones religiosas y educativas. Los tratados anexos de Versalles se limitan también a englobar los privilegios de las comunidades judías en una declaración general sobre los derechos de las minorías étnicas y religiosas, y la Sociedad de Naciones a admitir como representantes suyos cerca de ella en Ginebra a Motzkin y a Sokolov. Colaborador del *Times*, secretario del «Board of deputies» y presidente de la «Jewish Historical Sty», el periodista Lucien Wolf, delegado del judaísmo inglés en la Conferencia de la Paz, ha contribuido notablemente a ese éxito.

En algunos países, la aplicación de aquellas medidas no ha planteado ningún problema particular. En Checoslovaquia, por ejemplo, Masaryk y Benes se han anticipado prometiendo en París a los delegados del Consejo nacional judío de Praga, no sólo la igualdad de derechos, sino también el estatuto de minoría nacional para los 350 000 miembros de su comunidad. Tampoco en Austria, donde son 300.000. Ni en Yugoslavia (70.000), Grecia (115.000), Bulgaria (50.000) y Turquía (160.000). Pero no puede decirse lo mismo en los estados sucesores de Rusia, que engloban en sus fronteras, con una parte de la antigua «zona de residencia», la gran reserva del judaísmo oriental. En Letonia, donde 105.000 judíos eligen de 5 a 6 diputados. En Estonia, donde su número, 5.000, es ínfimo, no pasa nada. Pero las dificultades empiezan en Lituania donde, descontenta por la pérdida de Vilna, la población no tarda en mirar de reojo a sus 150.000 judíos, pasablemente turbulentos, y donde el gobierno suprimirá el Consejo nacional judío (J. Rosenbaum) y el ministerio de los Asuntos Judíos, «Solovaichik», en 1923, en espera del

golpe de Estado de 1926, que permitirá a Voldemaras abolir en parte la autonomía de las comunidades, suprimiendo al mismo tiempo el Parlamento. Para adquirir en Polonia una amplitud a la medida de los 3 millones de judíos reunidos en ella (en Varsovia hay 310.000, en Lodz 155.000). Algunas de sus comunidades han sufrido ya las consecuencias de los entusiasmos bélicos que han acompañado el renacimiento de aquél Estado y de las reacciones a veces brutales de los legionarios, en Lvov (*pogrom* del 22 al 24 de noviembre de 1918), en Vilna (ejecución de bolcheviques del 19 de abril de 1919) y en Pinsk (33 sionistas fusilados), o del ejército Haller, a raíz de la derrota de los rojos delante de Varsovia (agosto de 1920). El gobierno de Paderewski, a pesar del fracaso de la comisión reunida del 5 al 19 de marzo de 1921 para fijar su estatuto, ha admitido oficialmente el principio de la igualdad de derechos y multiplica las declaraciones tranquilizadoras al *Times*, a Clemenceau y a su colaborador Stephen Pichon, a la «Alianza Israelita Universal», al comisario inglés Stuart Samuel (diciembre de 1919), a Henry Morgenthau (ex embajador norteamericano en Constantinopla) y a la comisión de encuesta inmediatamente movilizada por la «conciencia universal» a favor de los judíos en apuros. Incluso ha acogido en el seno de las asambleas, Dieta y Senado, a 36 y 12 mandatarios judíos, agrupados por el diputado Isaac Grünbaum en un club cerrado, el «Kolo», que intriga contra la administración polaca cerca de las otras minorías étnicas, ucraniana, rutena y alemana. Y ha tolerado en Varsovia la reconstitución del «Bund», del movimiento judío marxista, expulsado de Rusia por los bolcheviques. Pero opone a la marea creciente del judaísmo toda una serie de trabas económicas y civiles: impuestos particularmente pesados sobre la industria y el comercio urbanos, creación de cooperativas de consumo y de crédito, eliminación de los judíos de las funciones públicas, incluso las más subalternas, «numerus clausus» de hecho en las Universidades (junio de 1923). De modo que las promesas de concesiones sobre estos dos últimos puntos, hechas por Moscicki a los 46 parlamentarios judíos, en la víspera de su elección para la Presidencia (por 280 votos contra 200) en 1926, serán bien acogidas por los judíos de Polonia. Es, para ellos, el beneficio más claro del golpe de estado de Pilsudski. Para mantener en el poder a los rojos, cuando la baja persistente del zloty (caído de 5,18 por 1 dólar a 9,50 en diciembre de 1925 y a 11,10 en mayo de 1926) había entrañado la retirada de los socialistas del gobierno el 4 de mayo de 1926 y la formación, el 10, de un gabinete presidido por el agrario Witos, Pilsudski no vaciló en desencadenar el 12 un *putsch* sangriento (300 muertos y más de un millar de heridos) que derrocó al gobierno. Llevado a la presidencia de la República, por 292 votos contra 193, delegó aquellas funciones en Moscicki (que será reelegido en mayo de 1933) y encargó a Bartel la formación de un gabinete, que tendrá que dimitir en septiembre para no obstaculizar la estabilización del zloty (octubre de 1927).

Entretanto, en Hungría, los correligionarios de Bela Kun (500.000) pagan su participación en las atrocidades cometidas por este último. Al terror rojos de 1919 sucede, de 1920 a 1923, el terror blanco, organizado por Ivan Hojjas y sus «Magiares despiertos», estimulados por el general Gömbos. Cediendo a la presión de los estudiantes antisemitas, el gobierno impone a partir de septiembre de 1920 un «numerus clausus» del 5 % en las Universidades, a pesar de las protestas de Lucien Wolf en el *Times* y de las advertencias de la Sociedad de Naciones (10 de diciembre de 1925, 14 de septiembre de 1927). Si los judíos húngaros, abrumados bajo la tormenta, inclinan la cabeza tem-

poralmente, los de Rumanía, cuyo número ha pasado de 250.000 a 700.000, y a más de un millón en 1919-1920, la yerguen y tropiezan con la hostilidad tradicional y activa de la población. Sin embargo, Take Jonesco y el gobierno liberal de Jonel Bratiano habían empezado dando pruebas de buena voluntad y se habían comprometido a tomar medidas en favor de los judíos cerca de Stephen Pichon, el 24 de julio de 1918. Pero, habiendo rechazado la «Alianza Israelita Universal», el 20 de febrero de 1919, su ofrecimiento del 13 de enero de proceder a unas naturalizaciones individuales acompañadas de justificaciones (se habían producido 1.000 en cuarenta años), y también, el 2 de julio, una nueva oferta del 9 de mayo, previendo una naturalización de los judíos nacidos en el antiguo territorio rumano, para exigir una naturalización automática y general, Jonel Bratiano perdió la paciencia, rechazó aquella pretensión como un atentado a la soberanía nacional de Rumanía y se retiró en octubre de 1919.

Pero el gabinete de Bucarest se vio obligado a inclinarse y, vuelto al poder en enero de 1922, el propio Bratiano tuvo que aceptar las medidas impuestas por el aerópago de Versalles y de Ginebra. Sin embargo, en tanto que el lei se hunde con relación al dólar (5 en 1913, 150 en 1922 y más de 200 en 1923), una ola de antisemitismo se extiende sobre el país. Respondiendo al llamamiento del profesor Couza, los estudiantes rumanos se entregan a *pogroms* en Bucarest, Jassy, Czernovitz, Cluj (Klausenburg), Focsani (febrero de 1923). Interrumpiendo sus estudios en la Universidad de Berlín, Cornelio Codreanu crea, al margen de la Liga de Defensa Nacional (más tarde partido nacional-cristiano de Couza), su propio movimiento, cuyos adeptos se reúnen, bajo el signo del Arcángel San Miguel, en campos de trabajo. El prefecto de Jassy, Manciu, los encarcela. Lo mismo que un estudiante culpable de haber denunciado a sus camaradas, eliminado en el curso de un proceso anterior, Manciu murió en pleno pretorio en una algarada provocada por sus esbirros, que habían asaltado a Codreanu. El caso tuvo tal resonancia en el país, que el futuro jefe de la «Guardia de Hierro» salió absuelto del procedimiento entablado contra él (20 de mayo de 1925). Refugiado durante dieciocho meses en Francia, regresó para fundar su Legión, el 24 de junio de 1927 (unos días antes de ser elevado al trono, a la muerte del rey Ferdinando I, su nieto Miguel I —21 de julio de 1927—, en consecuencia de la exclusión del príncipe heredero Carol por la Asamblea nacional, el 4 de enero de 1926). Poco después de su regreso, en ocasión de un congreso celebrado en Oradea Mare (Grossvardein), el 4 de diciembre de 1927, 5.000 estudiantes agredieron a la comunidad judía de aquella ciudad y a la de Cluj. Pero, en vísperas de solicitar un empréstito a los Estados Unidos, el gobierno rumano se verá obligado a inclinarse ante el «becerro de oro»: retirado Bratiano en noviembre de 1928, el jefe del partido nacional-campesino, Maniu, se esforzará en dar satisfacción a los judíos concediéndoles la libertad de culto y de enseñanza y abriéndoles las puertas del Parlamento de Bucarest (2 diputados, 5 senadores).

Palestina: Hogar nacional judío

A través de esos avatares, el plan de organización de la «diáspora» en comunidades nacionales federadas concebido por Nathan Birnbaum, si bien se ha iniciado en serio, no se ha realizado completamente por los tratados de Versalles y anexos. En cambio, Pereira Méndez puede congratularse legí-

timamente, ya que uno de los objetivos de guerra profetizados por él en 1899, la creación de un Hogar nacional judío en Palestina, prefigura del Estado de Israel, distrito federal de aquella futura Confederación de comunidades, siempre de acuerdo con Birnbaum, ha sido alcanzado por el judaísmo. El viejo sueño mesiánico está en vías de realizarse, el sueño reasumido por Moisés Hess, el inspirador de Carlos Marx, en los tiempos modernos. Sin embargo, hasta finales del siglo XIX, los habitantes judíos de Palestina han sido poco numerosos: testigos de la emigración de España en el siglo XVI, subsisten bajo la forma de comunidades casi monásticas en Jerusalén (13.000, de ellos 6.000 «sefardíes»), Hebrón, Safed, Tiberíades y en los puertos de Jaffa y de Haiffa, y hasta el verano de 1882 no han recibido a los primeros grupos de pioneros y de intelectuales de la asociación «Bilu», huyendo de las persecuciones de Rusia. Las autoridades turcas, deseosas de obstaculizar aquella inmigración, exigen una autorización especial para desembarcar en Jaffa, de modo que algunos han tenido que dar un rodeo por Port Said para llegar clandestinamente a la granja-piloto «Mikvé-Israel», fundada por la Alianza Israelita Universal en 1870, la de la «Rischu-Lezion», o las primeras colonias, «Petula Tikwa», cerca de Jaffa, o «Ekron», en Guedira (Katra), creadas en 1883. Vistas las dificultades con que tropezaban aquellos ensayos, Edmund de Rotschild les prestó su apoyo en 1884, introduciendo el cultivo de la vid, de los árboles frutales, del moral, etc., y sosteniéndolos financieramente. Pero los colonos, imbuidos ya de las ideas revolucionarias, no tardaron en sublevarse contra los «gerentes» del barón, dando así pretexto para intervenir a la policía turca. El asunto, reasumido por su cuenta por la «Sociedad palestina» fundada en Odesa en 1890 por L. Pinsker, Lillienblum y Ascher Guinzburg (llamado Achad Haam), instalada en Jaffa (de carácter marxista tan pronunciado como las experiencias colectivistas realizadas en los Estados Unidos en la misma época), tropezó con la prohibición de Constantinopla de adquirir bienes inmuebles. Hasta el punto de que en 1899-1900, las treinta colonias existentes, administradas por la Sociedad de Colonización judía, alimentada por los subsidios del barón Hirsch (y por su legado de 250 millones de francos-oro —más de 50.000 millones—), sólo cuentan con 5.600 granjeros, a los cuales se añaden los 50.000 ó 60.000 judíos de las ciudades. Entre los unos y los otros, Elieser ben Iehuda (Prelmann, 1857-1922) se esfuerza en volver a introducir el uso del hebreo.

Entretanto, en las viejas comunidades de Europa se desarrolla el movimiento «sionista» propiamente dicho. En Viena, Nathan Birnbaum (utilizando el seudónimo de Mathias Acher) funda en 1893 la sociedad nacionalista «Kadimah». En París, Théodore Herzl (de origen sefardita, nacido en Budapest en 1860, estudiante en Viena en 1878), corresponsal de la *Neue Freie Presse* en la capital francesa desde 1891, aterrado por los odios desencadenados por el caso Dreyfus en 1894, se convierte en apóstol del renacimiento del Estado judío. «Formamos un pueblo», escribe en 1895 en su libro *Der Juden Staat,* publicado en Viena al año siguiente. En cuanto al territorio, para adquirirlo, el autor preconiza la constitución de sociedades con Carta a la inglesa, «Society of Jews» y «Jewish Company», que aplicarían sobre el terreno un programa social de vanguardia, jornada de siete horas, seguros, etc. Las primeras gestiones efectuadas en junio de 1896 en Constantinopla, sobre la base de concesiones de tierras mediante un empréstito, resultan poco alentadoras. Sin embargo, la propaganda se acentúa. A pesar de las reticencias del gran rabino de Viena, Moritz Güdemann, de su colega de Londres, Nathan Adler, Théo-

dore Herzl funda en Viena en 1897 el periódico *Die Woche* y redobla sus esfuerzos. Otro periodista húngaro, Max «Nordau», médico, nacido en Budapest en 1849, hijo del maestro Gabriel Südfeld, le apoya en su acción y le ayuda a convocar en Basilea (ya que la comunidad de Munich ha declinado el honor de ofrecerle hospitalidad), del 29 al 31 de agosto de 1897, el primer Congreso sionista, que reúne a 200 delegados (entre ellos los dirigentes rusos de «Choveyé Zion», Ousischkin y Tremkin), bajo la presidencia del Dr. Karl Lippe, un rumano. «Los pueblos que han concedido a los judíos la emancipación se han engañado sobre sus propios sentimientos», proclama Max Nordau, ya que lo que quieren aquellos «nuevos marranos» es reencontrar su conciencia nacional. A tal fin, el Congreso decide recabar el acuerdo de los gobiernos, y especialmente del Sultán, para la colonización sistemática de Palestina por agricultores, artesanos e industriales judíos. Convocado por el Comité ejecutivo permanente establecido en Viena, el segundo Congreso de Basilea, celebrado del 28 al 31 de agosto de 1898, en presencia del Dr. Mandelstamm, ocultista de Kiev, del gran rabino de Londres, Moise Gaster, y de 385 delegados, se esfuerza en obtener los medios necesarios fundando el Banco colonial, «The Jewish Colonial Trust» (que verá la luz en 1899, pero que sólo reunirá 250.000 libras esterlinas del capital de 2 millones previsto), y delegando a Herzl, Wolfsohn y Bodenheim cerca de Guillermo II, en visita a Constantinopla (18 de octubre de 1898) y a Jerusalén, para ganar su apoyo. Los congresos 3.° y 4.° (Basilea, 15-18 de agosto de 1899, y Londres, agosto de 1900) se limitaron a estudiar un establecimiento eventual en Chipre y la difusión del periódico *Die Welt*, por lo que Herzl no tardó en reanudar las gestiones cerca de la Sublime Puerta. Introducido por el explorador húngaro Hermann Vambery, obtuvo una audiencia de Abdul Hamid, en compañía de Wolfsohn y de Marmorek en mayo de 1901, pero los magnates de la finanza no manifestaron la menor prisa por contestar a sus llamamientos, y el gran visir, visitado de nuevo en julio de 1902, se opuso a la concesión de un territorio extenso y continuo. Decepcionado, Herzl tuvo que limitarse a solicitar en el 5.° Congreso de Basilea, en 1901, la creación de un *fondo nacional* modesto, para la compra de terrenos en Palestina, en tanto que Zangwill no ahorraba los sarcasmos y que los extremistas, Leon Motzkin, Chaim Weizmann, Martin Buber y otros intentaban arrastrar al movimiento a las vías marxistas.

Cansado de luchar, Herzl, lanzado a la búsqueda de territorios de repuesto, se volvió entonces hacia Inglaterra. En la región de El Arish, donde, por mediación de Leopold Greenberg, lord Lansdowne en Londres y lord Cromer en El Cairo dieron su asentimiento durante el otoño de 1902 a un establecimiento en la península del Sinaí; pero Egipto vetó la empresa, que implicaba una detracción sobre las aguas del Nilo para asegurar su irrigación. E incluso en Uganda, gracias a la complicidad del ministro de Colonias, Joseph Chamberlain. Por 315 votos contra 185, el 6.° congreso sionista de Basilea (13-26 de agosto de 1903) tomó en consideración aquel proyecto de «refugio», pero ante las vehementes protestas de Usischkin y de los judíos rusos (algunos de los cuales, respondiendo al llamamiento de Achad Haam, alias Ascher Guinzberg, de Odesa, se habían agrupado en logias, bajo la denominación de «B'nai Mosché», hijos de Moisés), los dirigentes, temiendo una escisión entre «territorialistas» y palestinos en el 7.° congreso de Basilea, en agosto de 1905, no insistieron en aquella dirección. En La Haya, en agosto de 1907, se limitaron a constituir una sociedad más, la «Palestine Land Development Cy», y en Basilea, en agosto de 1911, a esforzarse en tranquilizar a los turcos acerca de

sus intenciones, proclamando por boca de Wolfsohn que no reclamaban la constitución de un Estado propiamente dicho, sino únicamente el renacimiento de un Hogar judío, «Heimstatte», en Palestina.

En el intervalo, fallecido Herzl el 3 de julio de 1904, su centro se desplazó de Viena a Colonia, y luego a Berlín en 1911, donde Paul Nathan, fundador de una sociedad de ayuda a los judíos de Alemania, o «Hilfsverein», en 1901, se interesa por el Cercano Oriente desde 1905 y compite allí con la actividad de la Alianza israelita universal de París. Dispuestos a sacar provecho de todas las tormentas que sacuden todavía al imperio otomano, acechan los resultados de las provocaciones de su correligionario Aehrenthal en Viena, de la revolución joven turca (de la que esperan conseguir una concesión en Mesopotamia), de las guerras balcánicas atizadas por Leon Deutsch, de las ambiciones orientales de Guillermo II y, finalmente, esperan de la conflagración mundial su retorno a la Tierra Prometida. Un año antes de su desencadenamiento, mientras el profesor Otto Warburg sucedía a Wolfsohn en la Presidencia, Israel Zangwill ha fundado en Londres, en compañía del Dr. Mandelstamm de Kiev (organizador de la sociedad de emigración judía de Rusia), del abogado Jesinovski de Varsovia, del periodista británico Lucien Wolff y de los notables norteamericanos Schultzberger y Spielmann, la «Jewish Territorial Organization», que desempeñará un importante papel en las negociaciones futuras. Colocados aquellos primeros jalones, las tendencias marxistas de la empresa no cesan de afirmarse. En la mejor tradición del partido socialista judío creado en 1905 por los «seimistas» o «dietistas» de Chaim Achitlovski, el economista Arthur Ruppin se hace cargo en 1908 de la dirección de la Oficina palestina de Jaffa, y su colega Franz Oppenheimer elabora la fórmula de cooperativas que dará nacimiento a los «Kiboutzim»; cerca del lago de Genesareth, las colonias colectivistas de los «Poalé Zion», obreros de Sión, experimentan desde 1905 aquellos principios, que el partido socialista de Aron David Gordon (muerto en 1922) se encarga de difundir. A pesar de la ola de inmigración «Alija», que ha seguido al fracaso de la revolución rusa de 1905, la población judía de Palestina aumenta con mucha lentitud. En presencia de 600.000 árabes, no son más que 70.000 en 1901 y 100.000 en 1914 (60.000 en Jerusalén, al lado de 10.000 cristianos y 15.000 musulmanes; 10.000 en Jaffa, con 30.000 musulmanes y 10.000 cristianos, más una comuna suburbana, administrada por ellos, en Tel Aviv; 7.000 en Safed; 5.000 en Tiberíades; 2.000 en Hebrón, etc.). Alimentado desde Moscú por K. S. Vissotski y desde Nueva York por el famoso Jacob Schiff, un instituto tecnológico pretende encargarse en 1914 de formar sus cuadros, pero, ¿en yidisch o en hebreo? La cuestión da lugar a una serie de enfrentamientos entre partidarios de Nathan y del «Hilfsverein» y nacionalistas puros. Se imponen estos últimos, ya que las doctrinas imperialistas de Nathan Birnbaum, proclamadas abiertamente en el congreso de Viena de 1913 por el periodista Naoum Sokolov, así como por Fritz Mordechaï Kaufmann, en su revista de Berlín *Freistadt,* siguen animando a los dirigentes.

Estalla la guerra y, como en la mejor época de Cromwell, las tropas de Su Majestad británica, precedidas del estandarte del Dios de los Ejércitos, conquistan Palestina para los judíos. El número de éstos, sin embargo, ha descendido a la mitad en el curso de las hostilidades: ya no son más que 56.000. Y la colaboración prestada al general Allenby por la pomposa «Legión Judía», reclutada por Vladimir Jabotinski y Pineus Ruthembert, que hace

su entrada en Jerusalén el 11 de diciembre de 1917, dos días depués de que lo hicieran los combatientes, con el tren de los equipajes, es insignificante: un batallón del «Royal Zion Mule Corps». ¡Muleros de la Real Sión! Títulos modestos, en verdad. Pero, no importa. En torno al tapete verde de las conferencias, diplomáticos y financieros, amigos de Israel, disponen de medios de presión mucho más eficaces. Introducidos en Londres por el químico de Manchester Chaim Weizmann, Naoum Sokolov y Tchlenow (llegados de Copenhague, a donde la sede del sionismo, emigrada primeramente a La Haya, en agosto de 1914, ha trasladado posteriormente sus oficinas) se han entrevistado el 7 de febrero de 1917, en casa del gran rabino Gaster, con lord Rotschild, James, hijo de Edmond, sir Herbert Samuel (de regreso de una misión en Rusia y en el Asia Menor), así como sir Mark Sykes y Georges Picot, signatarios del acuerdo franco-británico del 9 de marzo de 1916 sobre las futuras zonas de influencia de los dos países en el Cercano Oriente (acuerdo que reconocía a Francia la Cilicia, el litoral sirio y el Líbano, con un condominio sobre Mossul). Incluidas así las apetencias sionistas en las convenciones internacionales, sir Arthur James Balfour, más tarde lord Balfour, titular del Foreign Office, concretó aquellos compromisos en una carta dirigida a lord Rotschild, el 2 de noviembre. El gobierno británico, decía, aplicará «todos sus esfuerzos con vistas a la fundación de un Hogar nacional judío en Palestina, aunque respetando los derechos civiles y religiosos de las otras comunidades». Stephen Pichon se había adherido a aquella declaración en marzo de 1918, a raiz de una audiencia del rey Jorge V. Chaim Weizman obtuvo entonces que una comisión judía internacional que incluía al socialista Israel Sief, a W. E. Mayer de Nueva York, al capitán James de Rotschild (hijo del barón Edmond) y a Silvain Levi (profesor del *College* de Francia, presidente de la Alianza Israelita internacional y dirigente de la «Liga de los Derechos del Hombre») se trasladara a Tierra Santa, en compañía del mayor Ormsby-Gore, secretario adjunto de la Guerra, para preparar allí la reunión de una asamblea pre-constituyente, que tuvo lugar en Tel Aviv, el 17 de junio.

Intrigas sionistas y británicas en el Cercano Oriente

Terminadas las hostilidades, en vano protestó el rey hachemita Feisal, en el curso de una audiencia que el coronel Lawrence le preparó con el rey, contra aquellos proyectos incompatibles con las promesas resultantes del intercambio de cartas, los días 4 de julio-24 de octubre de 1915, entre su padre el jerife Hussein y el alto comisario en Egipto, sir Henry Mac Mahon, y reiteradas a los árabes en diversas ocasiones. Nadando en medio de contradicciones inextricables, el gabinete de Londres tolera que el emir instale su trono en Damasco. Apartado de Palestina por los ingleses, ¿expulsará a su vez a los franceses de Siria? Clemenceau, que ha llevado su tolerancia hasta el extremo de renunciar a Mossul en el otoño de 1918 (fingiendo ignorar sus recursos petrolíferos), no puede admitirlo, so pena de dejar que eliminen completamente a Francia de aquellas regiones. Interviniendo como árbitro en aquella diferencia entre Aliados, Wilson hace prevalecer, el 21 de mayo de 1919, el principio de la atribución de mandatos temporales por la Sociedad de Naciones. En el reparto a que procede la conferencia de San Remo (18 de abril de 1920), Francia obtiene el mandato sobre Siria (a cambio de una renuncia definitiva a sus derechos sobre Mossul, mediante una participación del 23,75 %

sobre los petróleos de Kirkuk: el resto será para Inglaterra y Estados Unidos). La parte del león corresponde, naturalmente, a la Gran Bretaña, con tres mandatos, sobre el Irak, adonde Feisal traslada su trono, sobre Jordania, donde su hermano Abdullah establece el suyo, y sobre Palestina. Este último mandato, confirmado por la Sociedad de Naciones el 24 de julio de 1922, incluye unas disposiciones realmente insólitas (que el delegado norteamericano Benjamin Cohen ha redactado, y que Weizman ha revisado). En vez de preparar simplemente la evolución del país —que continúa siendo árabe en una proporción del 93 %— hacia la independencia, prevén en efecto la instalación de un «Hogar Nacional Judío» (art. 2), la creación de una Agencia Judía de enlace con las autoridades (art. 3), la estimulación de la inmigración judía (artículo 6) y la concesión de facilidades de naturalización (art. 7).

Habiendo decidido la City reconstruir el Templo, la Gran Bretaña asume desde aquel momento la temible tarea de velar en Palestina por el buen entendimiento entre dos comunidades, una de las cuales, compuesta únicamente de 56.000 miembros (que detentan el 2 % del terreno), pero que contará con 156.000 en 1926, sueña nada menos que con conquistar el país, expulsando a la otra, que cuenta con 574.000 musulmanes y 70.000 cristianos, sobre un total de 700.000 almas. Sometido a la influencia de su colaborador y amigo, sir Philip Sassoon, ilustre representante de una riquísima dinastía de banqueros de Bagdad, Lloyd George, olvidando sus invectivas de ardiente radical («¿Acaso lord Rotschild es el dictador de este país? Todos los caminos que conducen a las reformas aparecen con un letrero: 'Prohibido el paso por orden de Nathaniel de Rotschild'»), a raíz de la discusión del presupuesto de 1908, se convierte en dócil instrumento de los designios de la alta finanza. Su elección del primer alto comisario británico en Jerusalén es sumamente significativa: sir Herbert Samuel. Ministro del gabinete liberal Asquith (acusado de tráfico con la sociedad Marconi en 1913, en compañía de su colega Rufus Isaacs, más tarde lord Reading, e incluso de Lloyd George, canciller del Tesoro), se ha señalado ya haciendo circular en las altas esferas gubernamentales londinenses, en enero de 1915, un memorándum reclamando el establecimiento de 3 a 4 millones de judíos de Europa en Palestina, con vistas a la constitución de un Estado autónomo. Se trata, pues, de un sionista convencido. Bajo su protección (desempeñará el cargo hasta 1926), ola tras ola, los «Chalouzim», o pioneros del «Alija», inician la invasión del país, a razón de 99.000 desde 1920 a 1929, de 182.839 desde 1930 a 1936, de 122.796 desde 1937 a 1946. A ese ritmo, los judíos se encuentran en número de 608.000 sobre un total de 1.936.000 habitantes en 1946, y 650.000 en presencia de 1.380.000 árabes en 1948, en el momento en que la Gran Bretaña, considerando que sus protegidos son ya lo bastante fuertes para defenderse solos, y cogida entre dos fuegos, denuncia su mandato como inaplicable y, movida por un tardío escrúpulo, retira sus peones del tablero palestino.

Sin embargo, en aquella época los pioneros de Israel sólo ocupan el 6 % de las tierras de su «patria» recobrada. No sin reacción, por otra parte, de los árabes (motines del 4 al 6 de abril de 1920, de los que son víctimas 6 judíos en Jerusalén; ataque a las colonias de Matoula y de Tel Chai en Galilea, en el que Joseph Trumpeldor, de la «Legión judía», reconstituida en forma de milicia por Jabotinski, y 5 de sus amigos encuentran la muerte; *pogrom* en Jaffa, a principios de mayo de 1921, en el cual perecen 3 escritores sionistas), las sociedades de colonización judías o «Kvonzoth» adquieren fincas

sin cesar (las tierras de los Sourzok, por ejemplo, «Marj ibn Amer», de las cuales son expulsadas 900 familias), por mediación, sea de la organización Rotschild (por valor de 15 millones de libras esterlinas), sea de órganos financieros especializados, el «Keren Kajemeth» (por valor de 6 millones hasta 1944), el «Keren Hajessod» (por valor de 20 hasta 1945), o incluso con la complicidad de la potencia mandataria, expropiando los bienes no explotados directamente por sus propietarios, sirios en su mayor parte, y ocupando las buenas tierras de la región de Houlé. Paralelamente, se dedican 14 millones de libras esterlinas a la instalación de 1.800 empresas industriales, que emplean a 45.000 obreros y, gracias al apoyo de Churchill, ministro de las Colonias, son atribuidas a los judíos concesiones muy importantes, la de la energía eléctrica a Rothemberg, por ejemplo, con privilegio de utilización de las aguas del Jordán, del lago Tiberíades y del Yarmouk, y la de las potasas del Mar Muerto, por un período de setenta y cinco años. Preocupados por el hecho de que la inmigración en masa, sobre todo a partir de 1925, ha provocado una crisis y ha inducido a algunos recién llegados, decepcionados, a renunciar, los dirigentes del sionismo, Weizman, Sokolov, Usischkin y otros, multiplan sus jiras y sus peticiones de fondos a los Estados Unidos, y en el congreso de Zurich del 17 de agosto de 1927 se dedican, con Leon Motzkin y el rabino Stephen Wise, a estrechar los lazos con las diversas comunidades «nacionales» representados en Ginebra por medio de un Consejo de los derechos de las minorías judías (de 55 miembros, 21 de ellos norteamericanos), en espera de que se constituya, en aquella misma ciudad, el 8 de agosto de 1936, el Congreso Judío Mundial, de acuerdo con las consignas dadas, en ocasión de una reunión preparatoria en el hotel Carlton de París en 1932, y en el Gran Oriente de Francia el 17 de octubre del mismo año, por Jefrokyn y Nahoum Goldman: «Hay que organizar el Judaísmo políticamente... como un pueblo». El camino queda así abierto a las más descabelladas ambiciones mesiánicas, a costa de una lucha sin cuartel, que asolará aquellas comarcas (en las que estallan nuevos *pogroms* en Hebrón, Safed, Jerusalén y Haifa, del 23 al 31 de agosto de 1929), y pondrá varias veces en peligro la paz del mundo.

* * *

Reparaciones y Deudas de Guerra: una hipoteca de la finanza judeo-norteamericana... sobre Europa

Si, en las negociaciones étnicas y territoriales de Versalles, los judíos, tan ampliamente representados en las diversas delegaciones (empezando por los Cuatro y sus sombras, a los cuales hay que añadir al belga Paul Hymans, casado con una Goldschmidt, y el secretario general Paul Mantoux), han hecho prevalecer fácilmente sus puntos de vista sobre la reconstrucción del mundo, mucho más aún en materia de finanzas. Puede decirse que decidieron estrictamente entre ellos, en familia, las reparaciones, las deudas de guerra, la restauración económica de Europa.

Wilson llevó toda una tribu a la delegación de los Estados Unidos, compuesta de una multitud de ¡1.300! expertos, la crema, la flor y nata de Wall Street. En primera fila, Bernard Baruch, presidente del «War Industries Board», consejero miembro de la comisión de redacción de las cláusulas eco-

nómicas de la paz, delegado para las reparaciones. Sabiendo con su olfato de Sioux («I follow the Indian signs») «que sería imposible percibir de los alemanes una enorme indemnización» («That it would be imposible to collect a huge indemnity from the Germans»), no deja de admitir por ello el sistema de las deudas y de las reparaciones, aunque sea a simple título de hipoteca de la finanza norteamericana sobre Europa. En conexión con él trabaja Eugène Meyer, nacido en Los Angeles en 1875, de un padre representante de los hermanos Lazard en San Francisco y en Nueva York. Él mismo, después de haber aprendido el negocio bancario en Alemania, ha pasado cuatro años en esa última firma, hasta 1901. Unido a un socio de Morgan, ha sido el colaborador de Baruch en los metales no férricos del «War Industries Board» en 1917, antes de encargarse de la producción aeronáutica de la Guerra, y ha sido nombrado director de la «War Finance Corporation» desde mayo de 1918 a mayo de 1920. Lo que ha aprovechado, dicho sea de paso, para amasar una fortuna (valorada en 30 millones de dólares en 1938) fabricando los colorantes antaño suministrados por Alemania y acaparando algodón para revenderlo a los Aliados. Al lado de ellos, el representante acreditado de los Morgan, y su socio desde 1911, Thomas William Lamont, periodista de profesión (de ascendencia norteamericana, hijo de un pastor metodista, nacido en 1870), sucesivamente vicepresidente de la «Bankers Trust Cy», desde 1905 hasta 1909, luego del «First National Bank», desde 1909 hasta 1911, antes de presidir los destinos de la «Guaranty Trust Cy» hasta 1940, asiste en calidad de delegado del Tesoro. Principal proveedor de créditos y de suministros a los Aliados desde 1917, será el gran manipulador de las reparaciones, el futuro inspirador de los planes Dawes y Young, y también su sepulturero. Finalmente, «last but not least», los personajes de la banca Kuhn-Loeb: Otto Herman Kahn (nacido en 1867, de un padre condenado a muerte en 1848; formado en Londres y en el Deutsche Bank, forma parte de la firma desde 1897, naturalizado tardíamente —en 1917— y muy ligado a Edward H. Harriman), sucesor de Jacob Schiff en la dirección de la firma en 1920-1921, ferozmente hostil a toda condescendencia en lo que respecta a las deudas de guerra y especialmente a toda concesión a Francia, y el ilustre Paul Warburg. Este último está particularmente bien situado para negociar con su hermano Max, de Hamburgo, consejero financiero de la delegación alemana, así como con Walter Rathenau, ministro de la Reconstrucción de la República de Weimar, antes de serlo de Economía, y luego de Asuntos Exteriores. Sus interlocutores aliados son, por otra parte, si no de la familia, al menos de la misma casta: Edwin Samuel Montagu, subsecretario de Estado para la India, encargado del informe sobre la sección financiera de la Sociedad de Naciones por la Gran Bretaña y, por Francia, Lucien Klotz, ministro de Finanzas.

Francia, endeudada por el palabrero Klotz...

En buena lógica, Francia, campo de batalla con Bélgica de la coalición (1.393.000 muertos, 2.800.000 heridos, con 740.000 mutilados; destruida proporcionalmente: el 66 % de la industria textil —todas las cardadoras de lana, el 95 % de los husos de algodón—, el 60 % de las hulleras —en el Norte, 600.000 toneladas en 1919, contra 19 millones en 1913—, el 55 % en la metalurgia; para la agricultura, 3.300 hectáreas asoladas y 2,4 millones de cabezas de ganado sacrificadas; más 900.000 inmuebles destruidos), debería ocu-

par, entre los Aliados, el puesto de acreedor principal (con 134.000 millones para los bienes y 75 para las pensiones, sobre un total de 400). Pero Clemenceau, al no exigir que las deudas de guerra quedaran ligadas a las reparaciones, se dejó despojar prácticamente de ese privilegio por los Estados Unidos. Sea, entre tantas otras, una negligencia o una complicidad más en su pasivo. Además, su ministro («El único judío que no entiende nada en cuestiones de dinero», según su propio exabrupto —entonces, ¿por qué le ha escogido?—), como todos los charlatanes, es un optimista ciego y un jugador inveterado. Condenado más tarde, en diciembre de 1928, por firmar cheques sin fondos, aquel descendiente de Anacharsis Cloots habla ya, en nombre de Francia, sobre Alemania: «¡El *boche* pagará!» Entretanto, se presta al rescate escandaloso de los stocks norteamericanos: valorados por sus propietarios en 1.400 millones de dólares, cedidos por 400, pagaderos el 1 de agosto de 1929 con un interés del 5 %, le costarán 10.000 millones de francos al Estado francés, que sólo recuperará 3.317 millones con la venta. Reducida su población, a pesar del retorno de 1.800.000 alsacianos y loreneses, de 39.790.000 habitantes (para 87 departamentos) en 1913, a 39.210.000 (para 90) en 1921, Francia, cuya fortuna nacional ha descendido de 302.000 millones en 1914 a 227 a finales de 1918, y cuya cartera en el extranjero se ha desvanecido (45.000 millones en 1914), empezando por los 15.000 millones enterrados en Rusia, no podía permitirse ninguna imprudencia. Las hostilidades propiamente dichas le habían costado de 190 a 200 mil millones de francos-oro.

Dado que se ha lanzado a la guerra con ligereza, arrastrando un déficit valorado por el ponente Aimard en el Senado en 800 millones en abril de 1914, y sin haber votado a tiempo el impuesto sobre la renta, que sólo dará un rendimiento ínfimo, 35 millones en 1916 (ministro de las facilidades, Klotz ha figurado ya en los gabinetes Poincaré, del 14 de enero de 1912, y Briand, del 17 de enero al 18 de marzo de 1913), y dado también que sus regiones más ricas del Norte y del Este se encontraban en manos del enemigo, no pudo hacer frente a aquellos gastos por medio del impuesto más que en una proporción mínima, de 26 a 33 mil millones de francos en cuatro años (a pesar de la aprobación de 1.150 millones de tasas el 30 de diciembre de 1916, de 412 millones el 31 de julio de 1917, y de un aumento sensible de los derechos de sucesión, el 31 de diciembre de 1917). En consecuencia, ha pedido el resto, sea al empréstito interior: alrededor de 55.000 millones, suministrado por cuatro emisiones (13.305 millones en noviembre de 1915 al 5 %, a 88; 10.061 en octubre de 1916; 10.276 en 1917 al 4 %, a 68,60; 21.500 en junio de 1918 al 4 %, a 70,80), lo que ha hecho aumentar el volumen de la deuda consolidada de 31.000 a 98.000 millones. Sea al empréstito exterior: alrededor de 32.000 millones de francos-oro (4), lo que ha

(4) En forma de Bonos del Tesoro (10 millones de dólares colocados el 4 de noviembre de 1914 en la casa Morgan y en el National City Bank, donde el Banco de Francia ingresará otros 100 millones de efectos en pensión en febrero de 1917), luego, utilizando Ribot los buenos oficios de Lloyd George cerca de Morgan, en forma de anticipos británicos (20 millones de libras esterlinas sobre un crédito de 42, el 20 de mayo de 1915, para completar los 50 millones de libras necesarias para financiar seis meses de compras francesas a los Estados Unidos; 20 millones de libras por un crédito de 60, el 24 de abril de 1916; 50 millones de libras por un descuento de 150 de Bonos del Tesoro, el 24 de agosto de 1916), mediante el depósito de oro en garantía en Londres (en total: 112,5 millones de libras esterlinas); a continuación, el 7 de junio de 1915, en forma de depósitos de títulos de ferrocarriles norteamericanos, con el aval de Rotschild cerca de Morgan y la intervención de la Banca Kuhn a partir del 22 de septiembre de 1915 para el rescate

tenido como consecuencia absorber sus haberes en el extranjero y hacer perder al franco la mitad de su valor: la libra esterlina costaba 27,15 y el dólar 5,70, y, en noviembre de 1919, 45, 15 y 11,85, respectivamente (el monopolio de cambio propuesto por Edouard de Rotschild el 1 de julio de 1915, considerado como excesivamente complicado en su aplicación, no fue aceptado por los bancos). Sea también al crédito a corto plazo, es decir, a los Bonos de la Defensa Nacional al 5 % creados el 13 de septiembre de 1914 por Ribot, cuyo importe ascenderá a 13.166 millones el 31 de julio de 1913. y a 58.500 millones a finales de 1921, lo que hinchará la Deuda flotante, de 2.000 en 1914 a 43.000 millones en 1919. Sea a simples facilidades de Tesorería: anticipos del Banco de Francia, hinchados de 8.349 millones a 18.000 millones a finales de 1917, a 21.000 el 5 de junio de 1918 y a 27.000 el 17 de julio de 1919. Sea a la inflación fiduciaria confesada: la circulación de billetes pasó de 6,68 mil millones a 12.000 a finales de 1914, luego a 22,3 a finales de 1917, a 37 en 1919 y a 38 en 1920. Lo que determinó un alza equivalente del coste de la vida, del 20 % a finales de 1915, del 35 % a finales de 1916 y del 120 % al firmarse el armisticio.

Francia, entregada a los aprovechadores

Se han exigido, pues, unos sacrificios considerables al país. Por desgracia, si bien el control ejercido por el gobierno sobre la economía se ha hecho más severo, como ha ocurrido en todas partes, por lo demás (ley del 16 de octubre de 1915 sobre la requisa de los cereales, ampliada en 1916; institución del Ministerio de Abastecimientos en 1917, ley del 10 de febrero de 1918 sobre los combustibles y los productos alimenticios; creación de un Consorcio para el reparto de las materias primas; requisa de la flota mercante), Clemenceau, reservando sus rigores para los derrotistas, apenas se ha metido con los ventajistas que se aprovechaban de la guerra. La firma Hotchkiss, fabricante de ametralladoras, ha realizado de 1914 a 1916, con 6,1 millones de capital, 42.745.000 francos de beneficios (con 23,3 millones de impuestos a deducir); Gnôme-Rhône, con sus motores, con 1,2 millones de capital, 24,2 de beneficio neto en 1915 y 1916. Marcel Boussac y Paul Lederlin, de Epinal, gozando de un monopolio de hecho de importación del algodón, amasan una fortuna. La casa Hippolyte Worms, del comité de transportes marítimos, se especializa en la importación de carbón inglés. Dueño de unas grandes fundiciones, François de Wendel, cuyo hermano Charles, que conserva la nacionalidad alemana, es diputado del Reichstag, tiene las manos tanto más libres por cuanto que otro de sus hermanos, Humbert, en Londres, es controlado teóricamente por un agregado militar, el conde de La Panouse, casado con Sabine de Wendel, y que el subsecretario de Estado para las Municiones, Exbrayat, es socio de la Banca Demachy, cuyos principales comanditarios son los Wendel. En espera de que se organice tardíamente, en 1918, un Consorcio petrolífero, dependiente de un Comisariado de los Combustibles, del que forma parte Georges Bénard, administrador de la «Mexican Eagle», y Cohen-Huzier, de la «Royal Dutch», el monopolio de las importaciones es explo-

de aquellas acciones (29.000 Pennsylvania, 31.000 Chicago), o en forma de créditos abiertos por los «Brown Brothers» al grupo *Crédit lyonnais* (20 millones de dólares por un año, 21-VIII-1915, y 18-VIII-1916), en espera de que Washington conceda a los Aliados créditos oficiales que ascenderán, el 31-XII-1918, a 1.117 millones de dólares (835 para Bran Bretaña, 487 para Francia, 262 para Italia y 65 para Rusia).

tado por los Aceites Desmarais, la Sociedad Lille-Bonnières-Colombes, Lesieur e hijos, los hijos de A. Deutsch, «después de haber suprimido todo riesgo —escribirá Francis Delaisi—, investidos de un monopolio casi oficial, los diez arrendatarios generales de los petróleos compran en el extranjero un producto completamente preparado, lo venden, sin transformación ni riesgo, a un precio más elevado que en cualquier país de Europa». No contento con reinar sobre los cereales, Louis-Dreyfus, presidente de la sección de importación de la Oficina nacional de los Trigos en 1917, mientras dos de sus apoderados se encargan de la Dirección de los Cereales, se improvisa armador y se hace con una flota. En el firmamento de los negocios, la estrella de Louis Loucheur está entonces en el cenit. Subsecretario de Estado en el gabinete Briand, ministro de Armamentos de Painlevé, su actividad se ejerce en numerosos sectores, en conexión con los Rotschild en los ferrocarriles del Norte, en la industria eléctrica Thomson-Houston, en el seno de la «Societé Générale d'Entreprise», nacida de su asociación con Giros (1912). Protegido de Octave Homberg, vicepresidente del Banco de la Unión parisiense, consejero oficial de las Finanzas, ha ofrecido sus servicios, al igual que Citroen, al gobierno, después del Marne, para la fabricación de los obuses y, reemplazando a la industria alemana (los Kuhlmann reconstituirán unas plantas químicas en el Midi), se ha puesto a producir cloro líquido y los gases asfixiantes. Según Mr. Beau de Loménie, el gobierno de la época «instaló en Francia el régimen de la *economía acaparada*, antes de dar paso al dirigismo de los «tecnócratas». Para reprimir los abusos, es cierto, ha hecho un gesto creando, el 1 de julio de 1916, un impuesto sobre los beneficios de guerra, un gesto y nada más: de los 16.000 millones que estaban previstos como ingresos por aquel concepto, sólo habían ingresado 1.000 millones en julio de 1919.

Los disturbios sociales

Y precisamente, disipada la euforia de una victoria más aparente que real, el verano de 1919 señala para Francia el momento de los vencimientos ineludibles. En las regiones liberadas, los transportes no acaban de restablecerse. El acaparamiento y el mercado negro comprometen el abastecimiento. Los precios suben: el índice 100 en 1911 alcanza 297 en París y 360 en provincias, en 1920. Cansado de luchar, el ministro de Agricultura y de Abastecimientos, Boret, cede el puesto a Noulens (18-22 de julio de 1919). Aunque se ha aprobado una ley sobre los convenios colectivos el 25 de marzo, y otra, fijando en ocho horas la jornada de trabajo, el 23 de abril de 1919, aunque el índice de los salarios (100 en 1911) sube momentáneamente a 487 en 1920, renace la agitación social. La C. G. T., cuyos efectivos han aumentado en un 50 % (941.000 sindicados en 1913, 1.473.000 en 1919), se deja penetrar por las influencias comunistas, rompe con el poder y se pone de acuerdo con las Trade-Unions británicas para oponerse a la intervención de las potencias occidentales contra los Soviets, en Rusia y en Hungría. La absolución del asesino de Jaurès, Raoul Villain, el 24 de marzo, es el pretexto de una importante manifestación, el 29. El 28 de abril, los desmontitas de la Unión de Sindicatos del Sena incitan a la huelga, con ocasión del 1 de mayo. Prohibidos los desfiles, las algaradas se suceden en el curso de aquella jornada, durante la cual un manifestante resulta muerto. Pero el ala activa del movimiento revolucionario continúa siendo la Federación metalúrgica, de Merrheim. A pesar de haber concluido, los días 17 de abril y 24 de mayo, un convenio

y un acuerdo complementario con la Unión de las Industrias Metalúrgicas, 200.000 de sus afiliados se lanzan, los días 2 y 3 de junio, a una huelga que el maestro Pierre Monatte saluda en *La Vie Ouvrière* del 11 de junio con un artículo intitulado: «¡Del descontento a la revolución!». Se constituye un comité de acción que trata de forzar la mano a la Federación haciendo irrupción en sus oficinas, el 22 de junio. A su vez, las Uniones departamentales desalientan a los promotores de una huelga general, prevista para el 21 de julio. El propio Merrheim considera que el asunto no está maduro, en tanto que Monatte acusa a la C. G. T. «de volver la espalda a la revolución» (*La Vie Ouvrière* del 23 de mayo de 1920). En el congreso reunido en Lyon, el 15 de septiembre de 1919, llegan las explicaciones y, por 1.633 mandatos contra 324, se impone el punto de vista de la oficina confederal, contra un programa reclamando la nacionalización de los bancos, de las minas, de la hulla blanca y de los transportes.

Esta vez, son precisamente los ferroviarios los que reanudan la agitación. A propósito de los derechos de los delegados, amenazados con trescientas revocaciones, los de P. L. M. desencadenan, los días 23-25 de febrero de 1920, una huelga que se extiende rápidamente a todas las redes, salvo a la del Norte. Mineros, metalúrgicos y portuarios se declaran solidarios. El gobierno interviene. Millerand moviliza a los huelguistas, impone su mediación el 1 de marzo, acepta el discutir el nuevo régimen de las vías férreas, pero hace aprobar por la Cámara el principio del arbitraje obligatorio. Una tentativa de resucitar la huelga, del 25 al 30 de abril, es secundada únicamente durante tres semanas por menos de la mitad de los ferroviarios (220.000 contra 230.000 no huelguistas) y provoca una reacción gubernamental decisiva: detención de Pierre Monatte, el 3 de mayo, de Sérol, Levêque, Midol y Monmousseau, el 19, y exigencia de responsabilidades con vistas a una posible disolución de la C. G. T. Esa fracaso hará descender los efectivos sindicales de la Confederación de 1.800.000 a 800.000 en 1922 y a 500.000 en 1925, ya que no tarda en producirse una completa escisión entre rusófilos y sindicalistas franceses.

Si bien, en la Conferencia socialista internacional de Berna (3-10 de febrero de 1919), la mayoría de los franceses de los españoles, de los holandeses y de los noruegos se han negado a condenar la dictadura de los Soviets, el partido socialista francés, dividido en París (20-22 de abril de 1919), vacilante en Estrasburgo (25-29 de febrero de 1920) —hasta el punto de votar sucesivamente su retirada de la II Internacional (por 4.330 contra 337) y su negativa a adherirse a la III fundada en Moscú el 2 de marzo de 1919 (por 3.000 contra 1.600), pero asistiendo, en las personas de Marcel Cachin y de Frossard, al congreso de la Internacional comunista (19 de julio-7 de agosto de 1920)—, se ha adherido finalmente por mayoría (3.208 contra 1.026) a aquella organización, a instancia del comisario del pueblo Abramovitch, llamado Zalewski, y de Boris Lifschitz, llamado Suvarin, en el congreso celebrado en Tours, del 20 al 26 de diciembre de 1920. El resultado fue una escisión entre los fundadores del partido comunista francés (Loriot, Rappoport, Cachin, Vaillant-Couturier, Blanc, Paul Louis, Suvarin), seguidos únicamente por 12 diputados de un total de 68, pero disponiendo del periódico *L'Humanité*, y los minoritarios, agrupados por Paul Faure, Paul Boncour, Marcel Sambat, Jules Guesde, Pressemane, Mayèras y Renaudel, bajo la bandera de la S. F. I. O. (Sección Francesa de la Internacional Obrera). En cambio,

la C. G. T. conoce una evolución en sentido inverso. La tendencia favorable a los soviets, representada por Victor Griffuelhes, después de su visita a Moscú en febrero de 1920, no ha prevalecido. En el Congreso de Orleans (27 de septiembre-2 de octubre de 1920), Frossard no ha ocultado sus inútiles esfuerzos para defender la autonomía sindical cerca de la III Internacional, ni Merrheim su convicción de que «el régimen en Rusia, al menos durante una generación, sólo podrá mantenerse por medio de una dictadura», hasta el punto de que la oficina confederal se ha impuesto por 1.515 mandatos contra 596. En Lille, en julio de 1921, después de que Jouhaux y Dumoulin se han negado a abandonar Amsterdam, el 15 de febrero, reúne todavía 1.572 mandatos contra 1.325. Pero los minoritarios (Racamond, Monmousseau, Monatte y Pierre Besnard, secretario de las C. S. R. de infiltración) se retiran, los días 19-21 de septiembre, fundan la C. G. T. U. (unitaria), que celebra su primer congreso en Saint Etienne, del 25 de junio a 1 de julio de 1922 y se adhiere en Bourges (12-17 de noviembre de 1923) a la Internacional sindical comunista, no sin que Besnard haya reclamado, una vez más, la autonomía sindical (en 1927 creará una C. G. T. S. R. (sindicalista-revolucionaria); entretanto, un enfrentamiento entre hermanos enemigos habrá producido 2 muertos, el 11 de enero de 1924.

Los parlamentarios, sepultureros de las clases medias

Moralmente apoyada en sus convicciones nacionales por una victoria pagada a un precio muy caro, Francia, en conjunto, era enemiga de la revolución y alimentaba unas esperanzas muy distintas. Dominada por los ex combatientes, la mayoría de los electores había eliminado, los días 16-30 de noviembre de 1919, a 360 de los diputados salientes (de modo que los socialistas se habían visto reducidos de 101 a 68 y los radicales de 172 a 88), eligiendo una Cámara «azul horizonte», compuesta de 111 conservadores, 139 republicanos de izquierda y 126 republicanos progresistas (en frente de 138 radicales, 30 republicanos socialistas y 72 socialistas), formando, sobre un total de 616 diputados elegidos en el escrutinio de lista departamental (en virtud de la ley del 12 de julio de 1919), un «bloque nacional» de 376 miembros, financieramente apoyado por el Comité republicano del Comercio y de la Industria, llamado «Comité Mascuraud», el Comité Billiet de la Unión de los Intereses Económicos y, en lo que respecta a los grupos de la Acción liberal y de la Federación republicana, por los Schneider y los Wendel. El animador de aquella formación política es Alexandre Millerand, el único estadista digno de este nombre que ha producido la III República. Tomando la palabra en Ba-ta-clan, el 7 de noviembre, ha dirigido un llamamiento a la solidaridad de las clases, al liberalismo económico, a la pacificación religiosa y a la reforma de las instituciones, por medio del fortalecimiento de los poderes del jefe del Estado. A raíz de la elección de Paul Deschanel, nombrado primeramente presidente de la Cámara, el 8 de diciembre, por la nueva mayoría, antes de serlo como presidente de la República, el 17 de enero de 1920 (por 408 votos primero, luego por 734 sobre 888) contra Clemenceau, víctima de los métodos policíacos de Georges Mandel, de sus alarmantes concesiones a los anglosajones y de su sectarismo anticlerical llevado hasta el extremo de negarse al restablecimiento de las relaciones con el Vaticano, errores que su adversario Briand no deja de explotar

contra él, Alexandre Millerand se ve encargado de constituir el nuevo gobierno (20 de enero de 1920) (5).

Aunque tiene la debilidad de hacer en su gabinete, conservando a Steeg en el Interior y a Sarraut en las Colonias, un sitio demasiado amplio a los radicales, que han logrado mantenerse en las asambleas locales (consejos municipales, 23-30 de noviembre, y consejos generales, 14-21 de diciembre), y conservar su preponderancia en el Senado (perdiendo 25 escaños, 16 de los cuales han ido a parar a los republicanos de izquierda, 11 de enero de 1920), al menos el presidente del Consejo tiene el valor de enfrentarse con las dificultades financieras, que Lucien Klotz ha dejado acumular retardando hasta el 9 de agosto de 1919 la votación de un presupuesto que disimula, bajo las cifras oficiales de 13.216 millones de ingresos y 11.000 millones de gastos (más 9 de cargas «excepcionales»), un déficit real de 43.300 millones. Director general del Banco de la Unión Parisiense (en el cual domina la influencia protestante de los Mirabeaud, etc.), el nuevo ministro de Finanzas, François Marsal, ha sido escogido al margen del Parlamento. La reconstrucción de las regiones liberadas no puede demorarse, por lo que la ley del 10 de octubre de 1919 ha autorizado al «Crédito Nacional» (6) a emitir, para asegurar su financiación, una serie de empréstitos cuyo importe ascenderá a 14.500 millones el 31 de marzo de 1920. El 30 de diciembre de 1919 ha sido emitido además un empréstito de 15.790 millones en rentas perpetuas al 5 %. Pero son necesarios unos recursos regulares complementarios. Aparte de recargar una vez más las sucesiones, se buscan, el 25 de junio de 1920, en un nuevo impuesto sobre la cifra de negocios (que proporcionará 3.000 millones en 1923). Y, si bien se recurre de nuevo al empréstito (27.888 millones al 6 % en octubre-noviembre de 1920), se procura ordenar el presupuesto, clasificado el 31 de julio de 1920 en gastos ordinarios (21.700 millones), extraordinarios (5.420) y recuperables (20.751), es decir, para esta última categoría, susceptibles de ser recuperados, a título de reparaciones, sobre Alemania. Esperanza bastante vana, ya que el crédito de Francia no cesará de adelgazar, por una parte porque sus aliados, británico y norteamericano, consideran aquella carga como un obstáculo para la reanudación de los negocios, y también porque la República de Weimar, enfrentada con unos persistentes disturbios interiores, prefiere ir a la bancarrota antes que pagar.

* * *

Inglaterra, privada de su cartera extranjera, nivelada y democratizada

La Gran Bretaña tiene sus regiones devastadas fuera de sus islas, principalmente. En primer lugar, sus inversiones en el extranjero. Al declararse la guerra, 9 millones de libras esterlinas quedaron «congeladas» en Alemania y en Austria. Fue preciso cerrar el *Stock Exchange* desde el 31 de julio de 1914 al 4 de enero de 1915. Su cartera exterior se encontró reducida de unos 4.000 millones de libras (los 2/5 de la fortuna nacional) en 1914, a 3.700 millones devaluados —equivalentes a 18.500 millones de dólares—

(5) Su primer gabinete incluye a los hermanos Steeg, André Borel, Gustave Lhopiteau; el segundo, a Honnorat y a Paul Jordan.

(6) Administrado por los banqueros Ainard, Heine, Pillet-Will, Darcy (fundador del Comité de las Hulleras, administrador de la Unión Parisiense), Charles Laurent (de la Societé Thomson y de la Unión metalúrgica) y el algodonero Lederlin, de los Vosgos.

en 1928 (más de 500 millones de libras en valores fueron vendidos a los Estados Unidos). Y la renta de esos valores y las divisas procedentes de los fletes, de los seguros, etc. (alrededor de 5.000 millones de francos), eran las que compensaban el déficit de 3.600 millones (en francos) de una balanza comercial de 35 (el 55 % de importaciones, productos alimenticios y materias primas) en 1913. Por su parte, el comercio exterior ha descendido: si se tiene en cuenta la depreciación de la moneda, sus exportaciones han retrocedido un 40 %, entre 1913 y 1918 (de 630 a 532 millones de libras; en comparación con el índice 100 en 1913: 71 en 1920, 50 en 1921, para llegar a 82 en 1929). La disminución ha sido particularmente sensible en América, donde su parte en los intercambios cae, en Argentina, del 31,1 % en 1914 al 17,6 en 1929, en Brasil del 24 al 19, y en proporciones similares en Chile, en Méjico y en el Canadá. Además, si bien la Gran Bretaña sólo ha sacrificado en la guerra 530.000 hombres (más 171.000 de sus Dominios), es decir, casi la mitad que Francia, y ha sufrido unos daños mucho más restringidos, su deuda, en cambio, se ha acrecentado más, en proporción (multiplicándose por 17,6 en vez de 10): de 720 millones de libras en 1910, ha pasado a 7.828 en 1920 y a 7.687 en 1935 (en cambio, las cargas se han reducido de 350 millones de libras en 1920 a 212 en 1934). De aquella cantidad, 4.166,3 millones de dólares corresponden a deudas al gobierno de los Estados Unidos y 1.300 millones de dólares a los bancos norteamericanos.

Para hacer frente a esas cargas, se han emitido tres empréstitos, absorbidos por el de 1919 al 5 % (cubierto por 998 millones en metálico y 1.130 millones en títulos convertidos), y se ha incrementado la deuda flotante colocando 1.094,7 millones de libras de «Treasury Bills» y 214 de «War Certificates». Pero los tres gabinetes de guerra, dirigidos por liberales, Henry Asquith y, desde el 7 de diciembre de 1916, David Lloyd George, han vacilado tanto menos en aumentar el impuesto sobre la renta, del 5,8 % en 1914 al 30 en 1918, por cuanto unos años antes habían luchado duramente para establecer una supertasa y una tasa del 20 % sobre las plusvalías en las mutaciones (aprobadas en los Comunes el 4 de noviembre de 1909, por 379 votos contra 149, rechazadas por los Lores, el 30 de noviembre, por 349 votos contra 134, y finalmente impuestas en la Cámara alta, a pesar de un fracaso liberal en las elecciones de 1910 —en relación con las del 12 de enero de 1906, con 273 conservadores en vez de 157, 275 liberales en vez de 379, 40 laboristas en vez de 51, más 82 irlandeses—, fracaso apenas enmendado por la consulta siguiente, tras la disolución en diciembre de 1910, que igualó a los dos grandes partidos a 272 escaños). También habían impuesto la reforma constitucional, aprobada por los Comunes, por 362 votos contra 241, el 15 de mayo de 1910, obligando a los Lores a capitular, por 17 votos de mayoría, el 11 de agosto. La institución del sufragio universal, en febrero de 1918 (a partir de los veintiún años para los hombres y de treinta para las mujeres), vino a completar el juego de las leyes fiscales, el refuerzo del control del Estado sobre la economía (comercio exterior, transportes marítimos, fabricaciones de guerra, abastecimiento, limitación de alquileres, etc.), con la presencia de representantes laboristas, tales como sir Arthur Henderson en 1916, en el seno del gobierno. Todos esos factores contribuyeron a operar en la sociedad británica, a favor de la guerra, profundas transformaciones, a reducir los medios de la «gentry», a nivelar las fortunas, a democratizar a las clases dirigentes.

Quebrantada en su Imperio

Las sacudidas del conflicto han afectado también al Imperio. Irlanda ha conquistado su independencia. A pesar de la resistencia de los orangistas del Ulster, el proyecto de «Home Rule», prometido a los electores en 1910, establecido en abril de 1912, había sido votado ciertamente en marzo de 1914, y el rey Jorge V se había esforzado en evitar un choque fatal entre los dos clanes convocando a sus jefes (John Redmont, nacionalista, Edward Carson, ulsteriano) a una conferencia que, el 21 de julio de 1914, decidió reducir a cuatro condados el territorio del Ulster. A pesar de esas precauciones, los disturbios provocados por los dirigentes extremistas del «Sinn Fein» (James Connally, por ejemplo, tan socialista como nacionalista), ensangretaron Dublin durante las fiestas de Pascua, en 1916. Sesenta mil hombres los reprimieron; se produjeron quince ejecuciones y millares de detenciones. Y la lucha se reanudó en enero de 1919. La «Sinn Fein» proclamó la independencia del «Eire», bajo la presidencia de Eamon de Valera: 3.000 hombres del ejército republicano hicieron frente, en 1920 y 1921, a la policía especial, «Black and Tan», y a los 30.000 soldados enviados para reforzarla. La actitud conciliadora del rey Jorge V y las negociaciones conducidas por Winston Churchill y el general Smuts permitieron finalmente la conclusión de un arreglo. El acuerdo del 11 de diciembre de 1921 admitió la independencia del Estado libre de Irlanda, del cual quedó separado el Ulster.

Por su parte, los Dominios, reconocidos como «naciones autónomas» en un Commonwealth imperial en 1917, representados en Londres por unos delegados e incluso, en el seno del gabinete de Guerra, por el general sudafricano Smuts, se mostraban cada vez más decididos a dirigir por sí mismos sus propios asuntos —los de origen británico—, o pretendían incluso la independencia, como hicieron en enero de 1919 los colonos holandeses del Transvaal y de Orange (en número de 800.000 en presencia de 480.000 ingleses de un total de un millón y medio de europeos, frente a 5.000.000 de negros, 200.000 hindúes y 60.000 chinos). En cuanto a la gente de color, se sublevaba abiertamente contra la tutela británica. Con sus 320 millones de habitantes en 1919, la India había suministrado a Inglaterra 683.000 combatientes (casi tantos como todo el Imperio francés: 690.000). En recompensa de aquellos servicios, había recibido de lord Montagu y del virrey lord Chelmsford, en julio de 1918, la promesa de una reforma constitucional que implicaría la elección de asambleas censatarias. Pero las cosas se envenenaron cuando, respondiendo al llamamiento de Ghandi, se desencadenó una huelga general en 1919, cuando el movimiento de «desobediencia civil» adquirió amplitud y los disturbios de Amritzar desembocaron el 10 de abril en la matanza de 379 manifestantes. Protestando contra el protectorado establecido por Inglaterra a favor de la guerra, en noviembre de 1914, Egipto también se agita. La detención de Zaghloul Pachá, en marzo de 1919, va acompañada de tres semanas de disturbios. Sin embargo, Londres no se decide a renunciar parcialmente al protectorado hasta el 28 de febrero de 1922, no sin formular importantes reservas relativas al Sudán, al canal de Suez, a la defensa nacional y a la política exterior.

Retroceso en el Cercano Oriente y en Turquía

Vuelto al gabinete como ministro de las Municiones el 16 de julio de 1917, antes de ser nombrado para la Guerra y el Aire, y transferido a las Colonias en enero de 1921, Winston Churchill se esfuerza en mantener la presencia británica en todos los países musulmanes del Cercano Oriente, centros de explotación de los petróleos. Sin obtener el mismo éxito en todas partes. En Libia, sus protegidos los senussis y su jefe, Mohamed Idriss, habían concluido un arreglo con Italia, en Kellet-Ez-Zeituna, pero, rompiendo el acuerdo de Regina de octubre de 1920, Mussolini logra ocupar el cuartel general de Said Idriss en abril de 1923. En el Irak, 100.000 soldados británicos, ocupando el país, consiguen instalar en el trono al emir Feisal en agosto de 1920 y legalizar el régimen mediante la reunión de una asamblea constituyente en octubre de 1922; en cambio, Ibn Saud y sus puritanos wahabitas expulsan al jerife Hussein de La Meca y se anexionan el Hedjaz en 1925: Londres tendrá que inclinarse y reconocer en 1927 la legitimidad del reino de Arabia saudita. Por otra parte, Ibn Saud no tendrá más fortuna que su predecesor Hussein en su tentativa de reconstruir el califato, abatido en Turquía.

En el Asia Menor, en efecto, los designios de Londres han sido desbaratados por la acción nacionalista y revolucionaria de Mustafá Kemal, el defensor de los Dardanelos. Nacido cerca de Salónica, brillante alumno de las academias militares de Monastir, de la «Harbia» y de la Escuela Superior de Guerra, imbuido de «ideas francesas» por su amigo Fethi el Macedonio, detenido a finales de diciembre de 1904 como afiliado a la sociedad secreta «Vatan» y más tarde al movimiento de los «Turcos Odchagis», Kemal, destinado al Estado Mayor de Salónica en el otoño de 1907, aunque iniciado en la Logia «Vedata» con sus amigos de «Unión y Progreso», pero mal visto de Enver, del judío renegado Djavid y del albanés Niazi, no había podido alcanzar los altos grados de la Francmasonería: permaneció, pues, al margen de la revolución de 1908. Su hora sólo sonó con la derrota, cuando Mohamed VI (sucesor de su padre Mohamed V en julio de 1918) y sus grandes visires Tewfik pachá y luego su propio cuñado Damad Farid, cediendo a la voluntad de los ingleses, disolvieron el Parlamento y lograron oponer al Congreso reunido en Sivas el 13 de septiembre de 1919 una nueva asamblea que, trasladada de Angora (27 de diciembre de 1919) a Estambul, tuvo la osadía de votar un «pacto nacional», el 28 de enero de 1920, y la abolición de las capitulaciones, pero se vio reducido a la impotencia, el 16 de marzo, por el ejército británico de ocupación (100.000 hombres), que deportó a Malta a un centenar de diputados y sofocó enérgicamente los motines que se produjeron a continuación (23 muertos y 100 heridos).

Entonces, al gobierno fantoche de Estambul, «prisionero», Kemal, que, desembarcado en Samsoun el 19 de mayo de 1919, había sabido ganarse el apoyo de los jefes militares reunidos en Amassia, opuso a su vez un Consejo ejecutivo nombrado por una nueva asamblea elegida y convocada gracias a sus esfuerzos en Angora (29 de abril de 1920). Pero el ejército de los Fieles del Califa había reducido prácticamente su influencia a aquella región central, cuando la firma del tratado de Sèvres (10 de agosto de 1920) terminó de desacreditar al Sultán. Decidido a evitar el desmembramiento del Asia Menor, Kemal y el II ejército de Kiazim Kara Bekir (6 divisiones, 50.000 hombres)

aplastaron a la Armenia independiente, persiguiendo a las «Legiones de Juventud», asesinando a más de la mitad de los habitantes (en septiembre-octubre) y, con el apoyo de los rusos, que en noviembre penetraron en Erivan, reconquistaron no sólo las provincias turcas (Trebizonda, Erzerum, Mersh, Bitlis y Van), sino también los distritos de Kars, Ardahan y Artwin, cercanos a Batum (tratados de Gümrü y de Moscú, 16 de marzo de 1921). Luego, castigaron duramente a los kurdos, que pretendían organizarse en «territorio autónomo» (y que reanudaron la lucha con el cheik Said e inmovilizaron 7 y luego 9 divisiones turcas, desde 1923 hasta 1925). Liberaron la zona meridional del país colocada bajo la influencia francesa (Diarkebir, Malatia, Sivas, Adana), cuyas guarniciones, cercadas ya en Ourfa y en Ain Tab, tuvieron que abandonar también Marash y Bozanti en Cilicia (enero de 1921). Desalojaron a los italianos de la zona del Sudoeste (desde Konieh-Afiun-Karahissar-Kutaya hasta el puerto de Antalya). Expulsaron al ejército del Califa del sur y amenazaron con capturar los restos alrededor de Estambul entre los dos brazos de una tenaza formada por los cuerpos de ejército de Jaffar Tayar en Tracia y el de Ali Fuad hacia Ismid, en la orilla asiática.

Desmovilizados los ejércitos Aliados, Lloyd George y sus segundos, Clemenceau y Orlando, para intentar salvar las estipulaciones del tratado de Sèvres decidieron jugar la carta griega (200.000 hombres bien armados, cuyos primeros elementos habían desembarcado en Esmirna el 15 de mayo de 1920 para ocupar la zona que les correspondía, el antiguo reino de Lidia, en el Oeste)... y la perdieron. Sin embargo, en la segunda quincena de julio de 1920, el ejército griego había liberado Constantinopla, rodeado al I Cuerpo de Ejército turco en Tracia, ocupado Andrinópolis, rechazado a Fuad de Ismid, pero, en el Asia Menor, avanzando en dos columnas para cortar la vía férrea Norte-Sur en Eski Shehir y Afion Karahissar, había sido rechazado por dos veces (los días 9 y 10 de enero y 30 de marzo-1 de abril de 1921) en Inönü por las tropas de Ismet (16.000 hombres contra 40.000). Reanudando su avance el 7 de julio con 96.000 hombres contra 45.000 había hundido las líneas enemigas en Afion y Kutaya, obligando a los turcos, amenazados de cerco en Eski Shehir, a un repliegue de 300 quilómetros sobre el río Sakharya, a medio camino de Angora. Allí se libró, del 14 al 28 de agosto, una batalla encarnizada que agotó a los dos adversarios hasta el punto de que el general Papoulos tuvo que desandar con sus tropas, devastando el país, el camino recorrido (13 de septiembre). Cuando se entabló la batalla definitiva, un año más tarde, los griegos (132.000 hombres del general Tripoulis) estaban desmoralizados y los turcos (103.000 hombres) habían reorganizado sus fuerzas gracias a la tregua de Bozanti y a un acuerdo secreto concluido por Franklin-Bouillon en Angora, el 10 de octubre de 1921, que liberó su ejército de Cilicia (80.000 hombres) y les suministró el armamento de 40.000 soldados. Los días 26-27 de agosto de 1922, una masa de 11 divisiones (de un total de 12 turcas), hundiendo el centro del frente defendido por 4 de las 9 divisiones griegas en juego, las partió en dos al ocupar la posición de repliegue de Dumlü-Pünar y provocó la caída de Afion Karahissar y la derrota de los griegos, que huyeron hasta el mar, abandonando 100.000 prisioneros, entre ellos su general en jefe. El 9 de septiembre, el «Ghazi» hizo su entrada en Esmirna, entregada al pillaje, a la matanza y a un incendio que duró tres días. Para desempeñar el papel de árbitro, Francia abandonó al aliado británico. El almirante Dumesnil, el general Pellé y Franklin-Bouillon prepararon la conferencia de Moudania, que permitió la firma de un armisticio

el 11 de octubre. Y los franceses, abandonando sus posiciones de Tchanak (el 18 de septiembre), obligaron a los ingleses de sir Charles Harrington a dejar pasar a los turcos encargados de volver a ocupar Estambul (29 de septiembre). En París, lord Curzon se enfureció tanto al recibir la noticia que fue víctima de un síncope. En cuanto a Lloyd George, acusó duramente el golpe y presentó la dimisión el 19 de octubre.

Cuando la conferencia destinada a revisar el tratado de Sèvres se reunió en Lausana, el 21 de noviembre de 1922, Mohamed VI había perdido su trono. Su pretensión de enviar como representante a Tewfik, en competencia con los delegados de Angora, le resultó fatal. La asamblea, en medio de un escándalo tan mayúsculo que la sala tuvo que ser evacuada, abolió el sultanato (1 de noviembre) y expulsó al soberano el 17 de noviembre. (El Califa Abdul Mejdid, comprometido por una desafortunada intervención del Aga Khan y del emir Ali, de la India, en favor suyo, correrá la misma suerte el 3 de marzo de 1924.) Negociador del armisticio, el general Ismet tuvo la habilidad de ponerse de acuerdo con Venizelos con vistas al intercambio de 1,4 millones de griegos del Asia Menor (quedaban 90.000 en Constantinopla) contra 400.000 turcos de Tracia. Cediendo a las exigencias de lord Curzon sobre Mossul y sobre el régimen de desmilitarización de los Estrechos, obtuvo la abolición de las Capitulaciones y la supresión del Control de la Deuda, y una rectificación de frontera en Europa (7) con la restitución de Andrinópolis.

(7) Liquidados así los elementos heterogéneos y establecida la capital en Ankara, en el centro de Anatolia, el 13 de octubre de 1923, el nacionalista Kemal Atatürk, discípulo de Ziya Gokalp, teórico de los «Jóvenes Turcos» desde 1908 hasta 1919, tras haberla secularizado, emprende la tarea de europeizar a Turquía (adoptando los códigos civil suizo, penal italiano, comercial alemán, el sistema métrico decimal, el calendario gregoriano, los caracteres latinos —en julio de 1928—, prohibiendo llevar el fez —julio de 1926—, emancipando a las mujeres...). Para modernizarla políticamente, emplea medios dictatoriales: las elecciones de septiembre de 1923, organizadas por Fevzi y los comités locales de resistencia, no han dado la mayoría a su partido «republicano del Pueblo», por lo que se decide a imponer su autoridad presidencial, a pesar de un 40 % de abstenciones, en la Asamblea, el 29 de octubre de 1923. Y cuando se aparta de ella para suscitar, con Fethi el macedonio y 12 ex diputados, en agosto de 1930, una «oposición de S. M.» con un partido republicano liberal, las algaradas, las huelgas, las insurrecciones (en Menemen, cerca de Esmirna, y en el Kurdistán) le obligan a imponer el estado de sitio y a volver al partido único en 1932. Para equiparla y desarrollarla económicamente, instituye un Banco central y unos establecimientos especializados («Sumer Bank», «Eti Bank»), pero, temiendo un vasallaje del tipo «Deuda otomana», se niega obstinadamente a recurrir a la alta finanza extranjera, lo que le vale serios disgustos: en julio de 1926, escapa en Esmirna de un atentado y desbarata la conjura tramada contra él por el judío renegado Djavid (ex tesorero de «Unión y Progreso», ex ministro de Finanza «joven turco»), haciendo ahorcar con él a 10 de sus mejores compañeros de armas (Refet, Ali Fuad, Kiazim Kara Bekir, Aduan, e incluso a su confidente, el coronel Arif; el único que logró escapar es Raul), el 7 de agosto de 1926, a pesar de la intervención de los Rotschild de Viena, de los Sassoon de Londres, de las asociaciones judías norteamericanas y de Albert Sarraut. De todos modos, la obra realizada por Kemal Atatürk (fallecido el 10 de noviembre de 1938) y por su sucesor Ismet Inönü puede calificarse de impresionante, desde el punto de vista del desarrollo de Turquía, cuya población, reducida a 10 millones de habitantes en 1923, ascenderá a 23 millones en 1954. En la agricultura, la superficie cultivada pasa de 1,8 millones de hectáreas en 1925 a 10,8 en 1953, la producción de cereales de 0'85 millones de toneladas en 1926 a 13,56 en 1953; el cultivo del algodón de 45.000 a 670.000 hectáreas. En la industria, la producción azucarera aumenta de 25.000 toneladas en 1926 a 200.000 en 1953; la de cemento de 80.000 toneladas en 1928 a uno y más tarde a dos millones; la de hulla alcanza en 1954 los 6,5 millones de toneladas; la de hierro, 5 millones; cromo, 800.000; manganeso, 80.000. Se montan centrales eléctricas, fábricas textiles y de productos químicos. La red de carreteras pasa de 8.000 quilómetros en 1930 a casi 50.000 (26.000 de primer orden) en 1954. La red ferroviaria se duplica (de 3.500 quilómetros a 7.000). Etcétera...

Dueños de las islas Bahrein desde 1892 y de Kuwait desde 1899, en el Golfo Pérsico, los ingleses han adquirido en el Irán las acciones de Arcy y han creado la «Anglo-Persian». En mayo de 1914 han ocupado militarmente el Seistan (su zona de influencia reconocida por el acuerdo de 1907), y no lo han evacuado hasta agosto de 1919, a cambio del mantenimiento de una misión de expertos; pero el sha ha suspendido la aplicación del tratado en junio de 1920, y el coronel Riza khan, autor del golpe de Estado del 21 de febrero de 1921, aunque planta cara a los rusos y les obliga a evacuar Enzeli, expulsa también a 12.000 británicos, antes de destronar a su soberano en 1926, de firmar un tratado de no agresión con la U. R. S. S., cuyas veleidades de injerencia corta en octubre de 1927, al tiempo que reclama la colaboración de expertos financieros norteamericanos. El vecino Afghanistan, cuyo emir se ha sacudido el protectorado británico en 1919, firma también por mano de su rey Amanullah un pacto con la U. R. S. S. en abril de 1927, en espera de que Nadir khan, llevado al poder por una revuelta en octubre de 1929, expulse a su vez a los consejeros rusos.

Inglaterra refuerza su unidad nacional y se orienta hacia la reanudación de los negocios

Con más o menos fortuna, pues, la Gran Bretaña se esfuerza en mantener en ultramar su prestigio quebrantado por el conflicto. Pero el éxito final de la empresa depende ante todo de la reanudación de las grandes corrientes de negocios en Europa. La City sabe que únicamente así podrá conservar su puesto de mercado del dinero, de almacenista, de centro de intercambio y de transportista de materias primas y de productos manufacturados. Y, con su trabajo, los medios para exportar y para pagar los productos necesarios para la vida de su pueblo. En conjunto, la guerra ha contribuido más bien a reforzar la solidaridad nacional, reflejo de defensa instintivo en los ingleses. A pesar del compromiso asumido en abril de 1915 de no recurrir a la huelga (prohibida por la «Munitions of War Act»), y de la autorización concedida en contrapartida (por la «Central Labor Munitions Act» de julio de 1915) de elegir delegados de taller en las fábricas (lo que Lenin, tomando sus deseos por realidades, ha interpretado erróneamente como un preludio de la instauración de «soviets»), han surgido conflictos sociales, e incluso huelgas: la de 200.000 mineros, reclamando, el 14 de julio de 1915, un aumento de salarios del 10 %; en agosto de 1915, la de 45.000 obreros de los astilleros de la Clyde, excitados por John Mac Lean (del «British Socialist Party»), que obtuvieron la mitad de la mejora reclamada y un convenio colectivo, aunque lo pagaron con una multa colectiva y la detención de 17 dirigentes, entre ellos Muir, Gallacher, Bell y algunos redactores del periódico *Forward* (20 de mayo de 1919); y las desencadenadas en mayo de 1917 en el Lancashire, y en Sheffield, Coventry y Londres.

Algunos de los extremistas manifestaron la intención de trasladarse a Zimmerwald, del 5 al 8 de septiembre de 1915 (Fairchild y Bruce, amigos de Theodore Rothstein): el gobierno, al igual que en Francia, les negó pasaportes, lo mismo que al ministro Arthur Henderson, que quería asistir a la Conferencia sindical de la II Internacional en Estocolmo, lo que provocó su dimisión (8 de junio de 1917). Pero, en octubre de 1917, únicamente el «British Socialist Party» marxista apoyó abiertamente a los bolcheviques,

dando acogida a un mensaje de Maximo Litvinov y declarándose dispuesto a participar en las negociaciones de Brest-Litovsk. Después del armisticio, en la primavera de 1919, los mineros se limitaron a reclamar que cesara la intervención contra los Soviets; la conferencia del Labour Party les imitó en junio y, durante el verano, en Manchester, Tom Mann, Gallacher y otros constituyeron un Comité: «Hands off Rusia!» Simultáneamente, la agitación, conducida en Glasgow por Emmanuel Shinwell, James Maxton y Kirkwood, volvía a afectar a la Clyde, ahora reclamando la semana de cuarenta horas, y 300.000 obreros seguían el movimiento en el Lancashire, pidiendo un aumento y las cuarenta y ocho horas. Por su parte, los ferroviarios interrumpieron el trabajo durante nueve días, por motivos corporativos (27 de septiembre de 1919). En cuanto a los mineros Tom Mann (de los mecánicos) y su jefe Frank Hodge, partidarios de una huelga general, tuvieron que inclinarse ante la oposición del Congreso sindical del 11 de marzo de 1920 (J. H. Thomas, Tom Shaw, J. R. Clynes), y contentarse con el proyecto de nacionalización, presentado el 20 de junio de 1920 por el juez Sankey, encargado de una encuesta por la «Coal Industry Comission Act» del 26 de febrero de 1919. El «British Socialist Party», a instancias de Theodore Rothstein, se afilió, junto con el «Independent Labour Party», a la Internacional Comunista, después de las elecciones de 1918, seguidos de gropúsculos tales como la «Workers' Socialist Federation» y la «South Wales Socialist Sty», en junio de 1919, en espera de que viera la luz un partido comunista inglés, los días 31 de julio y 1 de agosto de 1920. En su inmensa mayoría, los afiliados a las Trade-Unions, cada vez más numerosos (2.250.000 en 1914; 4.500.000 en 1918; 6.500.000 en 1920), depositaban sus esperanzas en las ventajas concretas que el acceso al poder del partido laborista no dejaría de reportarles, es decir, en un progreso social realizado pacíficamente por unas vías democráticas.

Sin embargo, las elecciones, precipitadas con muy buenos motivos por el gobierno británico, deseoso de hacerse apoyar en las negociaciones de paz por una opinión pública sólida, no le fueron favorables. De un total de 607 escaños, la coalición obtuvo 478 (344 conservadores, 133 liberales, 11 independientes) y la oposición solamente 129 (de ellos, 65 laboristas), el 1 de diciembre de 1918. Asquith había sido derrotado. En el seno del gabinete, Lloyd George chocaba violentamente con Churchill. El primero había hecho campaña con la consigna «¡Ahorquemos al Kaiser! Alemania pagará!», sin decir una sola palabra de los Soviets, en tanto que el segundo, literalmente desencadenado contra ellos, reclamaba «la paz con el pueblo alemán; la guerra a la tiranía bolchevique»; y, nombrado ministro de Defensa, suministraba a los rusos blancos y azules material y víveres. Pero la City velaba. El belicoso ministro de la Guerra fue transferido a las Colonias en enero de 1921, y el ardiente galés, poniendo sordina a sus efectos oratorios, se adhirió de buena gana a los puntos de vista del economista sir John Maynard Keynes, consejero de la Tesorería, que preconizaba en su libro *Las consecuencias económicas de la paz*, publicado a finales de 1919, la renuncia a las reparaciones, el restablecimiento del comercio mundial y el aseguramiento del pleno empleo, en un país en el que el paro forzoso se instalaba como mal endémico con 500.000 parados a finales de 1920, 1.300.000 en marzo de 1921 y 2.500.000 en julio. La coalición de dirección liberal se resquebrajaba. Ni Churchill ni los conservadores le perdonaban el fracaso experimentado en Turquía. Los «torys», reunidos en el «Carlton Club» por iniciativa de Stanley Baldwin, presidente del «Board of Trade», decidieron por 187 votos contra 87, el 19 de

octubre de 1922, retirarse del gabinete, provocando con ello la dimisión de Lloyd George, reemplazado por el escocés canadiense Andrew Bonar Law, firmemente apoyado por su compatriota lord Beaverbrook (23 de octubre). Se iniciaba el ocaso del partido liberal. En las elecciones siguientes (octubre de 1922), Churchill mordió el polvo y los dos grupos de Asquith y de Lloyd George sólo obtuvieron en conjunto 117 escaños, contra 130 de los laboristas. La oposición de Su Majestad cambiaba de signo. Aunque el número de parados descendió a 1.300.000, el «Labour Party» obtuvo 4.250.000 votos (en tanto que en 1910 había obtenido un millón y en diciembre de 1918, 2.250.000). Bonar Law, enfermo, tuvo que ceder el puesto en mayo de 1923 a Stanley Baldwin, y éste, proteccionista, con «tendencia imperialistas», había sido atacado duramente por lord Curzon a raíz de una nuevas elecciones fijadas para el 7 de diciembre de 1923. El partido laborista fue el gran beneficiado: con 5 millones y medio de votos, conquistó 191 escaños y, por primera vez, gracias a la alianza de 158 liberales, contra 258 conservadores, el poder. El 21 de enero de 1924, James Ramsay Mac Donald formó un gabinete mixto. De muy breve duración, por otra parte. A propósito de un procedimiento judicial contra un periódico comunistoide, denegado por los liberales, aquella frágil coalición tropezó en el primer obstáculo. Disuelta la Cámara el 9 de octubre, las elecciones siguientes (el 29) significaron una aplastante derrota para los liberales, reducidos a 40 diputados, y un sensible retroceso para los laboristas, que sólo obtuvieron 151 escaños, y llevaron a Westminster una masa compacta de 404 conservadores. Al «espantajo» de la «carta roja» de Zinoviev, incitando a la insurrección a los comunistas británicos, argumento-clave de los «tories», el inglés medio respondió unánimemente.

En el gabinete formado el 4 de noviembre por Stanley Baldwin, Churchill, elegido esta vez como conservador (cansado de haber sufrido dos derrotas como liberal, en 1922 contra un radical y en 1923-24 contra un laborista, cambió de etiqueta), fue nombrado para el puesto-clave de canciller del Tesoro. La experiencia demostró que la elección no fue acertada. Demasiado sensible a las sugerencias de los banqueros, restableció la convertibilidad de la libra esterlina a la paridad-oro de antes de la guerra (abril de 1925) y se lanzó a una política de deflación de desastrosas consecuencias: retroceso de las exportaciones (especialmente las del carbón, 799 millones de libras en 1919, aumentadas únicamente a 865 en 1924); déficit de la balanza comercial; recrudecimiento del paro (1 millón en 1921; 2 en 1922; 1,51 en 1923; 1,26 en 1924 y 1,49 en 1926); resistencia de los trabajadores a la baja de los salarios. En marzo de 1926, los mineros protestaron, mientras una comisión de encuesta presidida por sir Herbert Samuel (el sionista) llegaba a la conclusión de que había que nacionalizar las hulleras (11 de marzo), y el 5 de mayo intentaron desencadenar una huelga general, evitada por la conclusión de un compromiso, el 12. Aunque los portuarios con Ernest Bevin, los ferroviarios y el Consejo general de las Trade-Unions les apoyan, se ven obligados a aceptar, al cabo de seis meses, una reducción de salarios del 10 %, agravada por la obligación de una hora suplementaria de trabajo por día. A fin de prevenir la repetición de una sacudida semejante, el gabinete conservador adopta la precaución de hacer condenar por la ley del 29 de julio de 1927 cualquier huelga que no presente un carácter estrictamente corporativo, y no vacila en romper durante tres años las relaciones diplomáticas con los Soviets (restablecidas por Lloyd George el 16 de mayo de 1921), a raíz de un registro que conduce al descubrimiento de unas pruebas de espionaje en la sede de la

delegación comercial bolchevique en Londres, en 1927. Pero su esfuerzo de deflación ha comprometido su crédito cerca de la opinión, hasta el punto de que el escrutinio del 31 de mayo de 1929 (esta vez, la edad límite para las mujeres ha sido rebajada a veintiún años) envía a Westminster a 287 laboristas, 260 conservadores y 60 liberales. Baldwin dimite y Ramsay Mac Donald vuelve a empuñar el timón. En tales condiciones, ¿cabe asombrarse de que, enfrentados con unas persistentes dificultades económicas, y reducidos a una existencia bastante precaria, los diversos gobiernos que se sucedieron en el número 10 de Downing Street en el curso de la postguerra prestaran un oído complaciente a las sugerencias transmitidas por Wall Street a la City? Su preocupación principal era la de restablecer a toda costa las corrientes comerciales aniquiladas por la guerra, y sobre todo por la revolución bolchevique.

* * *

La América enriquecida hace frente a la reconversión

Desde luego, el pueblo norteamericano saludó con alegría el cese de las hostilidades, pero consideró un poco la victoria como la de unos vecinos en cuya ayuda había acudido más que como la suya propia, y, deseoso de no volver a encontrarse mezclado en los asuntos de una Europa desquiciada y llena de acechanzas, no confía ya en Wilson ni en los que le rodean, que ya le han engañado una vez acerca de sus intenciones. Por otra parte, sus «businessmen» sólo piensan en volver a la normalidad «back to normalcy», y en romper la argolla que, amparados en el conflicto, los financieros han colocado alrededor de su cuello. Votan, pues, en «republicano». Lo mismo en las elecciones que dan a este último partido una mayoría de 22 votos en el Senado (en vez de 2) en marzo de 1919, y de 164 (en vez de 39) en la Cámara de Representantes, que en las presidenciales de noviembre de 1920, en las que Warren Harding (senador por Ohio desde 1914), designado en la décima vuelta por la Convención de Chicago del 8 de junio, triunfa por 414 mandatos (y 16.152.000 votos) contra 127 (y 9.147.000 votos) sobre los candidatos demócratas Cox y Flanklin Delano Roosevelt, nombrados en San Francisco el 9 de junio.

Liquidación de la guerra y reconversión: tales son las tareas esenciales del gobierno. El conflicto ha costado a los Estados Unidos alrededor de 35.000 millones de dólares. Gracias al aumento del impuesto sobre la renta y a la creación de una tasa sobre los beneficios de guerra, los ingresos fiscales, limitados a 735 millones de dólares el 30 de junio de 1914, han alcanzado 1.118 millones en 1917, 4.174 en 1918 y 4.648 en 1919. Cinco empréstitos a un interés del 3 1/4 al 4 1/2 %, cuatro llamados de la Libertad y el último de la Victoria, han proporcionado el resto, es decir, alrededor de 22.500 millones de dólares (54 %). La Deuda federal ha pasado de 1.193 millones en 1914 a 26.596 a finales de agosto de 1919. El presupuesto, de 617,38 millones en 1913 a 4.860 en 1920. Tal es el reverso de la medalla, el pasivo de la operación. El secretario del Tesoro, Andrew Mellon (ligado al mismo tiempo a las bancas Morgan y Kuhn-Loeb, y que controla negocios por valor de 4.200 millones de dólares) y el banquero Ch. G. Dawes, de Chicago, nombrado para el nuevo cargo de director del presupuesto, inician su tarea haciendo aprobar la ley presupuestaria del 10 de junio de 1921. Quieren abolir la tasa sobre

los beneficios de guerra —lo que acepta la Cámara—, pero la misma Cámara se niega a reducir las sobretasas del 50 al 25 %, y las mantiene al 40 % para las categorías superiores, y las aumenta del 10 al 12 % sobre los beneficios de las sociedades (las cuales se beneficiarán, a pesar de todo, de unas reducciones de impuestos por valor de 6.000 millones de dólares). Todo lo cual no será obstáculo para que la deuda se reduzca a 16.185 millones de dólares, el 30 de junio de 1930.

En la cara de la medalla, es decir, en el activo, conviene situar el aumento considerable de las exportaciones: 2.329 millones de dólares en 1914 (de ellos, 814 a América del Sur), 2.716 en 1915, 4.272 en 1916, 5.920 en 1918 (2.332 a América del Sur, en 1919). Los excedentes se cifran en 9.500 millones de dólares desde 1914 a 1918. Es cierto que, cuando Europa reanuda el trabajo y restablece sus fuerzas, empieza la recesión en mayo de 1920: las exportaciones retroceden entonces a 4.379 millones en 1921, y las importaciones de 5.278 en 1920, caen a 3.113 en 1922. Como consecuencia de aquella prosperidad temporal, los Estados Unidos, que poseían 16.000 millonarios en 1917, cuentan con 20.000 en 1920 (entre los cuales Andrew Mellon figura en segunda o tercera fila). La renta nacional se ha duplicado con creces (33.000 millones de dólares en 1914, 61.000 en 1918, 72.000 en 1920). La riqueza nacional ha pasado de 186.300 millones de dólares en 1912, a 320.800 millones en 1922. Las inversiones en el extranjero, de 2.500 millones en 1914 a 3.993 en 1920, 9.090 en 1924 y 13.500 a finales de 1927 (8). Además, han acaparado la mitad del oro del mundo y conquistado el mercado de capitales, convirtiéndose en el principal acreedor del viejo continente. Han anticipado a los Aliados, en total, 10.400 millones de dólares: 4.166,3 a la Gran Bretaña (cuya deuda se ha multiplicado por 10), 2.950,7 a Francia (deuda multiplicada por 7), 1.648 a Italia (deuda multiplicada por 6) y 855,3 a Bélgica. Finalmente, han conquistado, desde el punto de vista naval, el primer puesto, *ex-aequo* con la Gran Bretaña: el tratado concluido en Washington el 6 de febrero de 1922 reconoce a cada una de los potencias anglosajonas el coeficiente 5, fijando el del Japón en 3 y limitando a 1,75 los de Francia e Italia. Indiscutiblemente, en todos los terrenos, se encuentran a la cabeza de las potencias mundiales.

La agitación obrera se apacigua

Pero no por ello dejan de tener problemas internos muy graves que resolver. El de la reconversión en primer lugar. Reinserción en la economía de cuatro millones y medio de desmovilizados. Readaptación de las industrias de guerra, cuyos stocks acumulados no pueden ser liquidados sin pérdidas. Abolición de todas las Oficinas del Estado, cuya dirección, en el aspecto administrativo, ha sido confiada por Wilson a Bernard Baruch y consortes. Lucha al mismo tiempo contra el alza del coste de la vida (de 50 a 77 % a mediados de 1919, en comparación con 1913) y, en sentido contrario, contra la caída de los precios agrícolas (de 2,15 dólares en diciembre de 1919 a 1,44 en diciembre de 1920 para el trigo; de 36 dólares la libra a 14 para el algodón), lo que implica la anulación de algunos derechos de aduana por la tarifa

(8) Sus inversiones exteriores privadas aumentaron de 6.995,6 millones de dólares en 1919 a 17.000 millones en 1929.

Fordney-Mac Cumber de los días 21 de julio de 1921 (en la Cámara) y 21 de septiembre de 1922 (en el Senado). Revalorización de los salarios reales, caídos de 100 en 1913 a 92,9 en 1918, para situarse en 97,7 en 1919, 112,2 en 1920 y 123 en 1921. Desde 1921 hasta 1928, aumentaron un 20 %. Manteniendo la paz social. El acercamiento capital-trabajo preconizado por Wilson no se ha visto coronado por el éxito: los representantes obreros se han retirado de la conferencia convocada del 6 al 22 de octubre de 1919, bajo la presidencia de Bernard Baruch (la A. F. L. cuenta entonces con 4.125.000 miembros, de un total de poco más de 5 millones de sindicados). Y los conflictos se multiplican: en el curso del año 1919, 3.630 paros laborales afectan a 4.160.000 obreros. Entre otros, en febrero, 60.000 de los astilleros de Seattle que, bajo la dirección de James A. Duncan, se entregan a violencias durante cinco días. El 9 de septiembre, los policías de Boston se declaran en huelga porque se les niega el derecho a afiliarse a la A. F. L.: el gobernador Calvin Coolidge les reemplaza por voluntarios y hace intervenir a la guardia nacional. El 22 de septiembre, los metalúrgicos, que trabajan hasta sesenta y nueve horas semanales, responden al llamamiento de un dirigente, William Z. Foster (de los «Industrial Workers of the World», comunista), y se declaran en huelga, en número de 250.000 y luego de 350.000; el movimiento, reducido por todos los medios posibles, languidece hasta enero de 1920 y termina con el retorno a la jornada de doce horas. El 1 de noviembre, los mineros de John L. Lewis, en número de 425.000, reivindican la semana de treinta horas y un reajuste de salario del 60 %; el gobierno Wilson les «conmina» el 8 a no interrumpir el trabajo y les hace conceder un aumento del 14 %, a partir del 31 de marzo de 1922, y luego del 27 %. En diciembre, la «American Federation of Labor» sintetiza sus reclamaciones en una Declaración de los Derechos del Trabajo, «Labor Bill of Rights».

Pero la depresión, más aguda a partir del verano de 1921, con casi 5 millones de parados, crea un clima poco favorable al movimiento obrero. Las huelgas fracasan: la de los talleres de ferrocarriles, el 1 de julio de 1922, protestando contra una reducción de salarios del 10 %, que los ferroviarios se niegan a apoyar, condenada el 1 de septiembre por el juez Wilkerson de Chicago, se traduce en una baja de efectivos de 400.000 a 225.000; la de los mineros de Lewis (1 de abril de 1922), que provoca violencias en Illinois, si bien logra un aumento del 10 % en las minas de antracita (22 de septiembre), tiene como consecuencia la defección de los 500.000 miembros de la Unión, reducidos a 150.000 en 1932. Aunque la «Railway Labor Act» reconoce en marzo de 1926 la legalidad de la huelga de ferrocarriles, las decisiones restrictivas del Tribunal Supremo y de los jueces, las «prescripciones» que llueven como granizo, desalientan a los sindicatos. La A. F. L. (dirigida, a la muerte de Samuel Gompers, en diciembre de 1924, por William Green, de la misma tendencia, «Odd Fellow», afiliado a los «Elks» y a la Francmasonería) ve disminuir el número de sus afiliados de algo más de 5 millones a 4 en 1920 y a 2.933.545 en pleno período de prosperidad, en 1929.

El gobierno Harding, si bien libera a Eugene Debs, mantiene a 1.500 dirigentes en prisión y expulsa a los agitadores extranjeros; el 29 de diciembre de 1919, 249 de ellos son expulsados a Rusia. Y cierra las puertas a los inmigrantes que la Ley de 1921 limita al 3 % de las cifras de 1910, y la del 26 de mayo de 1924 al 2 % de las de 1890, la de 1927 (en proporción de 150.000 en 1920) y la de 1929, a 180.000 por año en cifras absolutas según el origen

(la población de los Estados Unidos tiene 105.711.000 almas en 1920, 122.775.000 en 1930). Muy débil, el partido comunista es violentamente combatido por los miembros de la «American Legion» (ex combatientes) y del Ku-Kux-Klan (reorganizado por William J. Simmons, de Atlanta, en 1915, reducido a 5.000 afiliados en 1920, pero desarrollado posteriormente por Edward Young Clarke y Mrs. Elisabeth Tyler, hasta el punto de agrupar a 4 millones de miembros en 1925). A raíz de la conferencia celebrada en Chicago en 1921, la patronal decide hacer prevalecer el principio de la «open shop», es decir, de la libertad de contratación de los trabajadores, sin injerencia de ningún sindicato, favorece abiertamente la constitución de asociaciones profesionales autónomas, que el ministro de Comercio, Hoover, estimula por su parte. Aquellas «Company Unions», en número de una docena en 1917, serán alrededor de 500 en 1927 y agruparán a 1.400.000 trabajadores (o sea, casi la mitad de los efectivos de la A. F. L.), especialmente en la metalurgia, la electricidad, los servicios públicos y la limpieza. Sus miembros disfrutan de ventajas sociales (alojamiento, enseñanza, restaurantes, seguros, servicios médicos, vacaciones, etc.), tienen derecho a una participación en los beneficios en forma de acciones (obligatorias en las empresas U. S. Steel, Betlehem Steel, Eastman Kodak, Amer. Tel. and Telegraph Cy, Pennsylvania, New-York Central Railroads, Standard Oil, etc.), a veces incluso (Goodyears Tyre) a una representación cerca de la dirección. Un millón de ellos poseerán en el momento de la crisis de 1929 títulos por valor de mil millones de dólares.

«Enriqueceos»: corrupción, especulación, concentración

La exhortación de Guizot: «¡Enriqueceos!» parece haberse convertido en el slogan del régimen republicano. Llamado a reemplazar al presidente Harding, víctima de un ataque de apoplejía en San Francisco, el 2 de agosto de 1923, debido a la sobrecarga de trabajo que pesa sobre sus hombros, Calvin Coolidge, de Vermont, sale fortalecido del escrutinio de 1924. En vano Roosevelt ha logrado en la convención demócrata que Mac Adoo y Alfred Smith se retiren en favor de John Davis, de Nueva York, en julio de 1924. Davis sólo reunió 8.378.962 votos y 139 mandatos, y el senador de Wisconsin Robert La Follette (que, con el apoyo de la A. F. L. y de los agricultores había fundado en 1922, con un programa de nacionalización de los ferrocarriles y de la hidráulica, un partido progresista disidente), obtuvo 4.882.900 votos y 13 mandatos. Con 15.725.000 votos y 379 mandatos, el vicepresidente saliente triunfó con amplitud contra sus dos adversarios juntos. En la siguiente elección (26 de noviembre de 1928), el éxito de Herbert Clark Hoover (ingeniero de Iowa, antiguo jefe de la comisión de ayuda a Bélgica, de la «U. S. Food Administration», de la Ayuda a Europa, y ocho años ministro de Comercio) es aún más aplastante. Designado por la Convención de Kansas City y disponiendo de 9.400.000 dólares para su campaña, obtiene 21.392.000 votos y 444 mandatos contra 15.016.000 y 87 mandatos de su competidor demócrata, Alfred Smith (católico, elegido por la Convención de Houston, apoyado por «Tammany Hall», disponiendo de 7.100.000 dólares). Por otra parte, los republicanos poseen en marzo de 1929 una mayoría de 59 contra 36 en el Senado y de 270 contra 164 en la Cámara de Representantes. Ningún partido ha estado nunca más fuertemente asentado en Washington. Y nunca, tampoco, ha sido tan próspera la América del Norte. La ley fiscal «Revenue Act» de 1926 puede permitirse el lujo de reducir el impuesto sobre la renta, sus sobretasas

y los derechos sobre las sucesiones, del 40 al 20 %. La tasa de descuento es rebajada del 4 al 3,5 % en agosto de 1927. Las reservas-oro (1.926 millones en 1915) alcanzan 4.284 millones de dólares en 1929. Los depósitos bancarios se han hinchado, de 15.314 millones en 1920 a 28.485 en 1930.

Por desgracia, el desarrollo de los acontecimientos demostrará la vulnerabilidad del sistema. Algunos de sus fallos, muy visibles, se manifiestan de día en día. Desde que ha dejado de abastecer a Europa, la agricultura está en crisis. Los precios han bajado, desde 1919 hasta 1921, en la mitad para el trigo, el algodón y los cerdos, en casi la mitad para el ganado y en una tercera parte para el maíz. Mal organizados, dotados de pocas cooperativas, incapaces de dirigir sus propios negocios, los agricultores esperan que la administración acuda en su ayuda. Bajo el control de Eugene Meyer, el hombre de confianza de Baruch y de los Lazard, de agosto de 1921 a 1925 y, de nuevo, por mediación del «Federal Farm Loan Board» que dirige Meyer, de 1927 a 1929, se adoptan una serie de medidas en favor de los agricultores («Agricultural Credits Act» de marzo de 1923, crédito de 5 millones de dólares a disposición de los «Federal Intermediate Credit Banks»; creación de un Fondo de Compensación para el mantenimiento de los precios en febrero de 1927; «Agricultural Marketing Act» de 1929; circulación de fondos con entrega de 500 millones de dólares al «Federal Farm Board» para estimular la creación de cooperativas; reabsorción de excedentes por la «Grain and Cotton Stabilizing Corporation»). A pesar de todo esto, la renta agrícola total, 4.400 millones en 1914, hinchada a 9.600 en 1918 y hasta 12.000 en 1919, se hundirá a 5.200 en 1932.

Otro vicio del régimen, la corrupción, plaga de las grandes ciudades, que ha adquirido proporciones alarmantes con las leyes de prohibición del alcohol (enmienda 18.ª, del 29 de enero de 1919). Después de Filadelfia, donde imperaba desde 1903, se extiende a Chicago, bajo William H. Thompson (alcalde desde 1915 hasta 1931, salvo el intervalo de William E. Dever, desde 1923 a 1927) y a Nueva York, bajo Boss Tweed y Boss Crocker, en los años 20, en que infesta los tribunales (los jueces elegidos son, en la mayoría de los casos, hombres de paja de los «gangsters»). Senador con el apoyo de «Tammany Hall» y gobernador del Estado en 1928 sin aquel apoyo, a raíz de una compaña de la que ha sido «manager» Henry Morgenthau, Franklin Delano Roosevelt ha hecho la vista gorda y ha archivado las encuestas. Los escándalos salpican incluso a los colaboradores del gabinete federal (a Fall, por ejemplo, secretario del Interior, por tráficos sobre los petróleos con Doheny, el 4 de marzo de 1923; a Forbes y a Harry Daugherty, «manager» de la campaña electoral de Harding, recompensado con el cargo de «attorney general»).

Y todavía más un virus endémico en los Estados Unidos, esta vez de propagación galopante: la especulación. Democratizado ampliamente el capital, los nuevos poseedores de títulos, en número de un millón, se aficionan al juego de la Bolsa, y no solamente sobre sus economías. Son estimulados a ello por los banqueros, que prefieren a su papel de comerciantes de créditos el de vendedores de acciones (la Bolsa de Nueva York registra un volumen de ventas de 1.000 millones en octubre de 1929, en vez de 44,45 millones el 1 de enero de 1925), y que ofrecen al público fondos para traficar, en forma de préstamos de corretaje, «brokers'loans», en aumento del 68,7 % entre 1921 y 1928, o de préstamos «a terceros» «for others» (que pasan de 691 millones en septiembre de 1926, a 3.860 en septiembre de 1929); o de-

«call money», al 20 %. Al alimentar así el «boom», al hinchar los títulos por tres veces su valor, entre el 3 de marzo de 1928 y el 3 de septiembre de 1929, ¿no preparan los financieros conscientemente, voluntariamente, el «crack»?

Paralelamente, y por instigación de la alta finanza, se desarrolla en los Estados Unidos un proceso continuo de concentración: en 1822, los «trusts» disponían únicamente de 13 millones de dólares: en 1894, 179 detentaban 3.000 millones, y en 1914, 318 controlaban, con 7.250 millones, las dos terceras partes del capital industrial. En la electricidad, los 16 grupos más importantes controlan el 53 % de la fuerza motriz producida en 1925, en vez del 22,8 en 1915, y la «United Corporation», la «Electric Bond and Share» y la «Insull» dominan netamente el pelotón de seis que suministra los dos tercios en 1930. En las minas, la metalurgia y la industria mecánica, se han producido más de 7.000 fusiones entre 1919 y 1928. Enormes masas de capitales se encuentran en manos de las mayores compañías: la «American Telephone and Telegraph» detenta 4.250 millones de dólares; la «Pennsylvania Railroad», 2.600; la «U. S. Steel Corporation», 2.286; la «New-York Central Railroad», 2.257; la «Southern Pacific», 2.156; la «Standard Oil», 1.637; la «General Motors», 1.400; la «Associated Gas and Electric», 1.000, etc. La acción anti-trust, confiada en 1914 a la «Federal Trade Commission», está prácticamente bloqueada, debido a que William E. Humphrey, nombrado para la presidencia de aquel organismo, en enero de 1925, estima que no debe comunicar informaciones a la Justicia sin el acuerdo del grupo incriminado (Mellon puede beneficiarse así, sin ser molestado, de un verdadero monopolio sobre el aluminio). Los bancos corren la misma suerte: de un total de 30.812 en 1921, no subsisten más que 24.000 en 1930, 250 de los cuales absorben 33.400 millones de dólares, o sea, casi la mitad del total de los recursos, valorados en 72.000 millones de dólares. Esta política va acompañada de una racionalización a ultranza, cuya consecuencia es la endemia del paro obrero, que en los años de más prosperidad (1921, 1922, 1924, 1927) alcanza de 2 a 4 millones de trabajadores, y durante aquella década no baja nunca de un millón y medio. Sin embargo, como el nivel de vida se eleva continuamente hasta 1929, las huelgas muestran una clara regresión durante aquel período: la media anual de 3.503 conflictos afectando a 1.798.809 obreros entre 1916 y 1921, desciende a 791 y 244.947 obreros desde 1926 a 1930.

Aquella misma Finanza, que conduce a una América próspera al abismo, preparando a finales de 1929 la «catástrofe», la crisis generalizada tan grata a los profetas del marxismo, ¿qué posición ha adoptado en lo que respecta a Europa? Conocemos la de Baruch, la de la banca Kuhn-Loeb y su director Otto Herman Kahn: restauración de la economía alemana bajo control norteamericano, apoyo a la Rusia bolchevique. De aquella política llevada hasta el absurdo nos ofrece un ejemplo impresionante el «Chase National Bank», fundado en 1877, el mayor banco del mundo. Ha financiado a los Soviets. A pesar de la opinión de Mac Garragh, presidente del Banco de Liquidaciones de Cuentas internacionales, se compromete a fondo en Alemania, hasta el punto de que no tardará en «congelar» en ella 60 millones de dólares y tendrá que pasar a pérdidas y ganancias 250 millones de dólares. Su promotor es Albert H. Wiggin, que ha traficado en la «Allied Relief Fund», el Fondo de la Ayuda a los Aliados, realizando así 10 millones de dólares de beneficios. Obligado a dimitir después del «crack» (el 10 de enero de 1933), cederá el puesto a su socio Winthrop William Aldrich (presidente del «Equi-

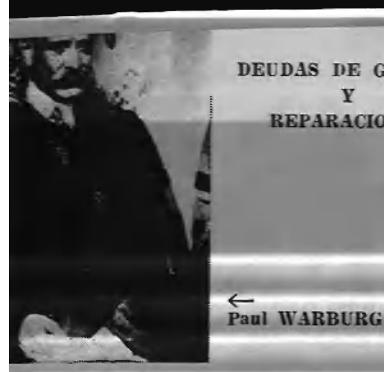
table Trust» desde 1922 a 1930), también abogado, hijo de un senador de Rhode Island y cuñado de John Rockefeller *junior*. Este último se retirará de la «Bankers Trust Cy» de los Morgan para desencallar los dos establecimientos reuniéndolos bajo su mano, conservando a Aldrich como director.

* * *

Walter Rathenau y los Warburg, control judeo-norteamericano de la economía europea, a través de la industria alemana «racionalizada»

Más allá del Rin, en el seno de la joven República de Weimar, Walter Rathenau (trasladado del servicio anti-bloqueo en 1914 a la Oficina de las Materias Primas por Falkenhayn durante la guerra), sucesivamente ministro de Reparaciones el 10 de mayo de 1921 y de Asuntos Exteriores en el gabinete Wirth el 31 de enero de 1922, concentra las esperanzas de sus primos germano-norteamericanos. Aquel magnate de la electricidad (con una fortuna de 15.000 millones de marcos-oro en 1921), dueño de la «Allgemeine Elektrizität Gesellschaft», posee importantes participaciones en negocios de gas, de productos químicos, de industria pesada y de transportes. Citando un título de Henry Coston, es uno de los «Financieros que gobiernan el mundo», de los «trescientos hombres que, conociéndose todos, dirigen los destinos económicos del continente y se buscan sucesores en su entorno», como él mismo ha escrito en la Navidad de 1909 en la *Neue Freie Presse,* de Viena. «Una oligarquía tan cerrada como la de Venecia». Profeta de los nuevos tiempos, pretende esgrimir de nuevo la divisa «Fe, Esperanza, Amor», anunciada por el último Profeta para los milenios a venir» (pág. 232) y, en su libro, *¿Adónde va el mundo?* (Payot, 1922), expone sus puntos de vista sobre la sociedad que hay que edificar. De ideas hegelianas, emite sobre los de su categoría este lúcido juicio: «La potencia mundial de la plutocracia ... ha completado el movimiento de mecanización ..., ha llevado las oposiciones a un grado tal de intensidad que la sucesión de catástrofes nacionales que ha provocado pone en peligro su propia existencia» (pág. 121). En ese sentido, «la guerra, que todavía hoy se pretende atribuir a causas secundarias, *debía llegar* para conducirnos, a través de las desdichas comunes, a la responsabilidad común y a la solidaridad nacional» (pág. 365). «Esta guerra —concreta en la página 299— asesta un golpe decisivo al principio de la libertad, de la propiedad individual, y prepara las formas futuras de la economía colectiva». Y, en la página 313, «la guerra permite la intervención del Estado por encima de los monopolios y de los intereses particulares, preparando su predominio sobre la economía».

Valiosa confesión, en la cual aparece a plena luz la colusión de los magnates del capitalismo y de los dirigentes marxistas de la Revolución. En 1915, en su prólogo a *La Economía mundial y el Imperialismo*, de Bukharin (páginas 12 y 13), Lenin dice: «Unos centenares de multimillonarios tienen en sus manos la suerte del mundo». Y, adoptando la conclusión a que ha llegado Kautsky: «No está lejana la época en que una asociación mundial de magnates del capital, constituyendo un trust único ... poniendo fin a las rivalidades (de los capitales nacionales) ... creará ... un capital financiero unificado en el plano internacional». Sin embargo, como economista avisado y práctico, Rathenau se aparta de ciertos errores fundamentales del marxismo. «La renta está determinada por las inversiones que la economía mundial necesita



Paul WARBURG

DEUDAS DE GUERRA
Y
REPARACIONES



Bernard BARUCH



HIPOTECA
SOBRE
EUROPA



Felix WARBURG



En casa de sir Philip Sassoon (24 de abril de 1921)



Pierpont MORGAN
y el
barón READING
(Rnfus Isaacs)

El doctor LUTHER
y
MONTAGU NORMAN
(Banco de Inglaterra)



KRASIN (de Rapallo)



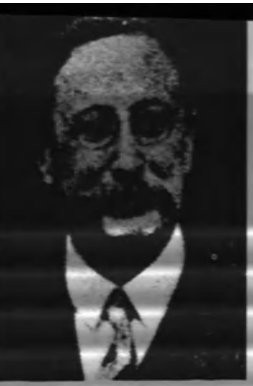
Walter RATHENAU



Luis LOUCHEUR



Hore BELISHA



Leon BLUM



Maxim LITVINOV

los tres «coligados» del «American Hebrew»



Eduardo BENES
el encendedor

Los protagonistas del Eje



y los de la hegemonía anglosajona



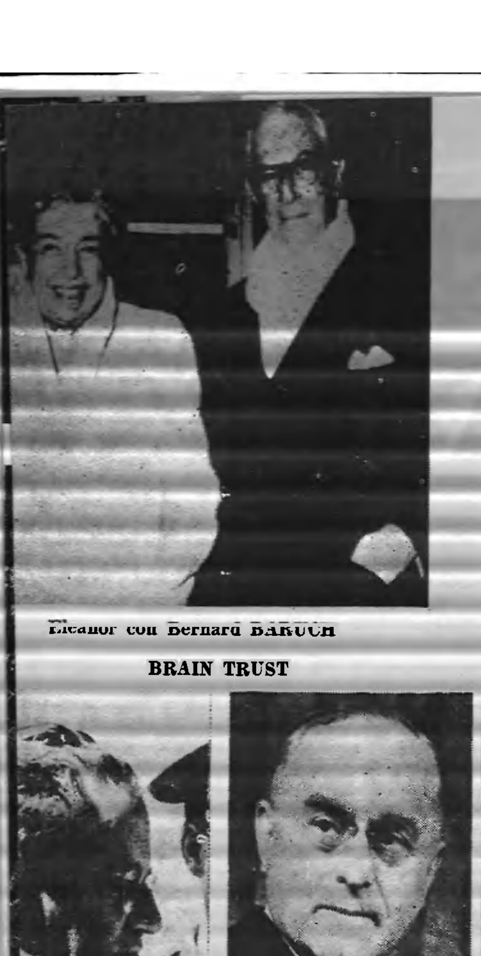
Conferencia del Atlántico

el Axis contraído a firmar el pacto germano-ruso



Príncipe KONOYE
→









Eleanor con Bernard BARUCH

ROOSEVELT en San Francisco

BRAIN TRUST

REPARTIDORES DE FONDOS











ROSENMAN — Felix FRANKFURTER — Harry HOPKINS — Averell HARRIMAN — Paul HOFFMAN

COMISION ATOMICA





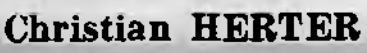


EINSTEIN — OPPENHEIMER — LILIENTHAL — STRAUSS

COUNCIL ON FOREIGN RELATIONS

Del «containment» a la apertura al Este





TER DULLES — Christian HERTER — Allen DULLES — Cyrus EATON — Walter LIPPMANN











—declara en la página 91—. En consecuencia, sería indispensable, aunque todos los medios de producción estuvieran concentrados en unas solas manos, de un individuo, de un Estado o de un conjunto de Estados: sólo puede deducirse de ella el volumen que representa la satisfacción de las necesidades del capitalista». Y añade: «Por eso, la estatización de los medios de producción no es viable desde el punto de vista económico». Tanto más por cuanto, al destruir la palanca de la competencia, vuelve la espalda al progreso. En efecto, se deja «sin solución el problema de saber cómo, en ausencia de toda competencia, de todo estímulo interno, de toda norma de comparación, por el simple método burocrático, la colectividad podría proveer al principio fundamental sin la cual la propia Naturaleza es incapaz de cumplir las tareas que implica su evolución: nos referimos al principio de la lucha por la existencia, de la selección, de la alegría de vencer» (pág. 117). «No tenemos (pues) ningún motivo ... para destruir el edificio erigido por un milenio de trabajo organizado para colocar en el puesto de la competencia un burocratismo policíaco y, en el puesto de la libertad civil, unas sopas populares obligatorias para todo el mundo y el derecho universal a la pobreza» (pág. 126).

Hechas esas observaciones, muy pertinentes, nuestro autor no deja de preconizar un socialismo de Estado sin fallos. Sea cual sea el régimen político, «trátese de la monarquía dinástica o de la democracia (y aquel padrino de la República de Weimar no se muestra tierno con los Parlamentos, a los que tilda de «caricatura de institución política» —pág. 325— y de «Bolsa de los partidos en la que muchos representantes desempeñan un papel puramente estadístico» —pág. 327—), formas secundarias, a fin de cuentas...», el Estado popular debe tratar de ser «la organocracia», proclama en la página 321. «Sólo el Estado debe ser rico» (pág. 140). «Sin dejar de estar diversificadas, la posesión y las rentas deben tender hacia la igualización y la transmisión progresiva de las herencias a manos del Estado, con reducción del consumo suntuario y limitación del derecho de sucesión». «Se concibe difícilmente que la sociedad tolere el despilfarro del patrimonio nacional, sin indemnizarse por el legítimo medio de los impuestos» (pág. 104). «El consumo debería ser impuesto de tal modo que por encima de un milímetro suficiente, calculado por cabeza, el Estado debería percibir un marco por cada marco de consumo suplementario» (pág. 105). Habiendo eliminado así todo despilfarro individual improcedente, el Estado se ocupará de los precios y acortará el circuito producción-consumo, suprimiendo numerosos intermediarios (pág. 148). Luego abrirá los caminos a la economía estatal, creando bajo su control empresas autónomas (sea reembolsando el capital, sea repartiéndolo entre los empleados) y transformando los monopolios de servicios públicos en sociedades de gestión mixta (págs. 153 y 156). Velará a continuación por reducir al mínimo la fabricación y la importación de los productos de lujo y por estimular el ahorro, para dejar en reserva la tercera parte del valor del trabajo nacional. Provisto así de abundantes riquezas, podrá permitirse garantizar la elevación del nivel de vida, el mejoramiento de la educación popular (pág. 140), ayudar a los artesanos, hacer vivir dignamente a los intelectuales y a los artistas, prever incluso la gratuidad de los transportes (pág. 158). Tal es el programa de un «tecnócrata», deseoso ante todo de racionalización, cuya puesta en marcha se esforzarán en favorecer los financieros del otro lado del Atlántico, inundando literalmente a Alema-